

Tana Rodríguez

*El camino
de María*



El camino
de Mara
Tana Rodríguez

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: El camino de Mara.

©Tana Rodríguez, 2020.

Imagen de cubierta: Adobe Stock.

Corrección: Violeta, del Cuervo Estudios.

Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (Adyma Design).

*Para Manuel, que empezó a dejarnos
mientras este libro cobraba vida.*

Índice

[Capítulo 1. De cuando caminaba por el laberinto](#)

[Capítulo 2. Cuando la pena se vuelve más pena](#)

[Capítulo 3. Aquello que no te mata, te hace más fuerte](#)

[Capítulo 4. Quien tiene unas amigas como las mías
tiene un tesoro](#)

[Capítulo 5. Al final siempre sucede aquello
que no esperas](#)

[Capítulo 6. Amargo, como el limón que
acompaña al tequila](#)

[Capítulo 7. Será maravilloso viajar hasta Mallorca](#)

[Capítulo 8. Ahora, mi lema: carpe diem](#)

[Capítulo 9. Si tú no me quieres y yo no te quiero, ¿por qué no podemos estar separados?](#)

[Capítulo 10. Ardiente navidad](#)

[Capítulo 11. Año nuevo, vida nueva](#)

[Capítulo 12. Dueña de mi vida](#)

[Capítulo 13. Y de nuevo el caos](#)

[Capítulo 14. Mi vida es un carrusel](#)

[Capítulo 15. Todo irá bien](#)

[Epílogo. Blanca y radiante](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Capítulo 1. De cuando caminaba por el laberinto

Diez minutos para echar el cierre. Me encanta mi trabajo, pero no voy a negar que un sábado a última hora solo tengo ganas de salir y descansar. Llegar a casa, pedir una pizza y tumbarme en el sofá con los pies en alto se me antoja como un gozo indescriptible en estos momentos.

Hace ya siete años que trabajo en la misma librería. Hay a quien le puede parecer un empleo de bajo nivel o poco interesante. Pero yo no opino así. Soy feliz aquí, rodeada de libros, ordenándolos, dándoles el sitio que les corresponde. Pero, sobre todo, hablando con los clientes que buscan obras para regalar o simplemente esperan encontrar ese manuscrito que sea capaz de cambiar sus vidas.

No saben que la vida es la que te cambia a ti, quieras o no. Llámalo destino o como te apetezca. La cuestión es que cada paso que das por el camino, influye en la persona que serás mañana.

Yo soy prueba de ello, aunque claro, no voy a explicárselo a cada cliente que entra. Pero tal vez a vosotros sí os podría contar cómo mi existencia dio un giro de 180°, me descolocó completamente para devolverme más tarde a una senda nueva que recorrer.

Así que, si me queréis acompañar, agarraos porque vamos a entrar en el laberinto donde habitaba y de donde no sabía cómo salir.

Para mí, la entrada en lo desconocido fue un viernes, catorce de octubre de 2016 para ser más exactos. Ese día recibí una llamada que lo cambió todo.

Eran las nueve y media de la mañana. Hacía media hora que había llegado a la librería. Como era costumbre, saludé a Lourdes, mi amiga y compañera en el trabajo, y también a Gerard, nuestro jefe. Estaba abriendo unas cajas con las novedades que nos habían llegado cuando mi teléfono sonó. Me extrañó, por norma general lo solía tener en silencio y nunca recibía llamadas a esas horas, ya que todo el que me conocía sabía que estaba trabajando. Supuse que sería de alguna compañía, para ofrecerme una promoción. Aun así, contesté.

—¿Señorita Ros? —preguntó una voz desconocida.

—Sí, soy yo. Pero en este momento no puedo atenderle, estoy...

—Le llamo del Hospital Estatal —me cortó antes de que le explicara nada más—. ¿Es usted la persona de contacto del señor Costa Martín?

—Sí, así es. Por favor, ¿qué ha ocurrido? —me alarmé. El vuelco que te da el corazón solo lo entenderán aquellos que han vivido una situación parecida.

—Soy la adjunta de admisiones del hospital. Esta mañana se ha producido un accidente en el que el señor Costa se ha visto involucrado —explicó la mujer. Hablaba como una autómatas, sin ningún signo de emoción—. La situación requiere de la presencia de un familiar para rellenar los cuestionarios de ingreso. ¿Sería posible que viniera usted o algún otro familiar directo?

—Sí, claro. Ahora mismo voy —contesté sin salir de mi estupor—, pero, por favor, dígame cómo está Álex.

—Yo no tengo ninguna información, lo siento mucho —me aclaró—, pero no se preocupe, en cuanto llegue podrá hablar con los doctores. Está en buenas manos, se lo aseguro.

Su respuesta no me calmó, supongo que lo entenderéis. Me excusé en el trabajo, dejando a todos perplejos, y salí corriendo. Paré al primer taxi que vi y le pedí que volara hacia el hospital.

Llegué como alma que lleva el diablo hasta el mostrador de la entrada y de allí me dirigieron a una sala anexa a urgencias. Me tomaron todos los datos, me dieron papeles para rellenar y me

pidieron que tuviera paciencia, que en cuanto pudiera un doctor saldría a ofrecerme noticias sobre Alex. Así que allí estaba, nerviosa y angustiada, sin poder hacer otra cosa que esperar.

¡Y qué espera...! Los minutos se hacen horas, el aire se espesa a tu alrededor. En esos momentos, por muy atea que seas, rezas a todos los dioses que conoces. Pides que todo quede en un susto. La frase «que esté bien» se repite dentro de tu cabeza en bucle.

Detengámonos aquí. Mientras esperamos a que salgan los doctores y me digan algo, estaría bien que os explicara quién es Álex. Aunque por mi reacción seguro que ya intuís que se trata de alguien importante. Pero es más que eso.

Nos conocimos casi tres años antes de este catorce de octubre. Era amigo del amigo de una amiga en común. Nos presentaron en una fiesta prenavideña. La verdad es que siempre he dicho que fue un flechazo. Desde que nos dimos dos besos en aquella fiesta, ya no nos separamos. Hubo atracción, claro, porque en cuanto lo vi, me encantó. Y sí, es un tópico total, pero era muy guapo. Con esa piel olivácea, moreno de naturaleza. Alto y esbelto, con su barba de dos días, que lo hacía más atractivo. Un hombre sencillo, simpático y educado. El yerno que toda madre desearía.

Yo, aunque no soy un bellezón, también llamé su atención. Empezamos hablando de tonterías y terminamos contándonos cuáles eran nuestros viajes pendientes y sueños por realizar. Era muy fácil hablar con Álex. Sabía escuchar paciente y siempre sonreía bajando algo su mirada castaña. Estuvimos toda la noche juntos y al despedirnos me pidió el teléfono. Se lo di sin mucha resistencia y le animé a que me llamara si le apetecía.

Lo hizo al día siguiente. Me pedía que fuera a cenar con él. Le dije que no, que mejor a comer, que después de las cenas hay más peligro y todos sabemos cómo terminan. No fue por estrecha, no me malinterpretéis, simplemente quería hacerme la interesante, y salió bien. Aceptó y comimos juntos por primera vez. Hablamos sobre mil cosas, conociéndonos un poco más y antes de los postres nos estábamos besando en mitad del restaurante. Al salir, con el calentón, me pidió ir a su casa, pero le di calabazas. Me fue de perlas la excusa de tener que volver al trabajo, así que quedamos para tomar algo la noche siguiente. Y la espera, aunque breve, resultó, ya que Álex cada vez mostraba más interés en mí. Y así fue, día a día, como poco a poco nos hicimos inseparables. Nos entendíamos dentro y fuera de la cama, que es lo más importante. Pasados seis meses vivíamos juntos y teníamos planes de futuro como pareja.

Seguramente pensaréis: «Genial, otra pareja perfecta. Otra historia igual a cualquier otra donde chico conoce a chica, se enamoran y son felices». Pues, sí y no. Tanto Álex como yo teníamos mil defectos.

Yo, con mi lengua inconsciente que me obliga a decir todo lo que pienso, incluso lo que nos susurra esa vocecilla que todos tenemos dentro y que nos dice cosas que en teoría son solo para nosotros mismos; pues sí, yo lo dejo ir sin medir demasiado las consecuencias. Álex, perfeccionista, metódico y ordenado al extremo, se tuvo que acostumbrar a mi caos. Así que de perfectos nada. «Corrientes» sería una mejor descripción. Teníamos nuestras discusiones, como cualquier otra pareja. Incluso nuestros amigos nos definían como algo muermos, ya que éramos caseros y tal vez habíamos entrado en una rutina que nos hacía felices. Porque en esos momentos no necesitábamos más de lo que ya teníamos, y eso te llena.

La verdad es que mis amigas siempre me han recriminado la suerte que tuve. Sin preocuparme nunca por eso de encontrar pareja, ni de sentar cabeza. Incluso sin haber pensado nunca en qué tipo de hombre era mi ideal, lo encontré por casualidad. Pero qué puta es la vida a veces, cómo juega con nuestras vidas: nos ofrece algo, nos obliga a hacernos dependientes y luego intenta arrebatártelo. Eso creo que no lo perdonaré jamás.

Aquella mañana había sido para nosotros una como otra cualquiera. Yo había preparado la

cafetera mientras Álex se duchaba. Desayunamos juntos, sin demasiadas palabras, ya que ambos éramos de despertar lento y a esas horas solíamos estar adormilados y sin ganas de jarana. Recogimos juntos las tazas y nos despedimos antes de que la que entrara en la ducha fuera yo.

—Paso a por ti esta noche entonces cuando cierres, ¿verdad? —me dijo antes de marcharse a trabajar.

—Si lo prefieres podemos vernos directamente en casa de Tati —le había contestado yo.

—Prefiero que vayamos juntos —me pidió. Habíamos quedado con mi amiga de toda la vida para cenar, quería presentarnos a un medio novio con el que salía—. Aprecio mucho a Tati, pero verme allí hasta que tú llegues, a solas con ella y su nuevo ligue... no sé, me da cosa.

—Pero vamos a ver, Tati también es amiga tuya ¿no? —repliqué con los brazos en jarras.

—Sí, mujer. Pero su nuevo novio no —rio Álex—. Va, Mara, vamos juntos, anda. Mientras te espero compraré un buen vino para la cena. Y sabes que no me gusta encariñarme con los novios de Tati, que luego no le duran y me quedo hecho polvo.

—Eso es chantaje emocional. No te encariñas tan pronto. Qué poca vergüenza —me carcajeé sacudiendo la cabeza. No sé por qué le llevaba la contraria. Era mejor negociar que terminar discutiendo por algo tan simple—. Pero no te retrases que ya sabes cómo se pone. Hemos quedado a las diez en punto, ¿de acuerdo?

—Claro. Sin falta a las nueve y media estoy en la librería. —Se despidió dándome un beso y salió como cada día en dirección al trabajo.

Antes de poder meterme en la ducha, me llegó un mensaje al móvil:

Por cierto. Se me olvidó decirte algo. TE QUIERO.

Sonreí antes de responder.

Yo más.

Sí. Azucarado. Incluso da algo de rabia. Pero así era. Y a mí me deshacía entera por dentro y por fuera. Y era feliz. Y tenía un novio estupendo. Y muchas cosas por hacer todavía. Y estaba sentada en una sala donde no entendía nada y me sentía más sola y pequeña que nunca.

Cuarenta minutos después de estar allí salió un doctor de mediana edad. Muy menudo, de piel translúcida y con bolsas bajo los ojos. Tenía un aspecto algo siniestro, la verdad.

—¿Familiar del señor Costa Martín? —preguntó, aunque se dirigía directamente a mí.

—Soy yo. Mi nombre es Mara. Soy su pareja —le expliqué.

—Acompáñeme, por favor —me pidió indicándome un pasillo—. Iremos al despacho del doctor Laguna. Es el jefe del equipo que está tratando a su marido.

Me acompañó hasta una pequeña habitación. Un cubículo de cuatro metros, o eso me parecía a mí, donde solo había una mesa con dos sillas a cada lado. Era todo de color blanco, aunque ya le iba haciendo falta una mano de pintura.

«¿Cuántas personas pasarán por aquí durante un día?», se preguntó mi voz interior.

—Señorita, soy el doctor Laguna —se presentó otro médico que ya nos esperaba allí, de pie junto a la mesa—. Soy el jefe de cirugía general de guardia. Siéntese, por favor.

— ¿Cómo está Álex? Dígamelo, se lo ruego —imploré para que me dieran ya alguna explicación.

—Debe entender que la situación es grave —empezó el doctor, no con las mejores palabras que deseaba escuchar—. No queremos preocuparla más de la cuenta, pero debe ser consciente de su estado. Hoy ha tenido lugar un accidente en el que se han visto envueltos tres vehículos. Han llegado tres heridos, entre ellos el señor Costa, que presentaba heridas de diversa consideración.

—Pero ¿cómo está? —volví a insistir.

—En su ingreso, el señor Costa sufría un cuadro de traumatismo múltiple, con varias fracturas

abiertas. Ahora permanece a la espera de entrar en quirófano —prosiguió el doctor con toda la paciencia del mundo, y una tranquilidad que supuse, habría alcanzado tras muchos años de experiencia dando este tipo de noticias a familiares—. Lo hemos estabilizado, pero necesitamos que firme las autorizaciones para la intervención.

—Claro, yo... firmaré, sí. Pero no sé, yo soy su novia... —balbucee sin procesar del todo lo que me decía.

—¿Ha venido sola? —me preguntó el otro doctor, que no me había dicho su nombre—. Tal vez podría avisar a algún otro familiar de su pareja. Igualmente le daremos algunos formularios para que los vaya rellenando.

—Claro. Llamaré y esperaré en la sala. Haré lo que me digan —seguí diciendo—. ¿Puedo verle?

—En este momento es imposible, lo sentimos mucho —me contestaron rotundamente.

—Claro, claro —repetí. «Esto no está bien», pensé. Nadie te prepara para algo así. La habitación se movía a mí alrededor. «¿Dónde está Álex? ¿Qué ha pasado? Esta mañana se despidió de mí como siempre... ¿Qué hago yo aquí?». Sentí náuseas y las piernas empezaron a temblarme.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó el doctor sin nombre. Debió notar mi angustia. Se acerco hasta mí rodeando la mesa que nos separaba. Por un momento pudo parecer que me abrazaría, pero no fue así. Me asió de los brazos y me miró fijamente—. Su novio está en buenas manos, no se preocupe. Haremos todo lo necesario por él. Usted haga esas llamadas, la avisaremos cuando entremos en quirófano.

Volví a la sala de espera envuelta en una nube. Me sentía vacía de sentimientos, no notaba ni tan siquiera el miedo. Estaba catatónica. Sacudí la cabeza y me froté la sien con ambas manos. Tenía que reaccionar. Busqué mi teléfono y marqué el número de Pilar, la madre de Álex. No recuerdo exactamente cuáles fueron mis palabras, solo sé que busque la forma menos dura de decirle lo que estaba pasando.

Ella, como siempre, reaccionó de la forma más sensata, manteniendo la calma. Llegó rápido. Pidió más explicaciones, rellenó cuestionarios, me mandó a por dos tilas dobles para tomar y ambas estuvimos juntas durante horas, esperando.

Álex superó la primera operación, pero serían necesarias algunas más, así que ingresó en la UCI debido a su gravedad. Las visitas allí eran restringidas, así que Pilar y yo nos fuimos turnando para poder acompañarlo. Fueron días oscuros, donde los médicos nos daban información con cuentagotas. «Día a día», nos decían, mientras ambas nos desesperábamos por saber cuándo terminaría aquella pesadilla.

Una semana después, la compañía de seguros se puso en contacto con nosotras. Así fue como supimos lo que había ocurrido.

Aquella mañana Álex salió en coche hacia su trabajo, tal como hacía habitualmente. Se incorporó a la autopista y circulaba con normalidad. Después de recorrer unos kilómetros, en la siguiente incorporación, otro vehículo entró con demasiada velocidad por el carril de aceleración justo cuando él pasaba. Al no tener espacio de maniobra, dio un volantazo y perdió el control. Intentó frenar, pero le fue imposible. Embistió el Seat de Álex y a este le reventó la rueda trasera, derrapando y dando un trompo en mitad de la autopista. Lo peor fue que el coche que circulaba detrás tampoco pudo evitar el impacto, y chocó frontalmente con él.

Dejamos en sus manos todos los trámites y no nos involucramos demasiado. Lo único que nos importaba era que Álex se recuperara, no entrar en cuestiones legales.

Pasados diez eternos días, los médicos recomendaron otra operación. El estado de Álex no

mejoraba como esperaban, a pesar de ser una persona joven y fuerte. Pero algo inesperado ocurrió en la sala de operaciones. Cuando salió del quirófano, Álex estaba sumido en un coma profundo y ya no era inducido. Nos hablaron de presión intracraneal, aneurismas, arterias y no sé qué más. Nuestra única pregunta fue cuándo se recuperaría. ¿Despertaría Álex del coma? Nadie podía saberlo a ciencia cierta por muchas pruebas que le hicieran.

Pilar y yo empezábamos a notar el desgaste y había días en los que perdíamos toda la esperanza. Pero Álex por lo menos no empeoraba, aunque tampoco daba señales de mejorar.

Llegaron las navidades y fueron las peores de mi vida. Las más tristes y oscuras. Me negué a ver a nadie, ni celebrar nada. Pedí a mi familia que me dejaran pasar sola esas fiestas, como si de un día cualquiera se tratase.

Y con el nuevo año nos llegó un pequeño alivio. Los doctores decidieron que Álex podía salir del hospital. Pilar y yo nos pusimos de acuerdo en buscar una institución privada especializada en pacientes con daños cerebrales, donde internarlo. Tanto ella como yo debíamos volver al trabajo y Álex requería de atención continua. Eso nos dolió en el alma, pero teníamos que hacer lo mejor para él. Fue un asco tener que separarnos, pero ninguna de las dos teníamos posibilidades de adaptar la casa y pagar a una enfermera que le diera los cuidados necesarios.

Y fue entonces cuando empecé a dar vueltas dentro del laberinto. Me convencí a mí misma de que algún día Álex abriría los ojos, que debía ser fuerte y que estar a su lado era lo mejor. Me perdí a mí misma. Olvidé que yo existía.

Mi vida se resumía en ir a trabajar, salir corriendo, ir a la clínica y pasar el mayor tiempo posible allí. Nunca busqué un momento para ver a mis amigas. No viajé a visitar a la familia. No celebré ninguna fiesta. Todo era Álex. Tal fue el grado de obsesión que más de una noche terminaba durmiendo en la habitación donde él estaba, en un sillón, sin llegar a pasar por casa.

Estábamos ya en septiembre. Habían pasado once meses desde el accidente. Una mañana salía de la clínica después de haber pasado la noche allí otra vez. Fui a desayunar al bar que había justo delante y pedí lo de siempre.

—¿Cómo es posible que ya estés aquí a estas horas? —preguntó alguien detrás de mí. Me giré y encontré a Pilar. La mujer que se había convertido en mi referente, por su entereza y serenidad.

A pesar de los años y los golpes seguía siendo una mujer hermosa y distinguida. Eso debía ser algo de genes, porque Álex tenía el mismo porte que ella.

—Buenos días, Pilar.

—Ven. Vayamos a una mesa —me dijo señalando hacia el fondo del bar—. Has vuelto a dormir aquí.

Lo dijo afirmando, no como pregunta. Ella sabía que tal vez pasaba más tiempo del debido allí.

—Sí —dije mirando las baldosas del suelo—. Lo siento.

—No tienes por qué disculparte, Mara —me dijo tendiendo una mano hacia mí, y mirándome a los ojos me soltó—: Pero esto no es sano para ti. Me preocupa. No puedes hacer más de lo que ya haces.

—Siento que lo único que hago es esperar, Pilar —repliqué yo—. Intento tener paciencia y mantener vivo el deseo de que esto termine.

—Cariño, eso está bien. Pero también tienes vida. No eres capaz de ver nada más aparte de esto —dijo señalando a nuestro alrededor—. ¿Eres consciente de que estás muerta en vida?

—No te entiendo. ¿En serio me vas a juzgar? ¿Tú? —me ofendí—. ¿Qué hago? ¿Olvido que mi novio tuvo un accidente y sigo como si nada? No soy de dejar tiradas a las personas que quiero.

—Te entiendo mejor de lo que imaginas —rebatí ella serena. En el fondo sabía que me decía aquello por mi bien, pero no me daba la gana de aceptarlo—. No quiero que dejes de lado a Álex,

nunca te pediría algo así. Él sigue igual y tú cada vez estás más encerrada. ¿Cuánto hace que no ves a tus amigos?

—¿A qué viene eso?

—A que estás perdiendo tu juventud en una habitación —me contestó tajante.

«Espera un momento... Este discurso, ¿no lo hemos escuchado antes?», me dijo mi voz interior.

—¿Con quién has hablado? —le pregunté muy seria. Creía saber de dónde venían sus palabras.

—Ayer vi a Tati —afirmó ella—. Sí, estuvimos hablando sobre ti, no es algo que vaya a esconder. Está preocupada, como todos. Necesitamos una reacción por tu parte, Mara. Si sigues así acabarás por enfermar tú también.

—No sé cómo podéis pensar algo así. —Mi furia interna iba creciendo por momentos. Ya no disponía de paciencia para seguir hablando con Pilar—. Si no te importa, yo me voy a casa, me apetece ducharme y descansar un poco antes de volver esta tarde. Porque quiero que sepas que voy a volver, aunque sea domingo y pueda quedar con quien quiera. Prefiero estar con Álex. Y lo hago porque es mi decisión y mi vida.

—Mara, espera un momento —me pidió cerrando los ojos y suspirando antes de volver a hablar—. Tómate un descanso. Hoy me quedaré yo aquí y así estarás más tranquila. Álex no va a estar solo. Intenta pensar un poco en lo que te he dicho. Afronta estar una tarde sola en tu casa, a ver qué tal se te da. Dale un par de vueltas. No te vamos a obligar a nada, solo miramos por ti, porque te queremos.

—Me parece muy injusto. ¿Os vais a quedar más tranquilas? Bueno, pues me quedaré en casa. Seré sumisa con lo que pedís. ¡Qué poco sabéis sobre mis sentimientos, de lo que necesito, y qué poco apoyo por vuestra parte! —solté más enfadada que nunca con ella, con mis amigas, con el mundo entero.

—Estás hablando desde la ira. Voy a respetar tus decisiones, pero no me pidas que no me involucre porque la persona de la que hablamos, el que está allí metido —dijo señalando hacia la residencia estirando su brazo—es mi hijo. No lo olvides. No juzgues si te entiendo o no, porque tú no te has puesto en mi lugar tampoco. Pero yo tengo una edad y una experiencia previa y solo intento que eso te sirva a ti, para que no cometas mis mismos errores. Déjate ayudar, Mara, es un consejo.

—Me marchó, Pilar. Mejor lo dejamos para otro día —me despedí levantándome de la silla—. Te llamaré para preguntar cómo ha pasado la noche Álex, si no te importa.

—Hazlo, por supuesto que no me importa.

Al salir decidí ir caminando hasta casa. Tenía un buen trecho, pero pasear me ayudaba a poner en orden todas las ideas que rondaban por mi cabeza.

Por un lado, tenía que dar algo de razón a Pilar, por mucho que me costara. Ella como madre estaba sufriendo de una forma indescriptible para mí. Ya había perdido a su marido hacía cinco años, justo antes de que Álex y yo nos conociéramos. Lo acompañó en su enfermedad hasta el último de sus días. Y ahora esto; su único hijo. No sabía de dónde sacaba esta mujer las fuerzas para seguir viviendo.

El tema de que Tati y ella hubieran hablado a mis espaldas me dolía. Tati era mi amiga de la infancia. Habíamos recorrido la vida juntas, como quien dice. Me conocía perfectamente. Sí, es cierto que soy una persona que cuando está mal se encierra en sí misma. Pero lo que habían hecho me parecía una intromisión. ¿Qué esperaban que hiciera? Ahora más que nunca necesitaba que las personas más importantes para mí me apoyaran.

«Tienes que tomar un camino, y no es el que conduce a tu casa», susurró la voz en mi interior.

Y así fue como cambié el rumbo y me fui directa a casa de Tati, sin pensar más, dejándome

llevar. ¿Os hacéis idea de cómo fue creciendo la ira dentro de mí?

Cuando llegué al piso de mi amiga iba ciega de rabia. Piqué a la puerta repetidas veces, hasta que caí en la cuenta de que era domingo. Mi reloj marcaba las nueve y cuarenta. Tati debía estar corriendo por el parque que había junto a su casa, seguro. Mi metódica, lista, alta y paranoica amiga. La acomplejada que pesaba toda la comida y que se obsesionaba con quemar cada caloría que ingería. Aquella que se permitía juzgar mi situación. Porque claro, ella podía opinar sobre la vida de los demás. Pero hacer frente a sus mierdas, eso era otro tema. Y tanta fue la rabia, que empecé a golpear su puerta como si le pegara a ella. Me dejé los puños allí y cuando no pude más me dejé caer al suelo y rompí a llorar.

Cuando Tati llegó me encontró en su puerta, acuclillada sobre mí misma y con la cara enrojecida de tanto llorar.

—¡Mara! ¿Qué ha pasado? ¿Qué pasa? —me gritó recogíendome del suelo.

—Que no puedo. No puedo más. ¿Por qué, Tati? ¿Qué hago? —hipaba yo mientras me aferraba a mi amiga.

Creo recordar que me dio el abrazo más extenso y silencioso de los muchos que habíamos compartido a lo largo de los años. Y era precisamente lo que necesitaba.

—Juntas. Buscaremos una solución juntas —me susurró al cabo de un rato—. Vamos dentro.

Una vez en su casa fui al baño a adecentarme algo. Intenté calmarme, aunque fue en vano, porque no pude dejar de llorar.

—He hablado con Pilar esta mañana —fue lo único que conseguí decirle.

—Lo imaginaba. Lo que no esperaba era esta reacción —contestó ella mientras buscaba en su teléfono—. Si no te importa voy a llamar a los refuerzos.

La escuché hablar por su móvil mientras buscaba por la cocina. Preparó una tila y me la tendió mientras nos sentábamos en el sofá.

—Ayer estuvimos hablando. Eso ya lo sabes —empezó a explicarme—. Me tienes preocupada. Ya no sabía qué más hacer, Mara. Cuando te llamo, la mitad de las veces no respondes y cuando lo haces sueles estar en la residencia con Álex. Es imposible verte. Te es indiferente todo lo que te rodea. No podemos hablar contigo, no nos dejas ayudarte en nada. Esto va a acabar con tu salud.

—Pero ¿qué esperáis de mí? A ver si me puedes iluminar y decirme que debería hacer —supliqué yo.

—Queremos que vuelvas. Tú no tuviste el accidente. Tú no estás en coma, pero es como si lo estuvieras. Tienes que reaccionar

—Todos con lo mismo. ¡Que no puedo hacer otra cosa! Yo no elegí esto, ¿sabes? —grité con todas mis ganas.

Estuvimos un rato calladas hasta que sonó el timbre.

—Es Lourdes —anunció Tati.

«Eso. Añadamos leña al fuego», pensé abatida.

Lourdes. La terremoto. Alegre por naturaleza, optimista y con las ideas más locas que nadie puede tener. La compañera perfecta. La amiga que siempre te escucha y que luego te dice que no sabe dar consejos. La antítesis de Tati. El tándem perfecto de amigas que una puede tener. Las dos allí para darme una solución que yo no sabía encontrar.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —preguntó nada más verme.

Tati la puso al corriente de lo sucedido. Contó su conversación con Pilar en la que ambas hablaron sobre mi estado de perpetua ausencia, de cómo me pasaba la vida en la residencia. De la preocupación por que cayera enferma. De su sospecha de que sufría una depresión que no estaba dispuesta a aceptar. Lourdes para sorpresa de ambas escuchó paciente.

—Yo no puedo llevar una vida normal —les dije una vez finalizada su explicación—. Eso supongo que lo entenderéis.

—Claro que lo entendemos. Pero ¿tú sabes cómo te vemos desde fuera? —repuso Tati—. Estás ida.

—A ver. Vamos a calmarnos —pidió Lourdes intentando ser coherente—. Creo que tres mentes hacen más que una. Y la situación se nos escapa. Yo no soy nadie para decirte qué hacer. Pero sí opino que sería conveniente que buscaras ayuda.

—¿Ayuda? ¿De qué tipo? —pregunté yo.

—Pues hija, no sé, un psicólogo, ¿no? —contestó Lourdes como si fuera lo más normal del mundo—. A ver, que no hay que ser una lumbrera para pensarlo.

—Y ¿pensáis que eso me puede ayudar? No veo cómo.

—Hombre. Después de estudiar un porrón de años, algo sabrán hacer los loqueros —dijo Lourdes tendiéndome un pañuelo para que me sonara los mocos—. Mi prima la Virgi. ¿Os acordáis de que estuvo fatal con lo del acoso en el trabajo? Iba a una chica que no estaba lejos y le fue genial. Si quieres le pregunto. Ella habla maravillas.

—Venga, sí. Llámala a ver si te puede dar su número —la animó Tati, sin permitir que yo rebatiera la idea.

Me eché a reír. No porque estuviera mejor, sino porque en ese momento pensé en cómo formar parte de la familia de Lourdes es igual que tener unas Páginas Amarillas en la mano. ¿Que necesitas un fontanero?, seguro que tiene un primo que es buenísimo. Si quieres pintar, el vecino de su tío te puede hacer la Capilla Sixtina en el comedor de casa. ¿Que buscas un psicólogo?, Tele Lourdes te lo soluciona. Son únicos. Una familia unida y maravillosa. Me sentí afortunada de tenerlos en mi vida.

—¿Ves como no estás bien? —me dijo Tati sentándose a mi lado y pasándome el brazo por los hombros—. Si hasta te ríes sola.

—No te preocupes, no es nada —le expliqué abrazándola—. Y gracias por estar siempre ahí, aunque no quiera escucharte.

—Siempre caminaremos juntas, ¿recuerdas?

—No sé cómo volver a ser yo. Creo que he olvidado como caminar —le confesé.

—Saldrás adelante. Eres más fuerte de lo que crees —me dijo apretándome más contra ella—. Todo va a ir bien.

—A ver, osas amorosas, que os cuento lo que me ha dicho mi prima —nos interrumpió Lourdes.

Ambas le prestamos toda la atención a nuestra amiga, que soltó todo lo que «la Virgi» le había explicado.

La psicóloga se llamaba Victoria y tenía la consulta no muy lejos de mi casa. Me pasó su número y les prometí que al día siguiente sin falta la llamaría. Les volví a agradecer a las dos su ayuda. Hubo más besos y algunas lágrimas. Y cuando me sentí con fuerzas salí para volver a casa e intentar descansar. Me quedaba un largo camino por recorrer para poder salir del puto laberinto donde me había metido. Era el momento de coger impulso y levantarme para volver a caminar.

Me prometí a mí misma dar lo mejor. Centrarme y estar preparada para cuando Álex volviera a mi lado. Porque estaba convencida de que eso sucedería tarde o temprano.

Capítulo 2. Cuando la pena se vuelve más pena

A la mañana siguiente reuní todas mis fuerzas y llamé a la psicóloga, tal como había quedado con mis amigas. Resultó que tenía un hueco aquella misma tarde y me podía visitar. Los lunes por la tarde yo libraba, así que no tenía excusa para negarme.

Tengo que reconocer que no esperaba demasiado de aquello. Pese a todo, llegué media hora antes a la dirección que me había dado. Estuve paseando para hacer tiempo y cinco minutos antes de las seis llamé al interfono.

Subí a un estudio y me abrió ella misma la puerta. Me saludó cordialmente y se presentó. Me hizo pasar por un pasillo hasta una sala amplia y bien iluminada. Era un espacio diáfano. Una gran mesa de color blanco era lo que más destacaba. Para ella una silla de piel con un amplio respaldo. Al otro lado de la mesa, otras dos sillas. Detrás, unas estanterías repletas de libros. También había un par de cuadros y una gran lámpara, además de otra de mesa auxiliar. A mi espalda se extendía una cristalera que daba a un pequeño patio interior decorado con plantas y una minúscula fuente donde corría el agua.

Todo estaba pensado para transmitir serenidad. Me desilusionó un poco no encontrar el típico diván que te venden en las películas. Hubiese estado bien estar allí estirada, mirando al techo y hablando sobre el infinito y el porqué de la vida. Aunque, a decir verdad, seguramente no son muy cómodos. Y yo no estaba allí para debatir sobre el universo.

Victoria, la psicóloga, era una mujer de mediana edad, rubia y muy bajita. Se sentó y tomó unos folios, golpeándolos de canto contra la mesa para alinearlos.

—Bien, Mara. Me gustaría conocerte un poco. Iré anotando lo que vayas diciendo, son simples notas que tomo por si hay algún aspecto en el que crea que hay que profundizar —empezó a decir ella tomando un bolígrafo y escribiendo un encabezamiento—. Esto se trata de que tú vayas hablando y yo escuche. De vez en cuando te haré alguna pregunta. Verás que es más sencillo de lo que crees.

—No sé. Es la primera vez que hago esto —me expliqué yo—. Y ni siquiera estoy segura de poder contar qué me pasa.

—Empecemos por el principio. ¿Tienes familia? —me preguntó.

Le conté que mi madre murió cuando yo tenía cuatro años. Fue algo repentino, pero casi lo sé porque mi padre nos lo ha explicado a mí y Aida, mi hermana. Tengo vagos recuerdos de ella, conservamos fotos y las anécdotas que nos ha contado la familia, poco más. No considero un trauma en mi vida la pérdida de mi madre, tal vez era demasiado pequeña. Mi padre, Pedro, volvió a casarse tres años después, con una mujer maravillosa. La relación con Mercedes, nuestra madrastra, es buena. Se ganó nuestro cariño inmediatamente, ya que es todo amor. Siempre ha cuidado de mí y de Aida. Es atenta y cariñosa. Nos ha educado y sigue pendiente de todos, aunque desde la distancia.

Reconocí que me sentía algo sola, ya que mis padres se marcharon a Mallorca, de donde era Mercedes, hacía unos años y vivían allí. Solían venir un par de veces al año, cuando el trabajo de mi padre lo permitía. Yo solía viajar en mis vacaciones y coincidíamos todos en su casa.

Aida, mi hermana pequeña, la bohemia, una loca a la que adoraba, en ese momento trabajaba en París. Había terminado la carrera de Bellas Artes y había conseguido una beca en el museo Montparnasse. Nos manteníamos en contacto a través de Skype, pero nunca es lo mismo que tener cerca a los que quieres. Ella había sido siempre un alma libre y yo, la echaba de menos.

Victoria escribía a una velocidad de vértigo. Veía cómo trazaba esquemas y añadía notas.

—Bien. Ya sé de dónde vienes —me dijo sonriendo—. Vamos a ver a dónde vas. Dime el motivo que te ha traído aquí.

Empecé a describir cómo conocí a un hombre maravilloso, todo lo que compartíamos y lo que nos había pasado. Hablé de su accidente, de la clínica donde estaba y de mi sentimiento de obligación de estar con él todas las horas posibles. Le conté sobre todos los que me rodeaban. De su deseo de que volviera a ser una persona normal.

—Pero ¿qué es normal? —le pregunté—. ¿Tú lo sabes?

—Todo es normal. Nada es normal —me contestó mirándome fijamente—. ¿Cuál consideras que es tu normalidad?

—La que tengo ahora mismo.

—Pero, aparte de trabajar y visitar a Álex, ¿te dedicas algo de tiempo? Y no me refiero a hacer algo que los demás te pidan que hagas, sino a hacer algo que tú quieras —rebatí Victoria mirándome fijamente.

—No entiendo muy bien a qué te refieres.

—En los últimos meses, ¿has ido a la peluquería? ¿Te has tumbado una tarde a leer un libro tranquilamente? ¿Has paseado por un parque? ¿Has hecho deporte? —dijo ella dando opciones. Ciertamente, al detenerme a pensarlo, jamás se me ocurrió hacer nada de lo que proponía. Porque solo tenía una misión en mente.

—En mi vida ahora no hay tiempo para eso. Sería muy egoísta por mi parte, pienso, dejar de lado a Álex. Lo importante es él —sentenció yo. ¿Cómo me podía preguntar algo así? ¿Es que esa mujer no entendía nada?

—Aquí está tu problema, Mara —dijo directa ella quitándose las gafas y moviendo su silla—. Tenemos que terminar aquí la sesión de hoy. Creo que ha sido de provecho y tengo información muy válida sobre ti. Me gustaría verte al menos una vez por semana y que para la próxima visita pienses en por qué no mereces tener un tiempo para ti. Y en lo beneficioso que sería tanto física como mentalmente darte un espacio propio.

Me dio hora para la semana siguiente y me acompañó hasta la puerta.

—Piensa en lo que te he dicho, hablaremos mucho sobre ello —se despidió tendiéndome la mano.

Fueron pasando semanas en las que debatía con Victoria el por qué no podía encontrar tiempo para mí misma. A cada excusa que yo le daba, ella me rebatía con los beneficios que me aportaría.

En algo sí le daba la razón: estaba siendo más sencillo de lo que me hubiera imaginado contarle cómo me sentía y lo que me había pasado en los veintiocho años que tenía.

Llevábamos cinco semanas con las sesiones y aún hablábamos sobre lo mismo.

—Pero Mara, algo habrá que te gustaría hacer —insistía Victoria—. ¿No tienes hobbies?

—Claro —contesté ya más relajada con ella—. Me gusta leer, pasear y pintar mandalas. Pero eso lo hago cuando voy a ver a Álex. Camino para llegar y leo o pinto allí.

—Pero la cuestión es que necesitas hacer algo fuera de la clínica, relacionarte, hablar, sentir algo nuevo —volvía a la carga ella. No se daba por vencida.

—Me lo pensaré. O tal vez espere a que el universo me mande una señal —reí yo porque de nuevo le daba esquinazo a su propuesta. Victoria se había ganado mi confianza y le tenía aprecio. Visitarla me estaba haciendo mucho bien y para mí era un paso gigante el que había dado.

La semana siguiente hubo una tormenta tremenda. Fue un fortísimo aguacero acompañado de un viento huracanado. En lugar de ir caminando hasta la consulta de Victoria me vi obligada a coger el autobús y no seguir el camino habitual. Para colmo, mi paraguas se rompió en el peor momento, que era cuando más agua caía. Intenté protegerme corriendo por debajo de los balcones para

resguardarme. Gracias a eso me topé con un pequeño local donde habían colgado un cartel que decía: «Saca tus emociones a través de la pintura. En nuestro curso te conocerás y aprenderás más sobre dibujo. Anímate». Me quedé parada en seco. ¿Y si no fuera tan mala idea hacer algo diferente? ¿Y si dedicarme más tiempo me ayudaba a soportar mejor el estado de Álex?

No quise dar más vueltas. Entré para informarme, me gustó lo que me explicaron y decidí apuntarme sin darle muchas más vueltas. El curso daba comienzo la semana siguiente y, qué casualidad, se impartía los lunes de cuatro a seis. Tal vez el universo, a veces, sí envía señales después de todo.

Victoria no se podía creer que por fin hubiera dado el paso. Llegué media hora tarde, chorreando y eufórica. Sin haber hecho aún nada, ya estaba orgullosa de mí misma. La pobre escuchó pacientemente mientras yo sola sopesaba pros y contras. Era un chute de energía. Aire fresco en la monótona vida que llevaba.

El lunes siguiente me presenté en el curso llena de dudas. ¿Habría hecho bien? ¿Y si no se me daba bien dibujar o me aburría soberanamente mientras perdía el tiempo?

Jorge, el profesor, me pareció un amor nada más conocerlo. Era tan tranquilo como grande, con unos ojos que transmitían una bondad infinita. Ya eso me tranquilizó, con él sabía que me entendería bien.

Todos los alumnos nos presentamos y así fue como conocí a mis compañeros. Estaba Júlia, una mujer de mediana edad con una hiperactividad desenfrenada. Dios mío, qué señora más intensa. No podía dejar de charlar y de gastar bromas continuamente. Para todo tenía un comentario.

A su lado, Pablo, un chico de unos treinta y tantos años, mucho más tímido y observador que Julia. La verdad es que tenía un aire algo misterioso con su pelo rapado. Explicó que en su trabajo padecía de una gran presión y necesitaba una vía de escape aparte del gimnasio al que acudía a diario.

La más mayor de todos con diferencia era Ana. Se había quedado viuda un año atrás. Sus hijos ya mayores tenían sus vidas propias y ella necesitaba llenar horas que se le habían quedado vacías. Me entristeció un poco porque noté que buscaba más la compañía de otras personas, aunque bien visto, la soledad también es un sentimiento, y de eso iba este curso.

Por último, estaba Sergio, un chico aproximadamente de mi edad. Algo desgarbado y flacucho, nos explicó que había venido de Zaragoza. No conocía a mucha gente y se había animado a probar algo nuevo.

Cuando me tocó la hora de presentarme yo simplemente dije que buscaba entender mis emociones y hacer algo solo para mí. No sentí la necesidad de contar nada más.

El ambiente en las clases era buenísimo. Nos divertíamos, y la verdad es que aprendí mucho sobre acuarelas, tinturas, óleos, lienzos, trazos y colores. Cada semana Jorge nos proponía una actividad diferente y luego charlábamos sobre lo que sentíamos o qué sensación representaba nuestra obra. Y sin darnos cuenta nos fuimos uniendo, cogiendo confianza y dejando salir quiénes éramos realmente.

Os voy a ser sincera: jamás creí que podría estar más de un mes sin ir los lunes a ver a Álex. Pero entre los ánimos de Victoria, lo fácil que lo puso Pilar ofreciéndose a estar ella allí y lo a gusto que me encontraba con mis nuevos compañeros, conseguí crear un espacio donde esas horas eran solo para mí. Para cuidarme y alimentar mi mente, algo maltrecha.

Los días volaban. Entré en una rutina de trabajo, visitas a la clínica para estar con Álex, al que explicaba todo lo que hacía y mis progresos con Victoria, y las pinturas. Además, me propuse quedar con mis amigas, aunque solo fuera una vez al mes, para cenar y ponernos al día.

Casi sin darme cuenta llegó la Navidad de nuevo. No puedo decir que fueran unas fiestas muy

alegres, pero por lo menos tuve a mi familia a mi lado, ya que viajaron para poder vernos. Aida solo pudo estar tres días con nosotros, pero con eso tuvimos suficiente para recargar las pilas. Fue reconfortante tenerlos y aliviaron la pena de tener una silla vacía en la mesa.

—Prométeme que este año vendrás en verano —me pidió Mercedes cuando nos despedimos en el aeropuerto. Ellos volvían a casa y yo, en cierta manera, también estaba contenta de recuperar mi intimidad—. Por favor, Mara, que me tienes muy preocupada. Cada día más delgada. Ay, hija...

—Que sí, no te preocupes. Todo va mejor. Si hasta tú lo has notado —le contesté dándole el último abrazo.

—Por lo que más quieras, no me falles este verano. Nosotros también te necesitamos —volvió a rogar.

Y nada, así se fueron. Con el juramento sagrado de que iría a Mallorca, quisiera o no. Pero ¿cómo les niegas a unos padres lo que más ansían? Que por supuesto es tener a sus hijos cerca.

Yo volví a lo de siempre. A mis libros, en el trabajo y mis cosas. Álex no daba ningún síntoma de mejoría, pero ya llegaría, me repetía a mí misma.

Era el primer lunes que volvíamos a las clases de pintura después del parón navideño, y había llegado justa. Jorge estaba explicando algo sobre un autorretrato abstracto y yo me afanaba en buscar todo el material que él enumeraba que necesitaríamos. En ese momento sonó mi móvil.

—Perdón. Contesto. Es un segundo —me excusé apartándome. Era Pilar. Me alarmé y nada más descolgar le dije—: ¿Qué ocurre?

—Mara, necesito que vengas al hospital. Han traído a Álex esta tarde —pidió ella con la voz desgarrada.

—¿Qué le ha pasado, Pilar? —pregunté con preocupación.

—Te lo explicaré cuando llegues. Ven rápido —fue lo único que me dijo.

¿Sabéis lo que es un *déjà vu*? Ese sentimiento de haber vivido algo antes. Es lo que tuve en ese momento mientras corría otra vez con el corazón encogido, volviendo a rezar para mis adentros, intentando no perder la fe. Solo pedía una cosa: que Álex estuviese bien. Si Dios existía realmente, no podía fallarme. Porque ni él ni yo nos merecíamos algo tan malo. Suficiente habíamos pasado ya.

¿Cómo puede ser que siempre nos embarguen malos pensamientos? Tal vez por la experiencia previa que teníamos. Ir al hospital nunca es un buen augurio.

Cuando llegué, Pilar estaba en la puerta esperándome.

—Ven cariño. Vayamos a ese banco —me indicó tomándome de la mano. Su cara me hacía presagiar algo peor de lo que podía imaginar.

—¿Qué le pasa? —era mi única pregunta.

Me contó que Álex había tenido un ataque con convulsiones. Los médicos de la clínica no tenían claro cuál era el motivo. Habían decidido trasladarlo de nuevo al hospital. Allí, después de algunas pruebas, habían determinado que era un infarto cerebral. La presión dentro de su cabeza volvía a estar descontrolada. No sabían cuál había sido el alcance, ni se atrevían a dar un pronóstico sobre su evolución. Su vida ahora mismo corría peligro. Le habían dicho a Pilar que se preparara para lo peor.

—Sabía que esto llegaría tarde o temprano —me confesó tristemente—. Hace tiempo que tenía claro que Álex no iba a despertar. Conozco perfectamente a mi hijo y si hubiera podido volver ya lo habría hecho. Lo hemos perdido, Mara.

—No digas eso —le imploré llevándome su mano a mi pecho—. Hemos superado mucho juntos, lo volverá hacer. Saldrá adelante. Él es fuerte.

—Mara, hay que asumirlo. Debemos despedirnos de Álex. Hay que dejarlo marchar si es su hora —sentenció rompiendo a llorar—. Esto tampoco es vida para él.

—Por favor, Pilar, no digas eso... —Empecé a llorar como jamás había hecho. Y eso que era una experta en derramar lágrimas.

El teléfono de ella sonó. La avisaban de que pasara para hablar con el doctor Laguna otra vez.

—Por favor, tomen asiento —nos indicó el doctor, al llegar a la misma sala donde quince meses atrás había recibido la peor noticia de mi vida—. Voy a ser franco con ustedes: No esperamos ninguna mejoría en el estado del señor Costa. Lo que le ha ocurrido entra dentro de lo que nosotros como médicos esperamos en casos como el suyo. El accidente cerebrovascular que ha sufrido le está causando además daños físicos. Sus órganos están sufriendo. No sabemos cuánto aguantará.

—¿Nos está diciendo que se muere?! —exclamé descontrolada levantándome bruscamente de la silla—. Y ¿qué hace aquí sin hacer nada al respecto? ¿No es usted médico? ¡Sálvelo!

—Cálmese, señorita, por favor —me pidió amablemente—. Imagino lo dura que es para ustedes esta noticia, pero hacemos todo lo posible. Lo que no pretendo darles falsas esperanzas.

Pilar y yo volvimos a llorar desconsoladas. El doctor Laguna nos ofreció agua y si queríamos algún tipo de calmante. Las dos rechazamos su ofrecimiento.

—Hay algo más en lo que les voy a pedir que piensen —nos propuso cruzando sus manos. Tomó aire antes de hablar—: Si el estado del paciente sigue empeorando ¿desean que hagamos uso de todo el soporte técnico del que disponemos? ¿O prefieren cuidados paliativos para que no sufra y no alargar su agonía?

—¿Significa eso que si aceptamos que lo conecten a una máquina para seguir viviendo? —preguntó Pilar. Yo no daba crédito.

—Exactamente es eso. En casos como el de su hijo nosotros apostamos por dejar que todo siga su curso sin una intervención excesivamente técnica. Estar conectado puede alargar un tiempo su vida, pero ¿a qué precio? Piénsenlo, por favor. Y, háganos saber su decisión lo antes posible.

—Pero ¿Cómo puede decirnos algo así?! Queremos una segunda opinión —estallé yo. Me volví a levantar señalando con el dedo al mierda que tenía delante—. Esto no acaba aquí. Álex se puede recuperar. Es fuerte y ya ha salido antes de esto.

—Solo les hablo desde la voz de mi experiencia como médico. Prefiero ser sincero y no engañarlas.

—Tranquila, Mara. Vamos fuera. Tomemos un poco el aire —rogó Pilar tirando de mí. ¿Cómo podía mantener la calma esa mujer en una situación semejante? Era increíble.

Salimos juntas del hospital. Una vez en la puerta, Pilar miró un instante el atardecer que teñía de color azul oscuro la tarde. Hacía frío y el cielo se empezaba a encapotar.

—Creo que tienen razón, Mara —me soltó de golpe—. No vale la pena alargarlo más.

—No me digas eso, Pilar, por favor. No puedes hacerle esto a Álex, debemos seguir confiando en él.

—Mara, ¡ya está bien! —gritó por primera vez Pilar—. Tú quieres pensar que saldrá adelante. Pero no va a ser así.

—No te rindas, Pilar, por favor —lloriqueé como una niña.

—Mira, esto me duele más a mí, te lo aseguro. Soy su madre y voy a perder a lo que amo por encima de todo. Pero también pienso en él. Álex no quería vivir así y lo sabes. —Me dijo respirando profundamente, intentando serenarse—. Tú te has aferrado a su estado como una tabla de salvación, porque estás muerta de miedo, pero tienes que seguir adelante sola. Ahora vamos a entrar y le vamos a decir adiós, porque los milagros no existen, niña. Álex se marchó hace mucho.

Su discurso me llegó a lo más profundo del corazón. No me había parado a pensar nunca en cómo podía ser perder a un hijo. Supongo que hay que ser madre para intentar solo imaginarlo, el dolor que debía sentir Pilar al menos cuadruplicaba al mío. Caminamos juntas de nuevo hacia el interior del hospital y subimos en silencio hasta la planta donde estaba Álex.

Pasamos por turnos a despedirnos. Primero entró Pilar. Mi mente no es que funcionara en unas condiciones óptimas en ese momento, así que entenderéis que tenga lagunas. No recuerdo cuánto tiempo anduve por los pasillos mirando a la nada. Una enfermera vino hacia mí y me dijo que ya podía pasar si quería.

Álex. Mi amor. Tumbado en aquella cama. Lleno de cables y con máquinas pitando a su alrededor. Lloré más aún si podía ser. Porque le tenía que decir adiós para siempre. Porque la vida había sido tan puta de unirnos para luego separarnos de la manera más cruel. Porque realmente, como decía Pilar, estaba muerta de miedo. Porque no me creía capaz de soportarlo.

—Fuiste un ángel en vida. Serás el mejor del cielo. Mi amor, mi vida, mi todo. Hoy es un día triste —le dije tomando su mano—. Te voy a echar tanto de menos... Pero quiero que sepas que jamás te olvidaré. Tienes que ser valiente. No te preocupes por nosotras, estaremos bien, o al menos lo mejor que podamos. Si hay un Dios o una Diosa por ahí, dile de mi parte que no es justo; aunque entenderé que te quiera a su lado. Ojalá algún día volvamos a encontrarnos mi amor. Marcha tranquilo, busca tu paz y el descanso que tanto necesitas. Has luchado cuanto has podido, lo sé, ahora lo sé. Pero tenemos que decirnos adiós. Te quiero Alex, te quiero infinito.

Salí de la habitación y encontré a Pilar esperándome. Nos fundimos en un abrazo largo y profundo. Las dos estábamos rotas en ese momento. Notaba como mi corazón se desquebrajaba en el interior de mi pecho.

Los doctores nos aconsejaron ir a casa para descansar, pero ninguna de las dos queríamos apartarnos demasiado de Álex. Bajamos a la cafetería del hospital y aproveché para enviar un mensaje a mis amigas y mis padres explicándoles qué ocurría. Pilar y yo tomamos una infusión en un silencio perpetuo. Ninguna de las dos disponía de fuerzas para hablar.

Subimos de nuevo a planta y pedimos estar al lado de Álex en sus últimos momentos. Nos dejaron acompañarlo. Habían empezado a desconectar algunos de los cables que le cubrían. El doctor Laguna pasó por allí para comprobar el estado de Alex e interesarse por si necesitábamos alguna cosa, de paso, pidió hablar con Pilar. Al volver me contó que habían estado tratando el tema de la donación de órganos. Algunos habían sufrido daños, pero otros podrían salvar vidas. Pilar me preguntó qué opinaba y, sin dudarle, le dije que sí, que Álex estaría feliz de saber que había ayudado a personas que lo necesitaban. Ella salió un instante a firmar todos los papeles. Sabíamos que el momento se acercaba. Al menos pudimos coger su mano en sus últimos suspiros y ver cómo dejaba de ser él para convertirse en un cuerpo vacío.

Los días siguientes fueron horribles y oscuros. Solo quería estar en casa, en la cama, con los ojos cerrados. No pensar en nada. Dejar de sentir, no recordar, olvidar todo. Respiraba por reflejo, caminaba porque me guiaban. No fui persona, era una sombra. Mis padres volaron de inmediato para ofrecernos a Pilar y a mí todo su apoyo. Intentaban consolarme, pero era imposible difuminar la pena que habitaba dentro de mí ser.

Hubo mucha gente que vino a despedir a Álex, a pesar del tiempo nadie se había olvidado de él. Tuvo un sepelio muy bonito, lleno de recuerdos. Nos acompañaron familiares, amigos y compañeros de trabajo. Quince meses después de haber tenido el accidente, finalmente se había marchado definitivamente.

Mi hermana Aida se quedó conmigo una semana entera. Era ella la que se encargaba de sacarme de la cama, de intentar que ingiriera algo de comida y sobre todo de aguantar mis llantos

repentinos y mis silencios eternos. Si hubiese dependido de mí, supongo que habría muerto de inanición o por sarna al no ducharme tan siquiera. Mi mundo se había hundido.

—Bueno. Ya está bien —dijo un día plantada delante de mí—. Yo debo marcharme mañana. Tengo que volver al trabajo. He gastado los días de los que disponía y tú no puedes seguir en este estado. Me da verdadero pavor verte así Mara. Intento ponerme en tu lugar y sé que es difícil, pero tienes que volver a ver a Victoria. Debes seguir adelante, Mara. Necesito que me lo prometas.

Mi respuesta fue un asentimiento lastimero con la cabeza. Entendía perfectamente lo que me pedía, lo que no sabía era como iba a llevarlo a cabo.

Capítulo 3. Aquello que no te mata, te hace más fuerte

No sé cómo lo conseguí. Fueron meses muy duros. Me obligué a levantarme cada mañana haciendo un esfuerzo sobrehumano. Me dejé aconsejar por mi doctora sin rechistar, que me recetó unos antidepresivos. Empecé a visitar de nuevo a Victoria, las primeras visitas llorar era prácticamente lo único que hacía. Poco a poco empezamos a tratar la pérdida y las fases del duelo. Me daba pautas a seguir, que en ocasiones llevaba a la práctica y en otras olvidaba nada más salir de su consulta.

Con el tiempo volví al trabajo, donde me recibieron con los brazos abiertos. Hubo ocasiones en las que tuve que salir corriendo al baño para poder llorar, así que no fue nada fácil. Pero la comprensión de Gerard y el apoyo de Lourdes, sumado a comenzar de nuevo una rutina resultó positivo. Y así pasaron días primero, semanas y meses después.

Victoria me ayudó mucho a poder soportar la presión que sentía. Decidí terminar el curso de pintura que había comenzado. Sentí que me lo debía después de todo el empeño que había depositado cada lunes en clase. Estábamos ya a finales de mayo, habían pasado cuatro meses de la muerte de Alex, y solo quedaba un mes para que finalizara. Reuní todas mis ganas y me planté allí un lunes con una caja llena de *cupcakes* de Mabys Cakes, mi tienda favorita. Nadie me preguntó, pero al finalizar Jorge me llevó aparte y me dio el pésame en nombre de todos. Agradecí muchísimo cómo se portaron conmigo. Me explicaron sus trabajos mientras había estado ausente y salió algún que otro cotilleo que hasta me hizo reír, algo caro de ver en mí.

Y así, casi sin darme cuenta, llegó el verano. Era el último lunes de junio y terminaban las clases de pintura. Jorge nos comentó que en septiembre volverían con un curso nuevo y que si estábamos interesados sería bonito seguir con un grupo tan unido y ameno. La verdad es que estábamos muy a gusto juntos. Propuso también hacer una cena la semana siguiente como despedida.

—Uy, ¿una cena con unos chicos tan guapos? Yo ni me lo pienso, claro que voy —dijo Julia haciéndonos reír a todos. Qué mujer esta.

—Pues si tú vas, yo también me apunto —siguió Ana animada —, que a mí me viene muy bien salir.

—Podríamos montarlo para este sábado día treinta, ¿qué os parece? —preguntó Jorge.

—Yo estoy libre ese día —dijo Pablo mirando el calendario en su móvil—, puedo ir. Contad conmigo.

—Yo también puedo ir —se apuntó Sergio mirándome a mí fijamente—. ¿Tú qué dices, Mara?

—Pues no sé. No suelo salir mucho. —No encontraba ninguna excusa para negarme, pero tampoco me apetecía. Sería la primera vez que saldría después de lo de Álex

—Va, mujer. Que somos nosotros. Nos reiremos y lo pasaremos bien —intentó convencerme Julia.

—Mara, será algo informal. Solo nosotros. Te vendría bien —puntualizó Jorge.

—Va, que tenemos que ir todos —añadió Ana. Estaban todos empeñados en que fuera con ellos. No les podía fallar.

—Contad conmigo, anda. Vaya panda —reí chasqueando la lengua.

Quedamos el sábado delante de la escuela de pintura. Jorge se ofreció voluntario para reservar el restaurante y así iríamos todos juntos. Y así fue como tuve mi primera salida post luto. No me veía preparada, pero esa misma tarde Victoria me animó y juntas valoramos cómo pesaba ese nuevo paso.

No sabía cómo vestirme para la ocasión. Hacía ya mucho que había dejado de preocuparme demasiado por mi aspecto. A ver, no es que fuera hecha unos zorros, pero no me paraba a pensar demasiado lo que estaba de moda o no.

Llamé a Tati para pedirle consejo y me dio el mejor de todos: «Ve cómoda». Así que opté por unos tejanos oscuros con una blusa granate de topitos blancos y unos zapatos de tacón medio. Me hice una cola alta, recogiendo mi melena oscura. Di un poco de color a mis mejillas con colorete y me puse *eye liner* y rímel.

La imagen que me devolvió el espejo fue rara. Había perdido peso, eso ya lo sabía. Pero verme con ropa diferente a la que solía llevar habitualmente hizo que fuera más consciente. Los rasgos de mi rostro, ya alargado por sí, se habían acentuado. Pero sobre todo era la mirada lo que más destacaba. La tristeza que desprendían mis ojos. Aquello no había forma humana de disimularlo, ni con maquillaje ni con nada.

Aun así, me animé a mí misma por arreglarme. Me dije mentalmente lo guapa que estaba. Que era bueno salir. Seguir adelante. Vivir, en definitiva.

Cuando Lourdes me vio esa tarde en el trabajo se echó las manos a la cabeza.

—¡Pero qué buenorra estás! —exclamó exagerando—. Madre mía, te quiero así todos los días.

—Calla ya, loca —reí yo.

—Te van a llover los novios, amiga —bromeó ella. Mi semblante lo dijo todo, porque añadió—: Es broma, mujer.

—Ya lo sé —contesté yo entendiéndola—, pero no quiero oírlo. No puedo pensar en algo así. Solo hace seis meses.

—Mara, te voy a ser sincera —dijo Lourdes mirándome fijamente—. No hace seis meses. Llevas de luto año y medio. Nunca cierras puertas, como humana tienes necesidades por mucho que las escondas. Asímelo.

—Que no estoy yo para eso. —Sacudí una mano rechazando lo que me decía—. Anda, vamos a trabajar y no me líes más.

Tuvimos la gran suerte de tener mucho trabajo aquella tarde. La verdad es que no paramos ni un momento, lo que me ayudó a no pensar demasiado. A las nueve salí corriendo hacia donde habíamos quedado todos. Como siempre fui la última en llegar. Nos repartimos en los coches de Jorge y Pablo y nos fuimos. Resultó que el restaurante donde nos llevó Jorge era una pasada. Se trataba de una masía apartada de la ciudad. Entramos por un camino de tierra que nos llevó hasta el aparcamiento, luego subimos unas escaleras, entramos y ¡oh, sorpresa! No había luz eléctrica. Todo estaba iluminado por candelabros de aceite y velas, miles de velas. Me quedé boquiabierta. Nos condujeron hasta nuestra mesa, situada en el primer piso, y decidimos tomar el menú degustación acompañado de un par de botellas vino.

La cena fue fantástica. Probamos un sinfín de platos exquisitos, charlamos y reímos. Jorge nos explicó que el siguiente curso sería sobre *zentangle*. Según nos dijo, son dibujos abstractos creados a partir de *tangles*, que son patrones o líneas. Sirve para calmar la mente y lo habían preparado con todo el cariño para seguir trabajando emociones y estado de ánimo.

—A mí, hijo mío, ya me tienes en el bote —le dijo Julia a Jorge cuando salíamos del restaurante—. En octubre vuelves a tenerme de alumna, te lo aseguro. Además, si todos los cursos terminan con una cena como esta...

—Si tú vienes habrá cena seguro, Julia —contestó Jorge alzando las cejas un par de veces, para añadir—: ¿Alguien se apunta a una copa?

Sergio y Julia aplaudieron la iniciativa de Jorge. Ana achacó ser demasiado mayor para seguir de fiesta.

—Yo tampoco os acompaño. Mañana tengo mucho que hacer y ya es muy tarde —dije poniendo la peor excusa de la vida.

—Vamos, hombre —se quejó Sergio—. Mara, no te rajes.

—Yo tampoco voy —sorprendió a todos Pablo guiñándome un ojo—. Le he cambiado el turno a un compañero y mañana trabajo, así que nada de trasnochar.

—Vaya panda de aburridos —refunfuñó Julia—. Pues yo me voy con estos dos hombretones a tomar una copa por ahí.

Volvimos a los coches, Ana y yo con Pablo, Julia y Sergio con Jorge. Nos despedimos con abrazos y deseos de felices vacaciones para todos. Nunca serían conscientes de la ayuda que me habían brindado sin darse cuenta.

Acompañamos a Ana hasta su casa. Pablo conducía seguro por la ciudad siguiendo las instrucciones del GPS.

—Pues ya hemos llegado. Aquí está mi casa —anunció Ana. Abrió la puerta y nos tiró un beso a cada uno—. Bueno, preciosos, que tengáis buen verano.

—Igualmente, Ana. Cuídate mucho —le dije lanzándole también un beso con la mano.

—Nos vemos a la vuelta —se despidió Pablo y girándose hacia mí me preguntó la dirección de casa.

—Acércame hasta el centro y ya de allí voy andando, no te preocupes.

—¿Qué dices, mujer? Si no me cuesta nada, anda dime dónde es —insistió Pablo.

Le di mi dirección un tanto a desgana y nos dirigimos hacia mi casa. La calle donde vivo es estrecha y no suele haber mucho sitio para aparcar. Al llegar, Pablo paró en un vado y detuvo su coche.

«¿Por qué para el motor? ¿Este qué quiere?», se preguntó la voz de mi cabeza alarmándome.

Mi gesto se torció involuntariamente y no me atrevía a mirarlo a la cara. Mi espalda se tensó, tanto que Pablo debió darse cuenta.

—Tranquila, Mara, que no voy a hacer nada —se disculpó él sonriendo.

—Perdona, es la falta de costumbre —dije algo avergonzada.

—Debe ser duro —afirmó Pablo.

—Mucho —contesté. Debía ser la conversación más interesante de su vida.

—Me pareces muy fuerte. Has sido valiente viniendo hoy y saliendo de tu zona de confort —prosiguió Pablo—. Por cierto, ¿te apuntarás al nuevo curso?

—Creo que sí, ¿tú? —empezaba a sentirme muy rara y quería terminar aquella conversación ya.

—Pues si me puedo organizar con los horarios en el trabajo, sí. Suena interesante y el grupo es muy ameno —contestó girándose un poco hacia mí.

—Bueno, debo irme. —No sé cómo se me ocurrió semejante frase porque los dos sabíamos perfectamente que no tenía nada mejor que hacer. Pero es que era muy raro todo—. Que tengas un feliz verano.

—Igualmente, Mara. Disfruta de tus vacaciones —me dijo acercándose más. Me tomó con su mano del hombro y me dio dos besos. El ángulo imperfecto y poco cómodo para una despedida hizo que nuestras narices se rozaran entre beso y beso.

Abrí la puerta del coche, tal vez un pelín más brusca de lo necesario. Al bajar, mis pies se hicieron un lío y casi tropiezo conmigo misma. Debí dar la sensación de que huía de una pesadilla. Juro que lo único que faltó fue verme de rodillas sobre el pavimento.

—Nos vemos en octubre —se despidió él desde el interior del coche. No le vi la cara, pero sabía que se estaba riendo.

«Si por dos besos te pones así, vas fina», rio con sorna mi cabeza.

Llegué a mi casa sofocada. No tenía sentido. No había hecho nada malo y aun así me sentía mal. No quería que Pablo malinterpretara mis gestos. Pero tal vez era una despedida normal y era yo la que no estaba entendiendo. Llevaba demasiado tiempo fuera del mercado, centrada en lo mío, y ahora no sabía cómo se actuaba con normalidad ante un chico. Pero solo era un compañero en un curso. No había nada. Y ahí andaba yo con mis cavilaciones cuando sonó mi móvil.

«¿Te imaginas que es Pablo?».

A veces odio a mi propia mente, de verdad os lo digo.

Por suerte era Lourdes. Me preguntaba dónde estaba y cómo había ido la cena. Le expliqué muy por encima y entonces ella me dijo que ya podía ir bajando si estaba vestida. Andaba con Tati muy cerca y me convenció para tomar algo las tres. Bueno, más bien me informó de que pasaban por mí quisiera o no.

Las dos amigas se habían ido de cena y por la pinta que llevaban yo creo que por lo menos habían caído dos botellas de vino, más el cóctel que se tomaron en un pub cercano a mi casa. Iban de lo más animadas.

—Va, Mara, este va a ser nuestro año —sentenció Lourdes—. Tenemos que hacer algo espectacular.

—Vámonos de vacaciones al Caribe —dijo de repente Tati. La prudente, la que toma las decisiones con calma. Madre mía, cómo iba—. Venga, por todo lo alto.

—Claro, cómo se nota dónde hay pasta, tía —se quejó Lourdes—. Que a mí el sueldo no me da para tanto.

—Joder, que buscamos una oferta. Ya verás como conseguimos algo bien de precio —rebatía Tati a quien a tozuda no la gana nadie.

—Mara, ¿tú qué dices? —me preguntaron.

—Que estáis cómo una cabra —bromeé yo bebiendo de mi botellín.

—Venga ya, tía. Hagamos algo. Nunca nos hemos ido juntas de vacaciones. Será la leche —contestó Lourdes haciendo una señal al camarero para que nos sirviera otra ronda.

—Imagínate. Lourdes y yo juntas. El *yin* y el *yang*. La antítesis pura. Te lo vas a pasar bomba, querida —acompañó Tati. Estaban fatal, ya os lo digo.

—A ver, par de dos. Que yo tengo que ir a Mallorca este año sí o sí. Se lo prometí a Mercedes y no puedo dejarlos tirados —me excusé. Qué bueno tener familia que te libre de tus locas amigas.

—Pues ya está. Ya lo tengo —saltó Lourdes chasqueando los dedos—. Nos vamos a Ibiza. Y luego ya de allí tú te vas a Mallorca, que es un salto.

—¿Pero vosotras dos qué coño habéis bebido hoy?

—Es un plan fantástico y lo sabes. No tienes nada a rebatir. Imagínate en la playa, con un mojito. Tus amigas al lado. Buena música —teorizó Tati. La muy zorra sabía vender bien un producto, eso estaba claro.

—Pero es que Lourdes y yo no podemos coger las vacaciones a la vez. Que trabajamos juntas —les dije golpeando con mi dedo la cabeza de Tati.

—Eso déjame lo a mí —contestó Lourdes poniendo *morritos*.

Nos bebimos un par de botellines más y luego unos chupitos de Jägermeister. Fuimos hasta mi casa y no recuerdo en qué momento caímos rendidas las tres. A la mañana siguiente me desperté hecha un remolino en el sofá. A mi lado, Tati aún dormía. Encima de la mesa, el ordenador estaba abierto.

De camino al baño vi que Lourdes estaba tumbada en mi cama, vestida y con zapatos. No recordaba demasiado de la noche anterior. Muchas risas, eso sí. No quería pensar en el jaleo que

habríamos hecho. El dolor de cabeza me hacía saber que me había pasado con la bebida. Bien por mí.

El primer café me lo tomé yo sola en la cocina, mientras mis amigas seguían roncando. Al segundo las levanté a las dos. Se fueron despezando y poco a poco, entre las tres, conseguimos recordar la última parte de la noche.

—Pues por lo que parece, creo que lo de Ibiza está cerrado —comentó Tati mirando mi ordenador.

—¿Cómo? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Mara, los billetes de avión y el apartahotel están reservados y pagados —anunció ella haciendo la señal de victoria.

—Es que estáis locas. De verdad. ¡Que aún no era nada seguro!

—Pues ahora ya lo es, *bonica* —sonrió Lourdes chocando el puño con Tati.

—Venga, Mara. Nos lo merecemos. Lo sabes. Y lo pasaremos bien.

—Mirad, no voy a discutir. En parte tenéis razón. Voy a dejarme llevar y que sea lo que Dios quiera —dije, renunciando a protestar ni poner más pegas. A decir verdad, no tenía plan mejor para pasar el verano.

Decidí lanzarme. Necesitaba alejarme de todo lo vivido, de lo cotidiano, de aquello que lo único que hacía era recordarme continuamente a Álex. Salir de la espesura que me había envuelto durante tanto tiempo. Y sobre todo reforzar el vínculo que tenía con las dos mujeres que estaban en mi casa. Porque eran únicas y les debía mucho. Y la vida también tenía una deuda conmigo, así que pensaba empezar a cobrarla desde ya.

Cuando Tati y Lourdes se marcharon, comprobé todos los datos de la reserva, que habíamos hecho bajo los efectos del alcohol.

Teníamos el vuelo de ida a Ibiza el domingo cinco de agosto a las siete de la mañana. Al llegar deberíamos alquilar un coche para llegar al apartahotel situado en Cala d'en Bossa. Desde luego habíamos escogido una buena ubicación. Yo tenía otro vuelo programado para el lunes trece a Mallorca. Mis amigas se quedarían hasta el dieciséis en Ibiza.

Me preocupé un poco por la cantidad de alcohol que debíamos haber ingerido para hacer todo esto y no recordarlo. La noche fue de lo más animada, pero pagar un viaje sin ser consciente era un paso peligroso.

Fue entonces cuando empezaron los sentimientos contradictorios mientras leía toda la información. Por un lado, estaba feliz de poder hacer planes como una chica normal y corriente, deseando pasarlo bien con amigas. Pero, por otra parte, me sentía culpable. Porque yo seguía viviendo. Y tenía la sensación de que estaba dejando atrás a Álex. No sabía si estaba haciendo lo correcto, si estaba preparada para continuar con mi vida.

Decidí dejar las respuestas a todas esas dudas para el día siguiente. Tenía visita con Victoria y estaba segura de que ella me ayudaría a resolverlas.

Llamé a mis padres para anunciar mi llegada a Mallorca ese verano. Ellos estaban encantados de poder tenerme allí, además coincidiría una semana entera con Aida.

Más tarde llamé también a Pilar. Conversamos un rato contándonos cómo iban nuestras vidas. El hecho de que Álex ya no estuviera no había influido en nuestra relación. Seguía pareciéndome una mujer única. Se alegró de saber que me marcharía de vacaciones y me deseó que lo pasara genial y disfrutara mucho.

La tarde del lunes estaba sentada en la consulta de Victoria, desgranando todos mis pensamientos.

Habíamos acordado que fuera la última visita antes de las vacaciones. Me seguía

impresionando la energía de esa pequeña mujer. Completamente rubia, aparentaba por lo menos diez años menos de los que me había dicho que tenía. Sus ojos siempre eran atentos y expresivos. Ni por un millón habría apostado a que confiaría tanto en ella cuando la conocí. En cambio, aprendí a escuchar con atención todo lo que me decía, y sobre todo a lo que conseguía sacar de mí, cuando sin que me diera cuenta tiraba del hilo de mis palabras para que yo misma fuera consciente de la respuesta.

—No es bueno que tengas remordimientos por marcharte de vacaciones, Mara —me dijo mientras seguía apuntando en sus papeles—, es lo natural. Estás en el camino correcto, si necesitas que te lo diga. Debes afrontar que la vida sigue. No tienes que desperdiciar nuevas experiencias por el hecho de haber perdido a una persona querida.

—Pero tal vez es demasiado pronto —continué buscando trabas, sin verlo del todo claro—. ¿Y si no estoy preparada aún? ¿Y si no soy capaz de pasarlo bien y termino siendo una carga para mis amigas?

—Esa teoría la estás basando en el miedo. Tienes que tomar decisiones por ti misma. Abrirte a la vida, divertirte, conocer gente, salir, permitirte estar triste alguna vez. Porque eso lo sentimos todos. Cada uno tiene su historia —siguió explicando ella sin perder la paciencia—. Voy a decirte algo, tienes mucha suerte de contar con unas amigas como las tuyas. Te han ayudado en el duelo y lo han hecho más llevadero. Mira, cada persona tiene un proceso y necesita su tiempo para curar sus heridas. Tú eres joven y muy sensata, no te precipitas y tomas decisiones muy meditadas. Por una vez, déjate llevar. Intenta disfrutar. No te juzgues por ello, porque mereces todo lo bueno que te pueda traer este verano.

—Si yo sé que no estoy haciendo nada malo, en el fondo —le confesé en un acto de valentía— pero me da apuro no sentirme más triste. Es como si me olvidara de Álex por momentos.

—¿De verdad te parece que no lo tienes presente? —se sorprendió Victoria—. Pero si llevamos una hora dándole vueltas a lo mismo. No estás olvidando nada, Mara. Esto es como el primer amor, ¿lo recuerdas?

—¿A mi primer novio? —me asombre yo echando la vista atrás—. Claro que lo recuerdo, pero ¿qué tiene que ver?

—A pesar de no olvidar a aquella persona, tú has seguido con tu vida ¿verdad? —insistió Victoria.

—Claro. Pero no es lo mismo.

—¿Cómo que no? El primer amor nos marca a todos. Es el principio de nuestra sexualidad, nos abre los ojos a un prisma diferente en la vida. Y a pesar de todo, nos permite seguir adelante después de una ruptura, aunque al principio pensemos que nada va a ser igual —explicaba Victoria mientras yo la miraba atenta y perpleja—. Esto es algo parecido, con otras dimensiones, pero para que te hagas una idea. Sería una manera de entenderlo.

—Yo creo que me va a costar, pero pensaré en ello —terminé aceptando.

—Por esto eres una de mis mejores pacientes.

—Seguro que se lo dirás a todos —reí haciendo un mohín.

Un rato más tarde, nos despedimos en la puerta de su consulta con un abrazo y deseándonos unas felices vacaciones. A esas alturas, acudir a mis sesiones con Victoria me daba fuerzas. Era como si dejara en su consulta todo lo oscuro y ella me llenara de luz.

No era demasiado tarde, así que decidí ir a comprar unas flores frescas y acercarme al cementerio. Me gustaba ir una o dos veces cada quincena. Visitaba la tumba de Álex y le contaba todo lo que me ocurría. Subí a la parte nueva, que era donde estaba él. Caminaba pensando en todas las personas que habían recibido sepultura allí, en las historias que habían dejado atrás. En

todos los familiares que les venían a llorar y los echaban en falta.

Al llegar leí su lapida una vez más. Pilar escogió el modelo, piedra gris oscura con letras en dorado. Su nombre, la fecha de su nacimiento y el día en que nos dejó. Debajo una inscripción que decía: «quererte ha sido fácil, olvidarte será imposible».

Retiré las flores ya secas y puse las que llevaba frescas. Sacudí con la mano el polvo acumulado.

—Mi amor. Vengo a contarte muchas cosas —dije acercándome a la lápida. Tampoco era cuestión de que me tomaran por loca—. Me voy de vacaciones con Lourdes y Tati. Sí, has escuchado bien. Con las dos. ¿Te imaginas lo que va a ser eso? Vamos a Ibiza. Ya sabes que yo no soy mucho de fiestas, pero seguro que lo pasamos bien. Ojalá pudieras venir tú. Te hecho tanto de menos que aún me duele. Pero no te preocupes, ¿vale?, ya lo voy llevando mejor. Y Victoria está contenta conmigo. Ya te imagino diciéndome que me lo pase bien. Si es que eres más bueno... Es el momento, Álex, tengo que seguir el camino. Y voy a hacerlo lo mejor posible.

Me callé al escuchar pasos detrás de mí. Acercándome un poco más acaricié el lugar donde permanecía Álex y le susurré:

—Por mucho que pase, seguirás en mi corazón. Fuiste parte de mi historia.

Un matrimonio caminó cerca y me miró de reojo. Se detuvieron en una tumba cercana. El caballero retiró las flores y colocó unas nuevas, igual que yo acababa de hacer unos momentos antes. La mujer rompió a llorar. Por un instante pensé en decirle que el dolor no se va, pero que se aprende a convivir con él. No me atreví. Supongo que lo aprenderían por ellos mismos, como hice yo.

Los días volaron entre los preparativos del viaje y el afán de Lourdes porque comprásemos ropa nueva. Sin casi darme cuenta estábamos ya en la víspera del Día X, como le gustaba a Tati llamarlo. Quedamos en dormir en su casa precisamente para salir juntas las tres hacia el aeropuerto y así compartir taxi.

Llevábamos mapas de la isla donde habíamos marcado todo lo que queríamos ver, un esquema de compras necesarias, las discotecas más importantes y los días grandes de fiestas. Era divertidísimo, por un lado, Tati lo esbozaba todo, llevando un croquis mental de qué hacer cada día, mientras que ambas sabíamos que Lourdes destrozaría cualquier proyecto con su espontaneidad. Me hicieron jurar que por lo menos les dedicaría tres noches para salir y me pareció justo. Y así, repasando que estaba todo listo, pasamos esa última noche antes de viajar juntas por primera vez.

Capítulo 4. Quien tiene unas amigas como las mías tiene un tesoro

El vuelo fue bastante bueno. No me gustan demasiado los aviones, pero estaba bastante acostumbrada a ellos a pesar de todo.

En cuanto bajamos y recogimos nuestras maletas fuimos directas a alquilar un coche. Mapa en mano, nos dirigimos hacia el apartahotel. Tati conducía lo mejor que podía, atendiendo a las indicaciones que le íbamos dando. Al llegar nos encontramos con una mole de pequeños apartamentos, una gran piscina y, a la entrada del complejo, un enorme hall, con cuatro ascensores, dos a cada lado. En el mostrador de recepción una amable joven nos tomó todos los datos. Nos entregó la llave de nuestro alojamiento y la hoja informativa con los horarios entre otras cosas. El apartamento que teníamos reservado constaba de dos habitaciones con una cama de matrimonio en cada una, un baño, una cocina americana en el pequeño salón y una terraza con vistas a la piscina.

—¡Vamos a la playa! —exclamó Lourdes nada más llegar.

—Pero mujer, vamos a organizarnos antes y luego bajamos —dijo Tati mirando su maleta aún cerrada.

—¡Venga ya! Eso luego. Lo primero es inspeccionar el terreno. Me muero de ganas de sentir el ambiente de esta isla —insistió Lourdes. Tati me miró con cara de espanto, pero yo me posicioné a favor de ir a la playa. Ya habría tiempo para ordenar. Debíamos aprender a relajarnos y dejarnos llevar.

Nos pusimos nuestros bikinis. Lourdes, con uno de color amarillo, disfrutaba enseñando su cuerpo. Era una mujer sin ningún complejo. Con su metro sesenta, sus generosos pechos y sus amplias caderas no encajaba en los estándares de la moda de «mujeres tabla». Ella gozaba de unas curvas preciosas y que la hacían más llamativa. Lo mejor es que no se ha preocupado nunca demasiado por su físico. Lourdes es preciosa así, siendo ella misma. Con su melena caoba ondulada, sus ojos verdes y la lengua más afilada que he conocido, nada la puede parar.

Tati, en cambio, se puso un bañador negro con generoso escote. Ella es mucho más pudorosa y sí que tiene complejos a pesar de tener un cuerpo fantástico. Es la más alta de las tres. Debe rondar casi el metro setenta y cinco. Tiene unas piernas de escándalo, bien contorneadas y definidas gracias especialmente a su trabajo en el gimnasio. Mide todo lo que come, intenta no sobrepasarse y vigila no subir de peso. Es cierto que no tiene un pecho muy grande, pero su piel blanca y su melena oscura acentúan sus rasgos para hacerla más atractiva.

Yo me puse mi bikini nuevo, con un estampado en hojas verdes, braguita de tiro alto y un corte favorecedor que además sujetaba todo perfectamente. Mi principal objetivo era ir lo más cómoda posible. En ese y otros sentidos yo soy como una mezcla de mis amigas: más tranquila que Lourdes y menos explosiva en cuanto a cuerpo, pero sin llegar al grado de estiramiento de Tati. Una chica normal, con un cuerpo que entra dentro de la media, con el pelo oscuro y rizado y los ojos marrones. Nada a destacar, aunque siempre me han dicho que soy demasiado expresiva y se me leen los pensamientos en la cara.

De esta guisa bajamos las tres a darnos el primer baño. Fuimos hasta la playa que quedaba a dos calles del apartamento. Estaba completamente abarrotada de gente. A lo lejos escuchábamos la música de un enorme chiringuito. Había quien bailaba en la orilla, otros dormitaban en sus toallas al sol del verano... pero la mayoría de la gente estaba divirtiéndose y bebiendo. Habíamos llegado a Ibiza, señores, la cuna de la fiesta y el desenfreno.

Mis amigas salieron corriendo al agua. Yo, más reservada y temerosa, me quedé vigilando

nuestras pertenencias, gozando de la brisa marina y tomando contacto con el lugar. Al volver Tati, fui al agua y enseguida vi a Lourdes ya hablando con un par de chicos. Era un caso, acababa de aterrizar y ya estaba haciendo amigos.

Dejé que el agua me meciera, no me apetecía fijarme en las personas que me rodeaban. Solo quería disfrutar de ese momento. Cuando salí, Lourdes ya había vuelto junto a Tati y entre las dos me convencieron para ir a comer algo. Paramos en un supermercado que estaba a la vuelta de la esquina y compramos algunas provisiones. Al llegar al apartamento, nos hicimos unos bocadillos y nos los comimos en la terraza.

—Creo que lo mejor es que Mara y yo compartamos habitación —comentó Tati—. Si alguna tiene más posibilidades de ligar vas a ser tú, Lourdes.

—Hombre, no te cierres puertas, nena. Nunca se sabe —rebatía ella—. Aunque lo veo bien.

—Yo no me cierro puertas, Lourdes —contestó Tati terminando de limpiar las migajas de bocata que habían quedado en la mesa—. Soy muy exigente con respecto a los hombres, ya lo sabes.

—Tú quieres uno que sea perfecto. Y de esos no quedan —dijo Lourdes apurando su Coca Cola.

—Sí quedan, pero son gais o están casados —rio Tati haciéndonos reír también a nosotras.

Aquella tarde fuimos de nuevo a la playa. Terminamos viendo como atardecía, las tres sentadas en nuestras toallas. Después nos dimos una ducha rápida, cenamos algo ligero y salimos otra vez.

Nos dirigimos hacia el barrio de la Marina, con sus calles plagadas de bares con pequeñas terrazas donde sentarse y disfrutar del jolgorio de la noche ibicenca. Había gente de todo tipo, desde jóvenes que hacían la primera parada antes de arrancar el *tour* de discotecas hasta personas más maduras que pasaban el rato de una forma más tranquila.

Tomamos la primera en un local situado en una calle sin salida, sentadas en unos taburetes altos distribuidos en la puerta. Desde allí podíamos ver a todos los que pasaban por la calle principal. Criticábamos los atuendos de las chicas más atrevidas y nos reíamos de los turistas que ya lucían esa típica piel rojiza de quien no está acostumbrado a nuestro sol. Nos dolía la mandíbula de tanto reír.

Al rato seguimos nuestro periplo por diferentes *pubs* de la zona. El alcohol empezaba a hacer mella y cada vez nos movíamos más despacio.

—Venga, vamos a por la penúltima —nos animaba Lourdes con su inacabable energía.

Entramos en el garito que nos acababa de señalar nuestra amiga. El interior, escaso de luz, estaba lleno de gente bailando. Conseguimos pedir nuestras copas y nos dirigimos al exterior, donde tomamos asiento en unos sillones bajitos que rodeaban una mesa de mimbre.

Lourdes apuró su copa a una velocidad pasmosa. Se levantó y fue a pedir la que juraba iba a ser la última, mientras Tati y yo comparábamos nuestros esmaltes de uñas y hablábamos de banalidades. Media hora más tarde nos dimos cuenta de que Lourdes no había vuelto.

—Como haya sido capaz de dejarnos tiradas aquí, la mato. Te lo juro. Es que no llega al final de las vacaciones —apuntó Tati todo lo sería que la borrachera le permitía.

—Espérate anda, que voy a buscarla dentro a ver si la encuentro —dije levantándome. Me dirigí al interior del local, que seguía igual de lleno o más. Casi no podía ver nada entre las luces de colores y la gente que me rodeaba.

Al fin la encontré al fondo, hablando con unos chicos. Me pareció reconocer a uno; era con quien la había visto hablando en la playa esa mañana. Cuando llegué a su lado la cogí por el brazo.

—¡Lourdes! Menos mal que te encuentro —grité a su oído.

—¡Mara! Mira, este es Toni —dijo señalando al chico que tenía delante. Se giró y le dijo algo a él. El muchacho me dio dos besos de presentación.

—Tati está fuera esperando, vamos, anda —le pedí tirando de ella.

—Tía, ¿a que no sabes una cosa? Toni y sus amigos están en los mismos apartamentos que nosotras y, ¡flipa! Tienen pases para ir a Ushuaia mañana —explicó emocionadísima dando saltitos—. Nos han invitado a ir con ellos.

—Anda, mira qué bien. Bueno, luego lo hablamos, que Tati nos espera fuera —la urgí para que se despidiera de sus nuevos amigos.

—Que sí, que ya voy. Ve tirando que ahora salgo.

Estaba fuera explicándole a Tati todo cuando apareció Lourdes por detrás cogiéndonos por los hombros a ambas.

—Tías hemos triunfado —nos decía eufórica—. ¡Que nos vamos a Ushuaia! ¡Y de gratis! Vamos a gozarlo.

—Tú estás perdiendo dinero, Lourdes —dijo Tati impresionada—. Deberías ser relaciones públicas. ¡Pero si es que no llevas ni veinticuatro horas y ya estás haciendo amigos! Aunque, nos va a venir muy bien tu don, la verdad.

—Mírala, ya no está enfadada —reía yo abrazando a mis amigas—. Mira que os gusta una juerga.

Al día siguiente fuimos al mercadillo de Las Dalias, entre Santa Eulalia y San Carlos, un sitio impresionante por la cantidad de puestos *hippies* que hay. Es cierto que, aunque intenta simular el espíritu libre de la isla, está más comercializado, pero aun así merece la pena visitarlo.

Pasamos la mañana *chafardeando* en cada parada y haciendo algunas compras. ¡Imposible resistirse con toda la artesanía que veíamos! A la hora de comer, pedimos unas pizzas en una cantina con mesas exteriores y decidimos pasar la tarde en una cala de camino a casa.

A las ocho, Lourdes recibió un mensaje de Toni diciéndole dónde quedar.

—Va, que tenemos una hora y media para arreglarnos. Hay que sacar las mejores galas —dijo dejando su teléfono sobre la mesa.

—Yo creo que voy a pasar —comenté como si tal cosa, intentando que no lo tomaran a mal.

—¡Venga ya! No puedes hacer eso —se quejó Lourdes—. Nena, que no es cualquier cosa. Es la mejor discoteca con diferencia.

—Chicas, en serio. Es que no me apetece. Prefiero quedarme aquí tranquila —me excusé. La verdad es que no quería ir, sentía que ese no era mi lugar.

—Pues lo anulamos y nos quedamos contigo —sentenció Tati—. No vamos a dejarte sola.

—Pero si no hace falta. Os lo agradezco, pero no perdáis la oportunidad vosotras. Seguro que lo pasaréis genial y yo estaré bien —dije, porque lo sentía así.

—¿Y qué vas a hacer tú sola? Nosotras nos quedamos. Ya saldremos otro día —insistió Lourdes. Mira que son bonicas mis amigas. Siempre pensando en mí.

—Si os quedáis me voy a sentir fatal. Así que os pido que, por favor, os arregléis y vayáis y luego me contáis todo con detalle —las serené. Todo estaba bien, simplemente prefería quedarme en casa—. Además, así mañana yo me ocupo de todo. Va, que os preparo una paella para cuando os levantéis con la resaca.

Al final accedieron a regañadientes. Se turnaron para ducharse y ponerse bien guapas. Lourdes iba con un vestido corto negro de escote generoso y unos zapatos de tacón infinito. Tati, en cambio llevaba unos *shorts* cortos azul marino con un top blanco y unas sandalias de plataforma. Las dos con sus largas melenas al viento, estaban fantásticas.

Al marcharse aproveché para ponerme mi pijama. Llené una copa de vino blanco y me fui a la

terraza con un libro. Disfruté de la soledad y me relajé con la lectura, la brisa marina y el rumor del mar.

Me fui a dormir bastante tarde porque el libro me tenía totalmente abstraída. Mis amigas aún no habían llegado. Dormí plácidamente y por la mañana al levantarme me encontré una nota junto a la cafetera.

Mara, la fiesta ha sido espectacular, Luego te contamos. Hemos pensado que ya que vas a hacer una paella podíamos invitar a los chicos a comer. Son cuatro y vendrán más tarde. Te queremos.

Fruncí el ceño, un poco desconcertada. Cuando les dije que me ocupaba de todo no me refería a eso precisamente, pero supongo que querían agradecerles la invitación.

Me puse un vestido corto fresco y bajé a comprar todo lo necesario para hacer la comida y sobre las doce me puse con ello. Al rato Tati consiguió levantarse.

—Buenos días —me saludó apoyada en el marco de la cocina.

—Hombre, la primera bella durmiente. ¿Qué tal anoche?

—Nena, la bomba. El sitio es deslumbrante. Lo pasamos genial y los chicos son muy majos —explicaba ella mientras se servía un café.

—¿Dónde está Lourdes? ¿Habéis dormido juntas? —pregunté. Esa noche Tati no había venido a la habitación que compartíamos.

—No ha dormido aquí. Se fue con Toni. Casi la mato —me contó Tati. Menuda manía con querer matar a nuestra amiga—. En mitad de la noche se lio con él. Estábamos en unas butacas por encima de la piscina cuando vi que se comían a besos. Al volver me comentó que iban a tomar la última solos. Seguramente estará en su apartamento.

Le envié un mensaje a Lourdes para confirmar que vendrían y para saber que estaba bien. Sabía que era mayorcita y que no debía preocuparme, pero aún así, estaba con unos desconocidos. Me dijo que en una hora estarían todos allí.

—Y dices que son cuatro chicos entonces —afirmé.

—Sí. Están Guille y Mat. Muy majos —me contó Tati—. Seguro que te caen genial. Y luego también Erik, que es guapísimo.

—¿Mat? ¿Qué nombre es ese? ¿Es extranjero? —pregunté.

—Qué va. Debe ser un diminutivo o algo así. Igual que tú con tu nombre. Porque es *made in Spain*.

—Vete a saber. Igual se llama Martiniano —bromeé yo mientras preparaba todo en la cocina.

Un rato después llegó Lourdes con sus nuevos amigos e hicimos las presentaciones. A Toni ya lo conocía de la otra noche. Era un chico muy simpático y amable, de estatura media, pelo moreno y cara risueña. Llevaba una camisa de flores que llamó mi atención. Debía ser tan desvergonzado como Lourdes. Luego estaba Guille, el más fornido de los cuatro, con una barba espesa y algo más bajito, que también parecía simpático. Vino con el bañador y una camiseta donde se leía «Dame Veneno», de Jaleo Shirts y ese detalle me pareció muy gracioso. Erik realmente era guapo. Rubio, ojos azules, piel blanca... Alto y atlético. Entendí por qué Tati se había fijado en él. Llevaba un polo y unos pantalones cortos, un atuendo sencillo y sin nada llamativo. «Martiniano» fue el último en entrar. Era muy alto, por lo menos metro noventa, castaño, con el pelo muy corto y unas enormes gafas de pasta. Era espigado, con rasgos más marcados y parecía el más serio de todos. También venía con el bañador a media pierna y chanclas de playa.

Juntamos las dos mesas que había en el apartamento y preparamos todo para comer. Mat se escabulló un rato para hablar por teléfono. Cuando por fin volvió nos sentamos como pudimos, algo apretujados.

Todos dieron buena cuenta de la comida, excepto Erik, quien estuvo recriminando que si no era bueno comer pan con arroz ni pasta y que deberíamos tomar más alimentos crudos. Vamos, que nos dio una chapa sobre alimentación de mírame y no te menees.

—¿Y tú cómo sabes tanto, eres dietista? —pregunté finalmente un poco cansada de tanta explicación.

—Soy monitor en un gimnasio, bueno y entrenador personal de quien lo necesita —explicó él—. Me encanta el ejercicio y también cuidarme. Por eso miro y controlo la alimentación y me informo de todo. Estoy pensando hacer un grado en nutrición para complementar mi formación.

—Mira, otro como Tati —saltó Lourdes llevándose un trozo de pan a la boca—. Ella también se lo mira todo mucho.

—Me cuido un poco, nada más. No soy como otras —soltó la aludida.

—Y tú, Guille, ¿de qué trabajas? —pregunté intentando desviar un poco el tema para que mis dos amigas no se picaran más.

—Pues soy informático. Por eso tengo este cuerpo serrano —contestó él llevándose las manos a su barriga y arrancándome una sonrisa.

—Qué hartura de escucharos hablar del trabajo —se quejó Toni—. Va, vamos a la playa y así nos distraemos un poco.

Recogimos y Toni fregó los platos, todo un detalle. Bajamos a la playa todos menos Erik que declinó la oferta. Tati, Mat, Guille y yo fuimos hasta el chiringuito a pedir unos cafés mientras Toni y Lourdes se ocupaban de colocar nuestras toallas.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —me dijo Mat cuando volvíamos a las toallas con nuestros vasos de café con hielo.

—Ya me la estás haciendo —le insinué yo, pinchándolo un poquito.

—Que graciosa —repuso él—. Me preguntaba por qué no viniste anoche. No todo el mundo le dice que no a Ushuaia.

—No soy mucho de fiestas, nada más —respondí yo mientras dejaba mi vasito de café en la arena para poder quitarme el vestido que llevaba.

—Es curioso. Venir a la isla de la fiesta y no salir —puntualizó Mat.

—Yo soy así. La chica de las contradicciones —dije para salir del paso. Me sentí algo juzgada y prefería dejar la conversación, así que apuré mi café y me escabullí—. Me voy al agua.

—Ok.

Los dejé a los tres sentados charlando en las toallas. Toni y Lourdes se habían metido ya en el agua y jugaban a salpicarse. Entré dando saltitos, ¡qué poco me gusta el agua fría! Poco a poco me sumergí y empecé a nadar y cuando estaba a suficiente distancia me dejé flotar, escuchando solo el sonido del agua, dejando que el sol bañara mi piel.

—¿Pretendes llegar muy lejos así? —preguntó de pronto alguien a mi lado.

—Joder, qué susto —me quejé enderezándome. Encontré a Mat a mi lado. Yo casi no hacía pie allí, pero claro, él con su altura, estaba la mar de a gusto.

—Perdona. No pretendía asustarte —se excusó—. Por cierto, Tati se ha ido al chiringuito otra vez a tomar algo.

—¿Y eso?

—Bueno, Toni y Lourdes han vuelto a las toallas y creo que nos han espantado a todos —rio para sí mismo.

Miré en su dirección y vi a Lourdes encima de Toni besándose sin pudor. Esos dos necesitaban una cama, y más pronto que tarde.

—Voy a acompañarla —me despedí de él echando a nadar hacia la orilla.

Encontré a Tati sentada en la barra del bar con una cerveza. Por sus morros sabía que no le había sentado bien el espectáculo de nuestra amiga.

—A ver, suéltalo ya —la urgí.

—Sé que no hace nada malo, pero no me gusta.

—Deja a Lourdes, que ya es mayorcita —intenté mediar mientras le hacía señas al camarero para que me sirviera una cerveza a mí también.

—No quiero que piensen que somos las tres iguales —se quejó ella apurando el botellín y diciéndole al camarero—: Que sean dos por favor.

—Creo que estos chicos son lo suficiente mayores e inteligentes para distinguir que no todo el mundo es igual —la reñí—. A ti te gusta uno, ¿verdad?

—Joder, pues claro. Pero a mí no me gusta tirarme al cuello a la primera. Antes prefiero conocerlo un poco más —me explicó ella. Sabía que Tati y Lourdes eran completamente diferentes en ese aspecto. Tati buscaba un amor de verdad, una pareja, una estabilidad. Lourdes era más de disfrutar el momento.

—Y, ¿puedo saber quién es el afortunado?

—Erik. Y no pongas esa cara, que ya lo sabes —se burló ella.

—Está muy bueno. Anda que tienes mal ojo, amiga —me reí dándole un codazo—. Pero si surge algo entre vosotros es un rollo de verano. ¿Eso lo tienes claro? Quién sabe si volveremos a ver a estos chicos.

—¿Qué dices? —Dijo extrañada, y luego hizo un gesto de comprensión—. Ah, claro, que tú no lo sabes. Anoche en la discoteca estuvimos hablando mucho y resulta que viven en nuestra ciudad. ¿A que es una casualidad?

—Pues sí. Una gran casualidad —apunté yo. Y pregunté—: ¿Y cómo es que Erik no ha bajado a la playa?

—No le gusta mucho el sol —contestó una voz detrás de mí. Al girarme volví a ver a Mat. ¡Qué manía tenía ese chico de aparecer siempre de improviso!

—Pues a menudo sitio ha venido de vacaciones, si no le gusta el sol —le piqué yo, por lo que me había dicho él antes.

—Es muy blanco de piel y se quema enseguida —dijo sin inmutarse.

—Y vosotros, un grupo tan dispar, ¿de qué os conocéis? —le pregunté. «Ya que se ha acoplado con nosotras por lo menos que se cuente algo», pensé en ese momento.

Mat pidió una cerveza para él y nos explicó que Toni y él se conocían desde niños, ya que iban juntos al colegio. Erik era primo de Toni y siempre habían estado muy unidos. Y Guille era compañero de trabajo de Toni.

—O sea, que el núcleo es Toni —afirmó Tati. Yo apostaba a que ya estaba algo tocada por el alcohol, porque sacó la deducción más lógica a lo que nos contaba Mat y la reveló como si fuera un gran descubrimiento.

—Pues sí. Él es quien lo organiza todo normalmente y luego nos lía a los demás —dijo Mat dando un trago a su bebida.

—Y tú, ¿de qué trabajas? —preguntó Tati. Eso empezaba a parecerse demasiado a un interrogatorio.

—Soy arquitecto —contestó Mat.

—Qué interesante —le dijo Tati. Cuando vi que levantaba la mano para pedir otra le dije que ya era hora de ir tirando hacia el apartamento.

A regañadientes conseguí sacar a Tati del chiringuito. Nos acercamos a Lourdes y las convencí para dejar la playa. Mat nos miraba desde la retaguardia con una sonrisa en los labios. Qué

cabrito, se lo estaba pasando en grande viendo el espectáculo.

Toni nos dijo que tenía pases para Amnesia, así que al final no quedó otra que quedar con ellos de nuevo esa noche. Entre Lourdes y Toni me iban a llevar por el camino de la amargura, llevaban la fiesta en la sangre. Les juré que esa noche sí que saldría y de esa forma pude llevarme a mis amigas.

Capítulo 5. Al final siempre sucede aquello que no esperas

Habíamos quedado con los chicos en la puerta de Amnesia, así que después de cenar nos arreglamos para salir. Tati llevaba un vestido rojo corto, se notaba que le apetecía destacar. Con su altura y los tacones que se había puesto estaba claro que no pasaría desapercibida. Lourdes decidió ir más cómoda y optó por unos shorts cortos negros y una camisa estilo *boho*. Yo opte por unos tejanos blancos de tiro bajo y un top negro.

—Mañana podríamos ir al casco antiguo a dar un paseo, si no nos vamos a dormir demasiado tarde —les propuse mientras nos dirigíamos a la entrada de la discoteca. Era mi forma de darles a entender que no alargaría más de lo necesario la fiesta.

—Que sí, que lo que tú quieras —contestó Lourdes y me dijo señalándome—: pero esta noche disfruta anda, y no le des demasiadas vueltas. Y no me vengas luego con que estás cansada. Llevas unos zapatos cómodos y has dormido bien, así que no tienes excusa.

Puse los ojos en blanco ante el discurso de mi amiga. Por supuesto que pretendía pasarlo bien, pero tal vez no tenía el mismo aguante que ellas. Me insuflé ánimos a mí misma y salimos camino a la susodicha discoteca.

Encontramos a los chicos enseguida. Toni, como había prometido, tenía de nuevo pases para todos. Ese hombre era una caja de sorpresas. Conocía a gente allí donde iba y conseguía cualquier cosa que necesitáramos. Desde luego Lourdes y él no se iban a aburrir.

Entramos sin pagar nada. La discoteca estaba repleta de gente, como es normal al ser un sitio tan de moda. La música atronadora hizo que no pudiéramos mantener ni una triste conversación, pero pese a todo lo pasamos muy bien bailando los grandes éxitos del tecno. Gogós impresionantes amenizaban al personal desde altas plataformas. Fue una noche entretenida y tampoco pudimos abusar demasiado del alcohol, más que nada por el alto precio de las bebidas. Finalmente, sobre las cinco de la madrugada decidimos marcharnos.

Los chicos nos invitaron a tomar la última copa en su apartamento. Tati y yo declinamos la invitación alegando lo cansadas que estábamos, pero Lourdes sí que se marchó con ellos dedicándonos una mirada de sorna. Así, esa noche tanto Tati como yo descansamos a pierna suelta.

A la mañana siguiente llamamos a Lourdes para irnos a visitar la isla. Ella se mostró conforme y al poco rato pasó un momento por nuestro apartamento para darse una ducha rápida y cambiarse. Al cabo de menos de una hora, salimos hacia Dalt Vila, el centro histórico de la ciudad. Era un sitio precioso, con sus empinadas calles adoquinadas. Valió la pena la caminata para llegar a lo más alto. Desde allí, en sus miradores, se podía contemplar todo el horizonte. Como el día era espléndido pudimos llegar a distinguir Formentera y nos propusimos ir allí el sábado siguiente, para disfrutar de sus playas blancas y su tranquilidad.

Después de visitar la catedral que gobernaba la ciudadela bajamos siguiendo el camino de la muralla y visitamos el mercadillo diario de Es Canar. Por sus callejuelas nos mezclamos con la gran cantidad de turistas, que al igual que nosotras, curioseaban los puestos.

Comimos en una terraza tranquilamente las tres. Lourdes nos contaba lo bien que se lo estaba pasando con Toni y que era un chico de lo más divertido. Nos alegramos por ella, porque siempre sacaba lo mejor de cada situación y sabía disfrutar la vida. Tati, por el contrario, me preocupaba algo más. Tenía tendencia a fijarse en chicos que no le aportaban nada bueno. Ella, muy necesitada de estabilidad, solía dejarse llevar más por el físico que por la persona. Debía ser alguna

carencia que arrastraba desde pequeña y es que la infancia de Tati no había sido fácil, con una madre dominante que siempre exigió lo mejor de ella, sin importarle el grado de cariño que le ofrecía a su hija. Recordaba cómo criticaba todo aquello en lo que su hija no destacaba, desde su físico a las notas, comparándola con el resto.

De vuelta paramos en una cala que encontramos de casualidad y pasamos toda la tarde allí. Sobre las siete Lourdes recibió una llamada de Toni en la que le preguntaba si íbamos a salir esa noche.

Tati y yo declinamos la oferta, pero Lourdes no se lo pensó. Yo no entendía de dónde podía sacar las fuerzas esa muchacha. Unas horas más tarde, ella se marchaba y Tati y yo pudimos descansar de nuevo a gusto.

Nos repanchingamos en el sofá con un bote gigante de helado y, cucharas en mano, buscamos una película que ver. Nos encontramos con la famosa *Cincuenta sombras de Grey*. Pasamos media noche discutiendo cada detalle. Ambas habíamos leído la trilogía y teníamos opiniones contrarias. Debatimos desde si era factible llevar a cabo las prácticas sexuales de las que hablaba, hasta si una chica tan joven e inexperta se dejaría llevar en la vida real por un sádico como Grey. Sacamos todos los «peros» de la película, llegando al consenso de que no era más que eso, un *film* con el que dejar correr la imaginación, aunque reconociendo que el actor era tremendamente sexy.

A la mañana siguiente, Lourdes nos llamó para decirnos que se iban al Bora Bora, un lugar mitad chiringuito, mitad discoteca al aire libre cuya música se podía escuchar a más de un kilómetro de distancia. Pasamos el día allí, entre risas, baños y sol. Comimos unos bocadillos y disfrutamos del ambiente festivo. Para compensarnos por la comida del otro día, los chicos decidieron invitarnos a cenar en su apartamento.

El lugar donde ellos se hospedaban era mucho más grande que el nuestro. Tenía tres habitaciones y el comedor era mucho más amplio. No es que se lucieran con la comida, pero no se les podía reprochar, ya que lo que contaba era la intención. Hubo tortillas de patatas precocinadas, ensalada, croquetas, escalivada y pan de payés tostado. Todo bañado con varias botellas de vino Lambrusco.

—Vamos a jugar a algo para conocernos mejor —propuso Toni a modo de coña—. Hacemos dos equipos, chicos contra chicas. Se trata de hacer suposiciones sobre cada uno de nosotros. Si acertáis, el chico en cuestión bebe; si falláis, bebe quien lo haya dicho y a la inversa. ¿Lo habéis entendido?

«Tampoco hay que ser ingeniero para entenderlo», escuché en mi cabeza.

—Empiezo yo a modo de prueba —continuó Toni—. A ver, digo que Lourdes tiene dos hermanos menores que ella.

—Cierto —dijo está saludando con su chupito y bebiendo—. Sigo yo... Guille hace más de dos años que no tiene novia.

—Qué cabrona. Verdad —contestó el aludido bebiendo también—. Y yo digo que Tati trabaja de contable en una multinacional.

—Eso es trampa —se quejó ella, aunque también bebió su chupito—. Eso ya lo sabías. Pero bueno, pues Erik cuida mucho su cuerpo por su trabajo.

—Joder, decís cosas muy simples —dijo Erik— pero si vais de ese palo... Mara y Lourdes trabajan juntas.

—Vaya cosa, pues claro —dije yo pensando que podía decir—. Mat no es tu verdadero nombre, es un diminutivo.

—Así es —contestó Mat bebiendo, para añadir mirándome fijamente—. Y tú eres hija única.

—Te equivocas —le contesté con una risa—. Bebe, que has fallado. Tengo una hermana. Es

más pequeña que yo y vive en París.

Seguimos con aquel juego durante un par de horas. Bebimos mucho más de la cuenta y nos reímos un montón. También es cierto que nos enteramos de muchas cosas. Por ejemplo, de que Erik sí que era hijo único, de que Mat tenía un gemelo exactamente igual a él y de que Toni no había tenido nunca novia formal.

Cuando nos cansamos sacaron un cubilete con dados y nos propusieron jugar al póquer. Me hice la tonta, aunque sé jugar perfectamente. Creo que el alcohol que corría por mis venas me había envalentonado. Les di una paliza descomunal en tres rondas y todos tuvieron que beber lo que yo les decía. Lo pasamos bomba. El que más había tenido que beber con diferencia era Mat. El pobre no daba una y yo me había empecinado en que pagara lo sieso que me parecía.

Se nos pasó la noche volando. Ciertamente no esperaba pasarlo tan bien. Prácticamente había salido el sol cuando se nos terminaron las reservas de bebida. Mat se había quedado dormido en el pequeño sofá del salón; todo esparramado con lo largo que era, estaba graciosísimo. Creo que alguien sacó alguna foto.

—Mirad este que pintas —se burló Toni—. Está k.o.

—Vamos a gastarles una broma —propuso Guille casi perdiendo el equilibrio.

—¿Lo llenamos de espuma de afeitar? —sugirió Tati.

—Demasiado típico —rehusó Toni rascándose la barbilla mientras pensaba—. A ver... ¿qué es lo que más le molesta al estirado?

—Perder el control —continuó Erik con cara de travieso—. ¿Te acuerdas, Toni? ¿Y si le hacemos creer que se ha acostado con alguna de vosotras?

—Sí, hombre —se quejó Tati haciendo un gesto con la cabeza—. Como si fuera tan fácil.

—¡Claro! —Exclamó Toni—. Mirad. Lo metemos en la cama y lo desnudamos, y luego una se mete con él. Todos sabremos que no ha pasado nada, pero ya veréis que risa cuando mañana o, bueno, hoy en un rato, se despierte.

—¿Alguna voluntaria? —pidió Guille animado. Yo miré a mis amigas. Lourdes estaba con Toni y no colaría. Y Tati... ay, mi Tati. Si quería tener una oportunidad con Erik no lo haría, era demasiado pudorosa.

—Ya lo hago yo. —Me oí decir. No sé por qué lo hice, simplemente salió de mi boca. Ya os había dicho que en ocasiones digo cosas sin filtrar, ¿verdad?

—¿En serio? —rieron los demás. La idea les parecía fantástica y la embriaguez no nos ayudaba a poner cordura a todo aquello.

Entre todos los chicos llevaron a Mat a la habitación, le quitaron la ropa y la desperdigaron por todas partes, como intentando simular que se la hubiera arrancado en un arrebato de pasión. Yo no paraba de reírme, eran un caso y el alcohol hacía que todo pareciera aún más gracioso. Me animaron a que también me quitara toda la ropa, asegurándome que nadie se escandalizaría, pero me negué. No llegaba a tanto mi borrachera. Al final accedí a dejarme la ropa interior y quitarme el resto. Total, era como llevar un bikini.

Me tumbé a su lado e hice poses para las fotos que nos sacaron, haciendo guiños y la señal de victoria. El otro, pobre, no se enteraba de nada, había caído sopa perdido.

Poco a poco todos se fueron disgregando y al final apagué la luz de la habitación. Me acomodé al lado del estirado y cerré los ojos.

« ¿Tú estás segura de esto? », me dijo mi cabecita. Pero la mandé callar porque me estaba venciendo el sueño. «Mañana será otro día y ya se lo explicaremos todo, no va a ser para tanto», me dije a mí misma.

Caí dormida en un par de minutos y recuerdo que soñé que paseaba por la playa con Mat a mi

lado, cogidos de la mano, con una puesta de sol impresionante. Hay que ver qué rara es la mente humana. Con la última persona que me apetecía irme de paseo era precisamente con él.

—¡Me cago en la puta! —Me desperté escuchando los gritos de Mat—. ¿Qué coño ha pasado?

—Joder, no grites —le pedí intentando abrir los ojos. Notaba cómo tiraba de la sábana que yo tenía enredada entre mis piernas.

—Te has aprovechado de la cogorza que cogí ayer —se quejaba él mientras se tapaba como podía.

—A ver, Adonis, ¿piensas que he abusado de ti? ¿En serio?

—No recuerdo nada. Y sí, te has beneficiado de mi estado etílico —seguía refunfuñando.

—¿Pero tú quién te crees que eres? ¿El más bello del lugar? —me burlé yo haciendo memoria, cosa que me costaba lo mío sin un café a mano.

—No quería acostarme contigo y estás en mi cama, así que algo no va bien —me dijo señalándome con el dedo índice.

« ¡Uyyyy, a mí nadie me señala así!», saltó la voz de mi mente, echando más leña al fuego.

—A mí no me eches las culpas. Si te sienta tan mal la bebida háztelo mirar —le dije indignada volviéndome a tumbar.

—Eres una fresca —me espetó en la cara levantándose y llevándose toda la sábana—. No me esperaba esto de ti.

—¡Serás gilipollas! —Salté de la cama como si tuviera un muelle. Era lo último que esperaba escuchar. Recogí muy digna mi vestido que había dejado perfectamente estirado sobre una silla, me lo coloqué y busqué mis zapatos.

—Ahora no vayas a perseguirme lo que quedan de vacaciones —soltó de repente subiendo la persiana.

Una lengua de fuego me recorrió la espalda. Era ira, rabia, furia, llamadlo como queráis, pero yo no pude más. Le lancé uno de los zapatos que tenía en la mano.

—¡No me vas a ver más, idiota! —grité con todas mis ganas mientras él esquivaba mi proyectil—. ¡En la cama eres un palo! No repetiría ni en sueños.

Salí corriendo y cuando estaba en la escalera me di cuenta de mi error al lanzarle el zapato. Solo llevaba uno en la mano, así que no me quedó otra que ir descalza hasta mi apartamento. Intenté caminar lo más digna que pude, pero nada más traspasar la puerta que me abrió Tati me eché a llorar.

—Mara, ¿qué ha pasado? —me preguntó asustada acompañándome al sofá. Cogí un cojín y lo apreté contra mi cara, más por rabia que por vergüenza.

Le conté a mi amiga todo lo que había ocurrido mientras hipaba por el llanto. Lo que pretendía ser una broma había terminado de la peor manera posible. Tati, la pobre, alucinaba con lo que estaba escuchando.

—Por cierto, cariño, ¿te has dado cuenta de que te falta un zapato? —apuntó ella mirando mis pies.

—Que se meta el zapato por el culo a ver si le gusta —contesté tirándome en el sofá y tapándome de nuevo la cara con el cojín.

Capítulo 6. Amargo, como el limón que acompaña al tequila

En algún momento Tati debió llamar a Lourdes, que se presentó en nuestro apartamento seguida de Toni. Volví a explicarles todo lo que había sucedido. La cara de Lourdes iba tomando colores diferentes según les iba narrando la escena de esa mañana. Toni, por su parte, no sabía cómo excusar a su amigo y no comprendía por qué se había comportado de esa forma.

—Dile a tu amigo que más le vale no acercarse a mí durante un tiempo —amenazó ella a Toni—, porque lo del zapato no va a ser nada comparado a lo que le voy a hacer yo.

—De verdad que no lo entiendo —repetía él—. Normalmente es muy prudente.

—Creo que lo mejor es que vayas y le expliques todo. A ver si nos tranquilizamos un poco. — La más sensata, como siempre, Tati.

—Claro. Y no te preocupes —dijo dirigiéndose a mí—. Te va a pedir mil perdones.

—¡No! Ni perdón ni leches —contesté yo haciendo de nuevo un puchero—. Mientras no se acerque a mí estaré bien. No lo quiero ni ver.

Toni se marchó y nos dejó a las tres solas. Empecé a llorar de nuevo, más por mi orgullo tocado que por otra cosa. Me daba rabia de la forma en que Mat me había tratado, como si fuera una cualquiera. Y todo por una broma sin importancia. Pero ¿qué problema tenía ese chico? Decidí darme una ducha para relajarme y convencí a mis amigas para que salieran ellas y que no se quedasen encerradas conmigo. Les prometí que estaba perfectamente y que quería descansar algo más.

Por más vueltas que le daba no entendía el porqué de su comportamiento. Ese chico me desconcertaba y había empezado a sentir un odio profundo por él.

Conseguí volver a dormir un rato y al despertar decidí hacer una ensalada de pasta fresca para comer. Una hora más tarde aparecieron Lourdes y Tati.

—Nos han dado esto para ti —me dijo Tati acercándose mi zapato. El arma del delito.

—Qué bien, al menos lo he recuperado. Lo menos que esperaba era que lo lanzara por el balcón —comenté.

—Hemos bajado a la playa, todos menos Mat —explicó Lourdes—. Tengo la sensación de que le ha caído una buena reprimenda por parte de sus amigos.

—Ni me lo nombres. Es persona no grata para mí, así que prefiero no saber nada —dije sacudiendo la cabeza. Comimos las tres en silencio. Quedó constancia que ese día no iba a ser la mejor de las compañías.

Después de la siesta me insistieron en bajar de nuevo a la playa. Me negué en redondo, no me apetecía ver a nadie. Las convencí para que se fueran ellas y cuando me quedé sola, de nuevo, pensé en que un amargado no iba a arruinar mis vacaciones. Cogí mi bolsa, metí el libro, la toalla y un gorro y me fui sola a la piscina. Pensaba que allí estaría tranquila, pero me equivocaba. Por lo visto no daba una ese verano.

Estaba tumbada tan a gusto después de haberme dado un baño, con mi gorro de mimbre y mis gafas de sol cuando escuché pasos suaves acercándose.

—Perdóname —dijo una voz detrás de mí. Sabía perfectamente a quién pertenecía.

—Prefiero no hablar, si no te importa —contesté sin girarme. Cogí mi libro y lo abrí por la página en la que estaba el marcador.

—De verdad que lo siento mucho —insistió él. ¿Este chico no aceptaba un «no» por respuesta? Lo ignoré completamente.

Mat se sentó en la hamaca de al lado y me miró durante un rato. Aquello parecía un duelo de estatuas. Yo me dediqué a concentrarme en la lectura y en tratar de hacer como si no existiera.

—¿De verdad no me vas a dirigir la palabra? Te he pedido perdón—volvió a la carga Mat.

Le dediqué una mirada cargada con todo el odio que pude concentrar. Lástima que tuviera las gafas de sol puestas y él no pudiera verla. Igualmente, apreté mi boca enviándole la señal más inequívoca de que no pensaba hablar.

—De acuerdo —se contestó a sí mismo. Se levantó apoyando las manos en sus rodillas y marchándose añadió—: Lo he intentado.

Si creía que podía hacerme sentir mal estaba muy equivocado. Mal me había sentido por la mañana, cuando me llamó fresca. No me conocía prácticamente y se había permitido juzgarme en menos de un minuto. No sabía con qué tipo de personas se relacionaba, pero estaba claro que no debían ser buena gente.

Esa noche decidimos no salir y dedicarnos a estar juntas. Cenamos tranquilamente y nos fuimos a dormir pronto para estar descansadas. Al día siguiente nos íbamos a pasar el día a Formentera. Por fin volveríamos a estar nosotras tres, disfrutando de las vacaciones.

Nos levantamos temprano y fuimos al puerto. Allí cogimos un billete para el primer *ferry* que salía hacia la isla vecina. La travesía fue una maravilla, sentadas las tres en la popa, dejando que el viento y la brisa del mar nos acariciara. Una vez en Formentera alquilamos unas motos para movernos por la isla. Lourdes llevaba una, mientras que yo conducía la otra, con Tati de paquete.

Formentera es pequeña, pero se trata de uno de los lugares más mágicos y lindos que he visitado. En unas tres horas recorrimos prácticamente toda la isla. Es increíble cómo desde la punta del faro, la parte más alta, se pueden ver las dos costas, justo donde el mar estrecha la tierra.

Comimos en un restaurante, el famoso Bullit de Peix, y es que no podíamos marcharnos sin probarlo. Pasamos casi toda la tarde en una maravillosa playa de arena blanca. No entiendo cómo hay gente que se va a la otra punta del mundo a visitar playas paradisíacas cuando aquí tenemos muchas iguales o incluso mejores. Agua cristalina, sol, amigas y paz. Era lo que más ansiaba.

—Gracias, chicas —les dije—. Tengo las mejores amigas del mundo. Y os digo muy poco lo mucho que os quiero.

—Joder, Mara, que me vas a hacer llorar —se quejó Lourdes haciéndose la dura.

—Nosotras también te queremos mucho —dijo Tati con una sonrisa dulce.

—Lo sé. Es que después de todo lo que he pasado, siempre os tengo a mi lado y... de verdad, chicas, sois las mejores —me sinceré con ellas. Porque realmente se merecían que les dijera algo así. Nos abrazamos las tres e incluso cayó alguna lagrimilla.

Ya en el barco de vuelta a Ibiza, Lourdes me preguntó si me apetecía salir aquella noche. Ella había quedado con Toni y Tati también quería ver a Erik, con el que al parecer había hecho algún progreso. Me negué en redondo. No me apetecía ver de nuevo al estirado. Después del encuentro en la piscina, o bien me ignoraría o volvería a insistir en pedirme perdón. Las dos opciones me molestaban en igual medida, cosa que por otro lado tampoco terminaba de entender.

Lourdes intentó convencerme haciéndome ver que Mat y yo podríamos hablar como las personas maduras que éramos. Argumentaba que, si lo pensaba fríamente, tampoco había sido para tanto, cosa que me molestó lo suficiente como para mandarla a paseo y dejarle claro que no iba a salir con ellas.

Cuando llegamos al apartamento estaba más que clara mi posición, así que no insistieron. Las dos se arreglaron y se marcharon. Volví a estar sola y tranquila. Estaba bastante acostumbrada a la soledad, así que no me molestaba para nada. Terminé de leer el libro que había llevado y me fui a

dormir pronto. El día siguiente era el último que pasaríamos en Ibiza, ya que el lunes yo volaría a Mallorca para estar con mi familia.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, descubrí que mis amigas estaban en el apartamento. Me extrañó y les pregunté qué hacían allí.

—Les hemos dado fiesta a los chicos. Es nuestro último día y queremos estar contigo. Nosotras nos quedamos tres días más, ya habrá tiempo de retozar —explicó Lourdes.

Agradecí su gesto hacia mí. Decidimos pasar el día de compras por la isla, no hay nada mejor que ir a quemar tarjeta con las amigas. Nos fascinó el paseo de Vara de Rey, donde todas las tiendas llamaban nuestra atención. Comimos unas tapas en una pequeña tasca cercana y dimos un paseo mientras tomábamos un helado.

A la vuelta preparé mi equipaje para el día siguiente. Mi vuelo salía a las nueve y media de la mañana y prefería no ir con prisas. Esa noche me dejé liar para salir las tres solas a Pachá, una de las discotecas más emblemáticas del lugar. Fue imposible negarse ante el alegato de Lourdes, que me recordó mi promesa de dedicar tres noches a salir con ellas de fiesta. Nos vestimos con los típicos vestidos blancos ibicencos y salimos a por nuestro último festival del verano.

Tomamos un par de copas antes de ir a la larguísima cola que había en la puerta de la discoteca. Esa noche era la fiesta de la paz y el amor. Media hora más tarde entrábamos, pagando lo que consideré un precio desorbitado. El ambiente era espectacular, había muchísima gente. Bailamos, saltamos y cantamos hasta dejarnos la voz, y luego seguimos bebiendo y disfrutando de la noche.

En un momento Lourdes se escabulló de nosotras y cuando volvió nos dijo que, milagrosamente, había conseguido pases para la zona vip. Tati abrió los ojos como platos, no todo el mundo consigue pasar al sitio reservado para la gente más guapa de la isla.

La seguimos hasta unas escaleras donde un ángel caído del cielo retiró el cordel para cedernos el paso al lugar más deseado del local. Le dimos los pases al pedazo de maromo y pasamos babeando junto a él. Cuando subimos nos quedamos estupefactas. Sillones de piel, bengalas encendidas que salpicaban chispas de luz, grandes cubiteras con botellas de cava por aquí y por allá... ¿De dónde leches salía gente tan guapa? Estábamos flipando todavía cuando desde lejos alguien empezó a hacernos señas levantando los brazos.

Toni. Él y sus tres inseparables amigos. Esto era una encerrona de Lourdes, estaba segura. La cogí por el brazo y la detuve en seco.

—Esto es cosa tuya —le grité al oído.

—Mira, si Mahoma no va a la montaña, habrá que mover a la montaña —me dijo abrazándome contra ella como si nada—. Y ahora compórtate como una adulta.

Juré por lo más sagrado que esta me la iba a pagar. Nos acercamos a ellos y tomamos asiento a su lado. Mat me miraba fijamente. Lo encontré diferente, ¿qué había cambiado en él? Caí en que no llevaba sus gafas y lucía una barba incipiente. Sí que le había afectado mi enfado. No os negaré que me regocijé un poco.

—¿Puedo hablar contigo? —me preguntó tendiéndome la mano para que lo acompañara—. Te invito a una copa en la barra.

—No es el mejor lugar para hablar, ¿no crees? —grite cerca para que me escuchara. Su cara sarcástica hizo que me replanteara mi respuesta. Tomé su mano y nos fuimos hasta la barra.

Mat pidió un mojito para mí y un whisky con hielo para él.

—Te vuelvo a pedir perdón. El otro día me comporté como un cerdo —dijo mientras la camarera nos servía las copas.

—Pues sí. Un puto cerdo —afirmé yo.

—Quiero que sepas que normalmente no soy así. Simplemente no me gusta perder el control y pensé que había sido una equivocación —se explicó Mat mientras daba vueltas a su whisky—. Digamos que ya tuve una mala experiencia y no quería repetir.

—Vamos a ver, para que me quede claro —apunté yo, que ya que estábamos hablando me quería quedar tranquila y decir todo lo que pensaba—, ¿se puede saber qué hay de malo en acostarse con una chica como yo?

—Nada. Tú eres perfecta. El gilipollas aquí soy yo.

—Eso ya me ha quedado claro —contesté sin poder evitar una pequeña sonrisa. Estaba disfrutando de la charla, fíjate—. Pero ¿tú sabes que es muy difícil que una chica abuse de un chico? Que, salvo casos muy extremos y con cosas raras de por medio, si haces algo, es porque quieres. Además, no estabas en condiciones ni de abrir un ojo, ¿cómo pensaste que me ibas a abrir a mí las piernas?

—Si ya lo sé —se quejó llevándose una mano a los ojos y frotándoselos—. Debería haberme sentido orgulloso. Soy idiota, qué le vamos a hacer. ¿Me perdonas?

—Anda, olvidémoslo todo. Mira que eres complicado —contesté tendiéndole la mano para estrecharla con la suya—. Y deja de intentar controlarlo todo. No es sano, ni posible.

—Venga. Tomemos un chupito para brindar —dijo llamando de nuevo a la camarera. Pidió dos tequilas y acercándose uno, levantó el suyo y añadió—: Por nuestra amistad.

Brindamos y dimos un lametón a la sal que nos habían puesto en un pequeño bol. Luego bebimos de golpe y chupamos el limón que lo acompañaba.

—Menudo plomo de novio tienes que ser, con lo rarito que eres —me burlé de él, estrujando más mi limón.

—No he tenido nunca novia formal. Lo mío son los escarceos rápidos y sin compromiso —sonrió Mat.

—Eres amargo, como este limón —dejé caer. Creo que, a esas alturas, él sería amargo, pero yo rozaba el alcoholismo.

—Anda, tira, que tú eres fuerte como la sal —se burló él pasando su brazo por mis hombros y dirigiéndome hacia el reservado.

Erik y Tati bailaban acompasados y cogidos de la mano. Guille hablaba con una chica rubia que, por su aspecto, como mínimo era alemana. Y no había rastro de Toni y Lourdes.

—¿Dónde se ha metido Lourdes? —le pregunté a mi amiga.

—Espero que estén en un hotel. Vaya fornicadores están hechos. Son la pareja perfecta —me contestó sin quitarle ojo a su pareja de baile.

Las luces se encendieron dos horas más tarde y los de seguridad empezaron a invitarnos a salir. Guille se había marchado hacia rato con la rubia. ¡Bien por él! Así que solo quedábamos los cuatro. Erik propuso ir a una cala donde había un chiringuito que hacía las veces de *after*. Estaba relativamente cerca de nuestros apartamentos, así que decidimos coger un taxi y seguir la fiesta.

Continuamos bailando con los zapatos en la mano durante un rato y cuando empezaba a amanecer nos sentamos en la arena. Para mi sorpresa, Erik y Tati empiezan a besarse, sin importarles que estuviésemos allí. Eso sí que era nuevo para mí.

—Creo que sobramos —le susurré a Mat. Nos levantamos sigilosamente y nos fuimos caminando hasta los apartamentos.

Me agarré a Mat para no perder el equilibrio, realmente iba perjudicada aquella noche y, para colmo, en tres horas debía salir hacia el aeropuerto.

Cuando llegamos a la puerta de mi apartamento me tuve que pelear con la cerradura. No conseguía introducir la llave en su sitio. Al final Mat tuvo que intervenir. Abrió sin esfuerzos y me

lanzó una mirada de superioridad. Accedimos al interior riendo como dos tontos. Ninguna alarma interna saltó en mi cabeza, avisándome de que aquel chico se estaba metiendo en la que en ese momento era mi casa.

—Mira que pensar la otra noche que tú y yo... —me carcajeaba mientras tiraba los zapatos en mitad del salón. Me costaba hablar, las sílabas se me pegaban en la lengua como si pesaran.

—Todo puede pasar, incluso lo que no esperas —confesó él.

—Sí, pero tú lo tienesss que controoolar todooo... —Lo miré fijamente a los ojos. Sin gafas se veían bonitos, de un color miel. Debía levantar la vista para verle bien por lo alto que era.

Durante unos segundos los dos nos miramos sin decir nada. De repente nuestros labios se encontraron. Fue un beso tierno, suave, como un roce. Una corriente eléctrica nos recorrió a ambos. Lo noté porque de golpe despertó en mí una urgencia por sentirnos y por tocarnos. Era como si en mi interior hubiera prendido algo que llevaba mucho tiempo dormido.

Mis brazos reaccionaron involuntariamente para rodear el cuello de Mat y atraerlo más hacia mí. Él no dudó en cogerme por la cintura, accediendo a mi llamada. Estaba claro que esa noche sí queríamos algo los dos.

Los besos se fueron intensificando. Nuestras lenguas se buscaban como si se conocieran desde hacía mucho. Mi cuerpo empezó a arder por dentro. No podía parar, ni quería que él parase.

«Que la vas a liar, piensa un momento...», escuché en mi cabeza.

—Que me dejes —solté de pronto.

—¿Cómo? —preguntó Mat apartándose por un momento.

—Nada, nada, no es a ti.

Busqué los botones de su camisa y empecé a desabrocharlos con urgencia, ignorando su gesto confuso. Creo recordar que, ya desesperada, el último lo arranqué sin miramientos. Mat por su parte había empezado a bajar la cremallera de mi vestido. Le toqué el torso desnudo, disfrutando de su tacto suave. Dejé caer al suelo el vestido y quedé solo con mis braguitas blancas de encaje.

Él observaba mi cuerpo desnudo y no sentí ningún tipo de complejo por ello. Me gustaba que me mirara de esa forma. Vi fuego en sus ojos y eso avivó mis ganas de tenerlo dentro.

Tiré de Mat hasta la habitación. Caímos en la cama abrazados, sin poder separarnos. Nos comíamos a besos, conociendo nuestros cuerpos. Como pude, le ayudé a quitarse los pantalones y nos deshicimos también de la ropa interior. Cuando vi su miembro quedé sorprendida. Al fin la vida me daba una alegría.

Empecé a masajear su pene mientras me relamía; él jugueteaba con mis pechos, presionando mis pezones. Me tumbó y empezó a besar mis muslos, mientras acariciaba mi clítoris. Cuando noté su lengua sobre mi sexo empecé a ver estrellas de colores sobre nuestras cabezas. Hacía tanto que no sentía algo así que casi había olvidado cuánto me gustaba. Levanté las caderas para ayudarlo y que pudiera profundizar.

—¿Tienes un preservativo? —me preguntó de repente.

—Hostia, no —contesté. Entonces caí. ¡La habitación de Lourdes! Seguro que allí habría alguno—. Espera.

Salí corriendo y volví con un envoltorio plateado en mis manos. Lo rasgué con cuidado y saqué el profiláctico. Sentada de rodillas delante de él se lo coloqué lentamente, acariciando su miembro. Me subí a horcajadas sobre Mat y me ayudé con una mano a dirigirlo hacia mi vagina. Entró lentamente y suspiré de placer. Empecé a moverme con un ritmo constante, notando cómo entraba y salía de mi interior. Él jugaba con mis pechos mientras jadeaba.

—Más despacio —me pidió.

—Y una mierda —contesté sin vergüenza ninguna. Quería disfrutar y llevar el control. Había

salido mi vena dominante y gozaba de una seguridad en mí misma que normalmente no tenía.

Mat rodeó mi cuerpo y de un solo movimiento consiguió darme la vuelta para dejarme bajo él. Tomó entonces la iniciativa, embistiendo con más fuerza, besándome el cuello mientras mis piernas rodeaban su cintura. El ritmo era frenético, nuestros gemidos se entrelazaban mientras las primeras luces del día traspasaban la persiana de la habitación. Yo pedía más y más, hasta que un orgasmo recorrió todo mi cuerpo haciéndome gritar de placer.

Escuché cómo Mat resoplaba con un quejido de gusto, él acababa de correrse también.

—Ha sido fantástico —dijo tumbándose a mi lado.

—Sí. Y eso que no lo habías planeado —le dije yo mientras le hacía algo más de sitio.

Después de una noche de baile, bebidas, perdones y risas, mis ojos ya no aguantan más y me dormí en menos de un minuto. No me preocupé de si Mat se dormía también o de si me juzgaría por lo que acababa de pasar. Había disfrutado, y era algo que necesitaba desde hacía mucho tiempo. Me había negado a todos los placeres, ya era hora de empezar a cobrarme la deuda que la vida tenía conmigo.

Dos horas más tarde la alarma de mi móvil empezó a sonar. Abrí los ojos lentamente, recordando vagamente lo que había sucedido aquella noche. Me estiré en la cama para desperezarme cuando mi pie rozó otra pierna que no era mía. Al girar la cabeza me encontré con Mat durmiendo a mi lado, desnudo completamente. Por una milésima de segundo pensé que podía ser una broma, para devolverme lo que le hicimos. Pero entonces empezaron a venir a mi mente imágenes de nosotros dos.

Del salto que di hacia atrás me caí de culo al suelo. Aún con las piernas en alto seguí recordando todo lo pasado. Salí a gatas de la habitación, intentando no hacer ruido para no despertarlo.

Recogí mi ropa desperdigada por el salón y me vestí. Por suerte encontré a Tati en la otra habitación, con Erik. Me acerqué sigilosamente hasta ella y estiré de su brazo.

—¿Qué quieres? —me dijo somnolienta.

—Tati, me voy al aeropuerto.

—Vale —contestó sin terminar de despertarse.

—Mat está en la habitación —le confesé hablando muy bajito.

—Vale —volvió a decir antes de reaccionar—. Perdona, ¿qué?

—Que Mat está en la otra habitación. Y no levantes la voz por favor.

—Mara, ¿qué ha pasado? —preguntó sentándose en la cama. Erik se removió, pero por suerte no abrió los ojos.

—Nada. Bueno, algo. Ya te lo explicaré —dije apresurada, aún algo aturdida por el alcohol ingerido la noche anterior—. Me tengo que ir. Ha estado bien. Si pregunta dile que me he tenido que marchar y si no pregunta pues nada, ¿vale? Ha sido un rollo.

—Mara esto me lo tienes que contar bien —me pidió mi amiga en susurros.

—Que no puedo, tía, que voy a perder el vuelo. —Me despedí de Tati dándole un beso—. A la vuelta.

En el taxi repasé una y otra vez todo lo que había pasado. ¿Qué había hecho? Yo no era ese tipo de persona. Pero es que el puñetero estirado sacaba lo mejor y lo peor de mí. Yo iba con la misma ropa que había llevado la noche anterior, no había podido ni cambiarme. Menos mal que la maleta estaba hecha, aunque me había dejado una muda en mi habitación. Ya me la traerían mis amigas. Y de Lourdes no me había podido ni despedir. Desde luego fue una salida apoteósica de Ibiza. Quién lo iba a decir.

Y entonces pensé en Álex. En su recuerdo y en el paso que acababa de dar. Había abierto el

camino para volver a vivir disfrutando completamente de todo. Y, por un lado, me sentí fatal porque era como fallarle. Pero por otro, lo merecía. Me había ganado todo lo bueno que me pasara: tener amantes y sexo, nuevos amigos e incluso, algún día una relación, aunque su esencia siempre siguiera en mi interior.

Capítulo 7. Será maravilloso viajar hasta Mallorca

El vuelo de Ibiza a Mallorca duró poco más de media hora. Me había tocado el asiento central, por lo cual iba embutida entre un joven imberbe, que nada más sentarse se colocó unos auriculares, aislándose de todos y una señora de mediana edad entrada en kilos. La doña se apropió de todo el reposabrazos, así que no me quedó otra que apoyarme completamente en el cabezal y cerrar los ojos.

Me sentía sucia con aquella ropa, que se me antojaba que olía a fiesta, alcohol y sexo. Recapitulé todo lo que recordaba de la noche anterior. ¿Cómo habíamos terminado de aquella manera? Pero lo peor era que cada vez que revivía una de las caricias de Mat, mi cuerpo se estremecía de nuevo.

Estaba claro que ese chico y yo éramos como dos imanes: por una cara nos repelíamos, pero la otra se atraía inevitablemente. Pues nada, acababa de empezar la era del zorreo. Por Dios bendito, una cosa era, como me decía Victoria, dar pasos por la vida. Pero es que yo había empezado a correr.

«Pues menudo orgasmo», escuché en mi cabeza.

Sí, había estado muy bien, eso no iba a negarlo.

«Pero quieres más». ¿Vosotros también odiáis a la voz de vuestra mente?

No iba a volver a ver a Mat. Lo había pasado bien con mis amigas, me había dado un homenaje y punto. Hasta aquí todo.

«Será maravilloso, viajar hasta Mallorca. Sin necesidad de tomar el barco o el avión...» canturreó mi cabeza.

—¡Que te calles! —dije en voz alta sobresaltando a la señora de al lado, que me miró recelosa.

Me encogí en mi asiento haciéndome la dormida. Si seguía así terminaría internada en un psiquiátrico.

Cuando estábamos en tierra, esperando las maletas, me fijé en que la señora oronda se apartaba de mí con disimulo. Debía pensar que era una tarada. Tuve la suerte que mi equipaje salió de los primeros. Fui veloz en dirección a la puerta de llegadas y nada más abrirse vi a mi familia esperándome.

Mi padre, sobresaliendo por encima de todas las cabezas gracias a su altura, me hacía señas con un brazo, con su pelo blanco y esos ojos compasivos que brillaban de felicidad al tener a su hija allí. Mercedes, a su lado, como siempre, me sonreía bondadosa. Y por último Aida, mi loca hermana que aprovechaba para sacarme una fotografía con su móvil.

Después de los abrazos y besos mi padre tomó mi maleta y fuimos hacia el coche.

—Pareces cansada —afirmó mi padre abriendo el maletero del Seat León.

—Sí, menuda fiesta, querida. Tienes unas ojeras que te llegan al suelo —continuó Aida. Gracias, hermana.

—Lo he pasado genial. Nos hemos divertido mucho y anoche al final me liaron y casi no he dormido.

—Claro que sí, cariño. Es lo que tienes que hacer, que estás en la edad —me apoyó Mercedes mientras entraba en el coche.

Durante el camino Aida siguió con el interrogatorio y yo le explicaba cada pueblo, playa o mercado que había visto. No profundicé de más, quedaban aspectos que era mejor mantenerlos guardados.

Al llegar a casa lo primero que hice fue darme una larga ducha. Tiré el vestido al cesto de la ropa sucia y estuve tentada en deshacerme de las braguitas, aunque al final decidí conservarlas y las puse junto al vestido.

Ya fresquita y con ropa limpia, llamé a Tati.

—¿Puedes hablar? —le susurré al teléfono.

—Claro. ¿Ya has llegado?

—Sí. Estoy en casa. Pero dime, ¿cómo ha ido? —pregunté tal vez algo ansiosa.

—¿Cómo ha ido qué? —contestó ella. ¿Pero esta chica seguía dormida?

—Tati, céntrate. ¿Está Mat aún ahí? —insistí.

—Ah, no. Cuando me he levantado se había ido. —Me dio la sensación de que no me contaba todo.

—¿Segura?

—Mara, que sí. No te preocupes. Tú disfruta de la familia —se despidió ella. Por una parte, me jodió un poco que el estirado no hubiera preguntado por mí.

—Nos vemos a la vuelta —dije, y colgué. Justo después recordé que no le había preguntado por su noche con Erik, al regreso teníamos muchas cosas que explicarnos, todas.

Aquella tarde, después de una buena siesta, convencí a Aida para que me bajara al pueblo. Quería visitar una antigua librería y comprar algunas cosas.

—¿Trabajando en una librería y te vienes hasta aquí para ir a otra? —preguntó sarcástica. Aun así, accedió a llevarme.

Mis padres vivían en una urbanización cerca de Calvià, a unos quince minutos en coche del centro urbano. Me gusta estar con mi hermana. Sobre todo porque sabe respetar mis silencios. Es como si estuviera preparada para decirme lo más oportuno en el momento correcto, pero sin tensar la situación. Es mi otra parte, mi complemento, quien mejor me entiende.

Los días pasaron deprisa. Cogimos la rutina de bajar a la playa cada mañana y, después de cada comida, echábamos una buena siesta para reponer fuerzas. Luego tardes de lectura y paseos para terminar cenando en el porche.

Una noche, al terminar de cenar, Mercedes y Aida desaparecieron para dejarnos a solas a mi padre y a mí.

—Hija, me tienes preocupado —me confesó él, removiendo su clásica infusión de después de las comidas.

—Pero si estoy mucho mejor —le calmé.

—Hablas muy poco. Eres hermética y no quiero que te guardes todo, eso no es sano. —Eso era nuevo, ¿mi padre me sermoneaba?—. Mira, entiendo perfectamente por lo que has pasado. Yo también perdí a tu madre. Y os tenía a ti y a tu hermana. Y seguí adelante. Incluso conocí a otra mujer que ha llenado de alegría mi vida.

—Ya lo sé, papá —contesté, porque básicamente no sabía qué decirle. ¿Le contaba ya que me había tirado a la vida promiscua o aún era pronto?

—Mercedes y yo hemos estado hablando. Queríamos que pensaras en la posibilidad de venirte a vivir aquí, con nosotros. —Ahí dejó caer la bomba. Mi cara cambió por completo.

—A ver. Que yo os agradezco todo, pero papá, en serio que estoy mejor. Simplemente es que cuando vengo a casa me gusta relajarme. No tengo que demostrar nada. Si no hablo tanto es porque está todo bien y no siento la necesidad —contesté con la mayor sinceridad—. Mi vida está allí. Mis amigos, mi trabajo... Todo.

—De acuerdo, pero por si acaso, tú tenlo presente. Esta es tu casa y siempre podrás volver.

—Eso ya lo sé, papá —le dije abalanzándome a él y dándole un gran abrazo—. Te quiero.

A la mañana siguiente Aida me despertó temprano, entrando en mi habitación como un vendaval.

—Coge tu bikini, nos vamos. Hoy es día de hermanas —ordenó abriendo las persianas.

—Joder, Aida, que es pronto —me quejé tapándome la cabeza con las sábanas.

No hubo manera humana de convencer a mi hermana de que lo dejara para más tarde. Me obligó a desayunar a toda prisa. Luego cogimos el coche; conducía ella, por supuesto.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Es una sorpresa.

Abrí la ventanilla y dejé que el aire de la isla acariciara mi rostro, cerrando los ojos al sol, dejándome mecer por cada curva. El olor a playa, arena, sol y vegetación me inundaba.

—Ya hemos llegado —anunció Aida. La muy guarra me había llevado a Cala Vinyas, una de las playas nudistas más famosas de Mallorca.

—¿Para qué me dices que coja el bikini y luego me traes aquí? —pregunté incrédula aún. Estaba como una cabra.

—Si te digo de venir aquí no te saco de casa, que nos conocemos —contestó ella cerrando el coche y empezando a bajar el camino que conducía hasta la playa.

La seguí. Tampoco tenía mucha alternativa. Una vez en la arena, ella se lo quitó todo automáticamente. Yo, mucho más pudorosa, me aferraba como una náufraga a las braguitas de mi bikini.

—¿Quieres hacer el favor de quitarte ya eso? —me urgió ella—. Nadie te va a mirar, tranquila.

—Ya lo sé —me quejé yo—. Esto se avisa y una viene más preparada.

—Deja de ser perfecta, Mara, suéltate el pelo —reía Aida mientras corría hacia el agua. Me quité lo que me quedaba de ropa refunfuñando y la seguí.

La sensación de nadar desnuda no tiene comparación. Es sentirse libre completamente en la naturaleza. Y cuando te acompaña un paisaje como los que hay en Mallorca, con esa vegetación cerca del agua, donde mar y montaña se unen, es la simbiosis perfecta entre el ser humano y la tierra.

—Dime la verdad, ¿cómo estás? —preguntó Aida ya estiradas de nuevo en nuestras toallas.

—Mucho mejor —contesté yo siendo sincera—. Progreso adecuadamente, se podría decir.

—Lo que pasó fue una gran putada.

—¿Te refieres a perder al amor de tu vida? Sí, es una mierda —me quejé.

—Tú eres de esas que piensan que solo hay un gran amor en la vida, ¿verdad? —soltó Aida incorporándose para quedar sentada.

—No sé. Yo solo he vivido uno.

—¿Pues sabes qué te digo? Que no. Que amores hay muchos y variados. Y que cada uno se vive de una forma. —Ahora mi hermana me daba lecciones amorosas. Tenía tela, el verano estaba dando más de sí de lo que yo esperaba.

—Y eso supongo que lo dices por propia experiencia —afirmé más que preguntar.

—Pues sí. Aunque te parezca mentira, yo también me enamoro. Cuando me fui a París conocí a un chico maravilloso. Era un compañero y compartíamos todo. Me quería mucho, y yo a él —explicó Aida pensativa.

—¿Y entonces? ¿Qué ha pasado?

—Lo dejé —sentenció ella y me dejó con la boca abierta.

—Pero ¿por qué?

—Conocí a otra persona. Totalmente diferente. Un profesor, bueno, en realidad era mi tutor. Me ayudaba con el trabajo final de postgrado. Empezamos a quedar mucho. Me fascinaba todo lo que

sabía, lo que me aportaba y enseñaba. Lo admiraba y caí en sus brazos —continuaba explicando mi hermana mientras me dejaba cada vez más perpleja—. Luego me enteré de que estaba casado. Fíjate.

—Y perdiste a los dos —juzgué yo.

—No, así lo ves tú. Yo viví dos amores. Dos de los grandes. Y me los llevo aquí —dijo tocándose el corazón—. Esas relaciones me hicieron crecer. Los disfruté mientras duraron y sé que llegarán más amores. Y me nutrirán como persona. Algunos me harán daño, otros serán intensos, quién sabe. Pero si no dejas que lleguen a ti, estarás perdiendo mucho.

Reflexioné en silencio sobre sus palabras y luego, casi de improviso, me confesé con ella.

—Pasó algo en Ibiza —le dije. Entendía lo que mi hermana me había contado mejor de lo que ella creía. Aida me miró con cara de interrogación—. Tuve un rollo de una noche con un chico.

—¿Tú? —me señaló incrédula.

—Sí, yo. ¿Qué pasa?

—Que aún eres capaz de sorprenderme. Cuéntamelo todo.

Le expliqué más o menos lo que había pasado. Mis dudas, mis miedos. No había sido más que una noche. Algo no meditado. Pero había sido el primero después de Álex. Mi conciencia en ocasiones me jugaba malas pasadas y me susurraba lo mala persona que había sido.

Y también estaba lo confusa que me sentía, ya que Mat me sacaba de mis casillas. Era un hombre difícil de comprender. Su forma de actuar, como conseguía desquiciarme y lo controlador que parecía. Y aun así, había caído en sus brazos. Ni yo misma lo entendía.

—¡Por fin estás aprendiendo a disfrutar! —Aida me abrazó muy fuerte.

—En ocasiones me siento como en el filo de un abismo.

—Pues cuando no sepas que hacer, ¡salta! —Y ese fue el mejor consejo que supo darme. Ya os digo que está como una cabra.

Después de aquel día de hermanas me sentí liberada por haber podido hablar con alguien sobre lo que pasó en Ibiza. Me relajé por completo, disfrutando de mi familia y descansando para coger fuerzas.

Dos días después llegó la hora de regresar a casa. Las vacaciones se habían terminado, tenía que volver a la vida normal. Me encantaba estar con mis padres y Aida, pero también añoraba mi casa y mis rutinas. Siempre da pena despedirse de aquellos a los que amas, más sabiendo que pasaría mucho tiempo antes de verlos de nuevo.

Volvía al lugar donde guardaba todos mis recuerdos. Y sonreía solo de pensar como me acribillarían a preguntas mis amigas cuando nos encontrásemos. ¿Qué sería capaz de contarles? ¿Hasta dónde profundizaría sobre el caso Mat? Bueno, tampoco hay tanto que explicar, había sido un desliz, una noche loca.

Victoria entró en mi cabeza. Ansiaba contarle todo, con ella podía ser franca y sacar todas las dudas. Seguro que me ayudaría a desgranar como me había cambiado aquel verano, donde volví a ser yo. Pero YO en mayúsculas y en singular. Aprendiendo a caminar sola. Volvía con las pilas cargadas y llena de ilusión por seguir creciendo.

—No te olvides de vivir —me susurró Aida al oído cuando nos despedíamos abrazadas en el aeropuerto.

—Ven a verme pronto, necesito de tus consejos, ya lo sabes —contesté yo.

—Hija, cuídate mucho, por favor. ¡Y llama! —me pidió Mercedes.

—Te quiero, hija mía —dijo mi padre. Y eso ya fue el colmo. Lloramos los cuatro, porque somos así de sensibles. Una familia que, aunque separada, sabe estar unida en lo bueno y en lo malo.

«¿Sabes qué? Lo has hecho bien. Estoy orgullosa», escuché en mi cabeza en el vuelo de regreso.

Sí. Había tomado carrerilla. Ya no sentía esa losa en mi espalda, ni la presión en el pecho. Ahora respiraba de nuevo. Había sido un acierto viajar. Y no solo era por haberme acostado con Mat. Iba más allá. Era todo lo que pude aprender y lo que me permití. Lo que fui capaz de contar. El no juzgarme de más. El sentirme querida, y también deseada.

Volvía a sentirme mujer. Ya había suficiente sufrimiento en el mundo, yo quería reír, sentir, amar, disfrutar. Ahora lo veía claro. Ese era, como decía la famosa frase, el principio del resto de mis días.

Capítulo 8. Ahora, mi lema: carpe diem

En el primer día de trabajo me encontré a Lourdes esperándome con los brazos en jarras.
—Tú me tienes que contar algo, ¿no? —soltó nada más verme llegar.

—¿Tiene que ser ahora? —pregunté pasando a dejar mi bolso en la trastienda.

—Por supuesto —exigió siguiéndome de cerca—. Quiero saberlo todo. Y cuando digo todo, es todo.

Explicué otra vez la historia con Mat. Le resumía lo que pasó, mientras que ella insistía en que le diera todos los detalles, algo en lo que yo no estaba dispuesta a entrar. Le restaba importancia, haciendo ver que había sido algo puntual. Además, ella mejor que nadie debería entenderlo.

—Es que estoy flipando —repetía Lourdes mientras sacábamos los libros de texto de las cajas.

—Que no es para tanto, chica. Fue un rollo. Tú tienes muchos y nadie te dice nada —me quejé.

—Pero yo soy así. Tú eres de otra pasta. Pero que no te juzgo, ¿eh? Me parece estupendo —concluyó dándose por satisfecha.

—Bueno, ¿y tú con Toni? —me interesé. Entre ellos había mucho *feeling*.

—Bien. Nos vamos viendo.

—A ver si te estás enamorando —bromeé mientras ella ponía los ojos en blanco.

Estábamos a finales de agosto y teníamos mucho trabajo. El principio del curso escolar se acercaba y eso nos hacía tener más faena que nunca. Teníamos que preparar lotes de libros para muchos colegios, así que los días pasaban volando.

El viernes de esa semana quedamos con Tati para cenar las tres juntas. Fuimos a un italiano cercano a la librería.

—Qué raro que no hayas quedado con tu novio —pinchó Tati a Lourdes mientras compartíamos una pizza.

—No es mi novio y lo sabes, bruja —contestó la aludida.

—¿Pues sabéis que he averiguado dónde trabaja Erik? —nos sorprendió Tati—. Estoy pensando en darme de baja del gimnasio donde voy y apuntarme al suyo. Oye, ¿por qué no nos apuntamos las tres? Anda, porfa. Y de paso nos quitamos los kilitos de más del verano.

—¿Tú me has visto cara de pisar un gimnasio? —preguntó muy seria Lourdes—. Yo no me gasto la pasta en esas cosas, chica. Como mucho nos vamos un día de fiesta y le pido a Toni que se lo traiga, si quieres volver a verlo.

—Quita, tía, no seas antigua. Eso es cosa de críos —se quejó Tati girándose hacia mí—. Ven tú, Mara. Eres mi amiga del alma, no me puedes dejar sola. Si vamos las dos se notará menos. Y te vendrá genial.

—Oye, ¿me estás llamando gorda? —dije abriendo los ojos desmesuradamente.

—No es eso y lo sabes —se disculpó Tati y uniendo las manos en una súplica continuó—: Por favor.

—Vale, anda. Pero yo me doy tres meses, que no valgo para estas cosas. Luego ya, tú verás.

—¡Gracias, gracias, gracias! —exclamó ella, feliz de salirse con la suya.

—Y del resto, ¿qué sabéis? —pregunté inocentemente.

—Pues no mucho, pero si quieres, puedo preguntar —vaciló Lourdes—. Puedo sacarle información a Toni.

—No hace falta. Era simple curiosidad —respondí haciéndome la desentendida.

—Claro —contestó irónicamente Tati.

El fin de semana fue tranquilo. Lourdes había quedado con Toni; aunque no lo quisiera

reconocer empezaban a tener algo más que un simple rollo de verano.

Tati también aprovechó para adelantar trabajo, así que tuve todo el domingo para mí. Decidí ir al cementerio para visitar la tumba de Álex. Me daba apuro, pero lo había ido posponiendo desde que volví de vacaciones y ya era hora.

Una vez más, junto a su tumba, empecé a contarle cómo me sentía. Le expliqué el cambio que había ido sucediendo en mí, cómo habíamos disfrutado en verano, todo lo bonito que visitamos y lo muchísimo que bebimos. Le hablé de las locuras de mis amigas y de lo bien que me sentí con mi familia. Obvié tal vez el detalle más importante, pero no me pareció correcto que supiera algunas cosas todavía, todo a su debido tiempo.

Empecé de nuevo las visitas con Victoria. El primer día que nos vimos hablé acelerada, ansiaba saber su opinión.

—Y eso es todo. Bueno, más o menos. Quedan detalles, pero ¿qué piensas? ¿Se me ha ido la cabeza ya por completo?

—¿Quieres saber el mayor cambio que he visto en ti? —preguntó Victoria sonriendo.

—Claro.

—Los primeros días cuando empezaste a venir a verme, te sentabas en esa misma silla, pero de una forma muy diferente —me dijo enderezándose en su asiento y luego, haciendo un gesto como de encorvarse, explicó—: Así, como si te cerraras. Tenías miedo, rabia, dolor. En cambio, ahora, mírate. Estás llena de vida y energía, al borde de la silla, no dejas de hablar y gesticular...

—Sinceramente, no lo había pensado.

—Ese es tu cambio. No que te hayas acostado con un chico, no que bebieras de más. Es cómo te sientes tú y no los actos.

Todo lo que me dijo me dio que pensar. Tenía razón. Intentaba buscar la aprobación de mis acciones sin darme cuenta de que la pena se había ido desdibujando. Aún estaba dentro, pero ya no gobernaba mi vida.

Tati me convenció para ir al gimnasio dos días por semana. Este ritmo iba a terminar conmigo. Los lunes tenía cita con Victoria, el curso de dibujo empezaba en dos semanas y luego, los martes y los jueves, que salía de trabajar a las ocho, nos íbamos a machacar en un *gym*. ¡Bien por mí! Al menos, entre las agujetas y mi apretada agenda, no me quedaría tiempo para comerme la cabeza.

Desde el primer día le dejé claro que yo no pensaba ponerme en manos de Erik en la sala de fitness. Preferí ir a la piscina y practicar natación, mucho más fácil para alguien que no está acostumbrada al deporte. Tati se quejó un poco, pero al final cedió porque ya sabía que había conseguido suficiente con que la acompañara.

Y así se fueron sucediendo los días y cada vez parecía respirar mejor, como si el peso en mi pecho hubiera desaparecido poco a poco. Para la primera clase de dibujo se me ocurrió pasar de nuevo por mi pastelería favorita y comprar *cakepops* para todos.

—¿Te gustan mucho los dulces? —preguntó Pablo cogiendo uno.

—Sí, me encantan. Es mi pecado —afirmé levantando las manos. Me limpió dulcemente lo que sospeché, debía ser una pizca de chocolate de la comisura de mis labios con su servilleta.

—Te habías manchado —se excusó él y añadió—: Conozco un sitio que te encantaría. Es un restaurante dulce, me recuerda a ti.

—Qué pasada. No lo conozco. —Tal vez mostré demasiado interés sin darme cuenta, porque acto seguido dijo:

—¿Te gustaría venir a cenar el sábado conmigo?

La proposición de Pablo me descolocó por un momento, pero después pensé: «vamos a ver, ahora mi lema es *carpe diem*, ¿no? Pues vamos allá. Otro paso más, Mara».

«Y además está bueno», escuché decir de fondo a esa segunda voz en mi cabeza.

—Claro. Será un placer salir a cenar con un amigo —contesté puntualizando.

Quedamos en que me pasaría a buscar por la librería a las nueve. Y así, como quien no quería la cosa, tenía una cita. Cuando se lo expliqué a mis amigas, ambas se quedaron descolocadas.

—¿Qué pasa? Solo es una cena con un amigo —me excusé ese viernes mientras cenábamos en mi casa.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga? —exclamó Lourdes sacudiéndome.

—Está muy bien, pero te ves cambiada —comentó Tati—. ¿Cuándo has querido ir tú a cenar a la primera de cambio con un chico? Si siempre estás con el peligro de las cenas, que si las copas, que si acaba en lío...

—La diferencia es que voy con un chico que no es nada para mí. Simplemente es un amigo que también está solo —contesté chasqueando la lengua. No entendía por qué le daban tanta importancia.

—Vale, si tú lo dices... —dejó caer Lourdes.

Al día siguiente Pablo vino a buscarme a la librería, tal como habíamos quedado. Cuando lo vi me supo mal no haberme arreglado un poco más. Yo iba con unos tejanos negros ajustados combinados con una blusa verde botella y unos *stiletos* de tacón medio; mientras que él iba estupendo. Total look negro con pantalón de pinzas y americana a juego y una camisa de un negro más tenue.

Lourdes, al verlo, me dio un codazo disimulado que quería decir: «buena elección». El chico era guapetón y además simpático.

Terminé de trabajar, nos saludamos y nos pusimos en marcha. Pablo conducía seguro por la ciudad. Fuimos hasta las afueras callejeando y cuando aparcó comentó que el restaurante no quedaba lejos. En la puerta, un gran letrero rezaba: «El azúcar de la vida». Quedé sorprendida al entrar por la gran variedad de colores y todos ellos chillones. Paredes verde lima y naranja eléctrico, mesas y sillas en flúor y grandes lámparas colgadas del techo en amarillo.

Si la entrada me dejó boquiabierto, cuando leí la carta no os quiero contar. Todo, absolutamente todo, llevaba una base dulce. Nos decantamos por pedir un plato degustación de *petit four*, que era una bandeja repleta de pequeños canapés dulces. De segundo yo me decidí por un bacalao en salsa de cabello de ángel mientras que Pablo pidió unas gyozas con diferentes rellenos y decoradas con chocolate. De postre compartimos una tarta de cerezas. Estaba todo increíblemente bueno.

Ambos disfrutamos de la comida y estuvimos charlando sobre las vacaciones. Pablo había visitado a unos familiares en Cádiz. Yo le hablé de Ibiza y Mallorca y se sorprendió de saber que mi familia vivía allí.

Pagamos la cuenta a medias después de un gran debate. Él se empeñaba en invitarme a cenar, pero me negué. Soy una mujer independiente, moderna y liberal, puedo pagar mis cenas. Al final accedí a regañadientes.

—Me dejarás invitarte a una copa al menos —me propuso al salir del restaurante.

—Está bien, si no queda más remedio —acepté bromeando. Fuimos a un *pub* cercano que él conocía.

—Madre mía. Te sabes todos los sitios chulos —halagué el gusto de Pablo porque el *pub* también me había impresionado, tanto por su decoración como por los combinados que servían.

—Bueno, por mi trabajo paso mucho tiempo en la calle y al final conoces todos los locales —explicó él.

—¿De qué trabajas? —pregunté yo cayendo en la cuenta de que nunca hablaba demasiado de su

profesión.

—No sé si debería decírtelo —comentó cauteloso—. A veces la gente tiene sensaciones contrapuestas.

—No será para tanto. Un trabajo es un trabajo.

—Soy policía.

—Venga ya. ¿En serio? —reí yo. ¿De verdad era madero? Por la cara que puso, sí, lo era—. Bueno, tampoco es malo ¿no? Es que no tienes pinta, la verdad.

—Hombre, yo creía que ser policía era bueno. Pero hay quien se sorprende. Por eso hablo poco sobre ello. Además, nos aconsejan no dar muchos datos, por seguridad. Normalmente trabajo de paisano, así que pocas personas saben a lo que me dedico —explicó Pablo y cambió completamente de tema de conversación—. Te veo mucho mejor, Mara, tienes como otra mirada.

—Voy progresando —bromeé—. Digamos que me estoy abriendo más.

—A veces nos tienen que pasar cosas horribles para valorar más las buenas.

—La vida es galopar, un camino empedrado de horas, minutos y segundos —recité yo.

—¿Y eso, es de Paulo Coelho? —dijo sacando la sombrilla de su coctel.

—Lo canta Extremoduro —reí yo por su cara—. Los conoces, ¿no?

—Claro que los conozco. Flipo con que los conozcas tú. Eres una caja de sorpresas, Mara.

Seguimos charlando un buen rato hasta que decidimos dar la noche por terminada. Pablo me acompañó a casa y milagrosamente consiguió aparcar. Salió del coche y caminamos juntos hacia mi portal.

—Me ha encantado cenar contigo esta noche —se despidió.

—Yo también lo he pasado bien, Pablo.

Se acercó a mí para darme dos besos, pero a medio camino entre uno y otro, se detuvo sobre mis labios. Me cogió por sorpresa y no tuve tiempo de esquivarlo. Fue un beso simple y sencillo. Sinceramente, no me gustó, aunque no dije nada; simplemente me quedé quieta. No sentí nada en especial. Carraspeé cuando terminó y le dije que debía irme ya.

—No te habré molestado, ¿verdad? —se interesó Pablo cogiéndome la mano.

—Para nada. Pero no estoy preparada aún. —Fue lo primero que se me ocurrió, pero no entendía por qué no sentía nada. Pablo era un chico perfecto y parecía que lo quería hacer todo bien conmigo. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo era posible que con Mat saltaran chispas y ahora no? Debí ser el alcohol, no había otra explicación.

—Nos vemos el lunes, entonces.

—Claro. Buenas noches, Pablo.

Subí a casa preguntándome muchas cosas. «¿Pero tú has visto la oportunidad que has perdido?» me reprochó mi mente, enfadada.

Cada día me entendía menos. Estaba cambiando tanto que incluso me sentía perdida dentro de mí misma.

Al día siguiente por la tarde recibí una llamada de Pilar. Con todo el lío que había tenido y que no paraba hacía tiempo que no hablábamos. Me disculpé con ella por estar distante. Pilar, tan comprensiva como siempre, le quitó hierro al asunto. El motivo principal de su llamada era comentarme que al día siguiente iban a dar una misa en memoria de Álex.

—Siento avisarte con tan poco tiempo, Mara, pero un párroco amigo de la familia está de visita y me ha propuesto hacerla antes de marchar —explicó Pilar—. Sería un honor que precisamente él que conoció a Álex lo hiciera. Pero si tienes algún compromiso lo entenderé perfectamente.

—No te preocupes, Pilar. Allí estaré.

Anulé la visita con Victoria y avisé a Jorge de que no podría ir a clase. También comenté con Lourdes y Tati lo de la misa y las dos se apuntaron a acompañarnos.

Al día siguiente nos vimos en la puerta de la iglesia. Álex no era muy creyente, aunque sí practicaba los ritos más señalados del catolicismo.

—Bueno. Cuéntame, ¿qué tal todo? —dijo Pilar tomándome del codo cuando salíamos del templo.

—Bien. Estás guapísima, Pilar. —Aquella mujer dejaba a todo el mundo boquiabierto. Era la elegancia personificada, vestida con una falda de tubo negra y una camisa pastel.

—Gracias. Tú también te ves cambiada. Es como si la alegría hubiera vuelto a tu vida —se explicó ella mientras caminábamos—. Y dime ¿hay alguien?

—¡No! Aún es pronto, Pilar —contesté alarmada de que ella propusiera algo así.

—Cariño, no hay nada malo en eso. Todos necesitamos a alguien que nos llene y tú eres muy joven. Tarde o temprano encontrarás a esa persona. —Me dejó con la boca desencajada. En serio, aquella mujer era única—. No quiero que nunca te sientas cohibida conmigo. Bendeciré tus decisiones y te apoyaré. Mereces ser feliz.

—Muchísimas gracias, Pilar —le dije abrazándola. No hay muchas Pilares en el mundo. Es de ese tipo de persona que hace que tu vida sea mejor. Noble, sincera, comprensiva... Me faltan adjetivos de admiración hacia ella.

Prometiéndole que la llamaría pronto, nos despedimos. Sentí una tranquilidad inmensa al saber que Pilar nunca juzgaría lo que hiciera con mi vida. No es que necesitara aprobación de nadie, pero contar con su ayuda y beneplácito para mí fue tener calma. Es muy fácil criticar a los demás sin ponerse en la piel del otro. En tiempos en los que la empatía no abunda, contar con personas tan limpias y honestas era y sigue siendo todo un honor.

La vida me dio un duro golpe al quitarme a Álex, pero me recompensó teniendo el entorno más seguro. Cuento con unas amigas únicas que no han soltado jamás mi mano en todo el camino. Pilar, la que fue y seguiré considerando mi suegra, era como una isla de salvación donde acudir cuando me sentía naufragar. Mis padres y mi hermana me entendían y me calmaban. Perdí algo muy grande, pero debía valorar contar con personas maravillosas que me acompañaban en mí día a día, haciendo que me convirtiera en mejor persona.

Capítulo 9. Si tú no me quieres y yo no te quiero, ¿por qué no podemos estar separados?

Era martes y Tati pasó a por mí para ir al gimnasio. Esto se le estaba yendo de las manos. Ella se cambió para ir directa a la sala de *fitness*. ¿En serio tenía que hacer estos esfuerzos para ver a un chico? ¿Tan importante se había vuelto para ella?

Yo me coloqué mi bañador de natación, el gorrito horrendo de piscina y las gafas de buceo. Mira que las pintas... ¿Alguien ha visto alguna vez a un nadador o nadadora atractivo? Puede que fuera del agua sí, pero con estos atuendos es algo imposible.

Me sumergí en el agua y empecé a dar brazadas. Hice series de crol, braza y espalda y cuando llevaba tres cuartos de hora decidí salir.

Fui hacia donde había dejado las chancas y la toalla y entonces sentí una mano en mi espalda.

—Hola —me dijo una voz que reconocí al momento. Me costó girarme un segundo de más. Era Mat, también en bañador, con su gorro y las gafas en la mano.

Mira que es casualidad, con la cantidad de gimnasios de la ciudad y las horas que tiene un día y nosotros tuvimos que coincidir. Lo más sorprendente fue que me reconociera con estas fachas.

—Hola —fue todo lo que dije estirando mi gorro para al menos no parecer un *cabezacono*.

—Tenía ganas de volver a verte —soltó a bocajarro.

—Ajá... —Lo sé, no fue lo más elocuente.

—¿Te importa si te espero fuera? —preguntó Mat.

—Bueno. —Y me fui a la ducha. Durante unos minutos me planteé quedarme dentro del vestuario y dejar que se cansara, a ver si se marchaba. Pero finalmente decidí ser una mujer serena y salir para afrontarlo.

Salí con mi mochila al hombro, el pelo recogido en una trenza, un conjunto de sport y la marca del dichoso gorro aún en la frente. Me sentía sexy a más no poder, en un modo irónico, claro. Él llevaba pantalones plisados crema, camisa blanca y zapatos Derby marrones. Joder, con eso me sacaba ya ventaja.

—Bueno, ¿y qué tal? —le pregunté al llegar a su lado.

—Bien. ¿Y a ti? ¿Cómo te va todo? —Olé por la conversación de besugos.

—Tirando. Vengo con Tati —me justifiqué, como si sirviera de algo—. Supongo que debe estar al salir.

—Ya se ha marchado —me informó—. Le he dicho que ya te acompañaba yo.

Me quedé callada maldiciendo a mi amiga internamente. Sopesaba las opciones que tenía y no me quedaba otra que salir de allí con Mat.

—Me parece que tenemos una conversación pendiente. Si te apetece, vamos pasando —dijo haciéndome un gesto hacia la puerta. ¿Este mandón qué se ha creído?

—¿Y si no quiero ir contigo?

—Pues te vas andando —sentenció recogiendo su bolsa del suelo. Caminé por delante de él resignada. No quería volver a casa caminando, ahora, eso sí, Tati me iba a escuchar.

—Me gustaría saber por qué saliste disparada aquel día. Creí que lo habíamos pasado bien —dijo a mis espaldas. Vaya, iba directo.

—Tenía que coger un vuelo. Supongo que lo recuerdas, ¿verdad? —justifiqué yo, siendo razonable y sin alterarme.

—Podrías haberme despertado al menos y despedirte.

—¿Necesitabas un beso de consolación? —Salió mi vena irónica.

—No me gustó despertarme solo —continuó él. Erre que erre con el temita.

—Oye, a ver si me entero. No te gusta despertarte conmigo y tampoco sin mí. Decídetes, que ya eres grande.

—Tampoco te pongas tú así. Solo es curiosidad —recluyó él viendo que yo empezaba a cabrearme. No esperaba verlo y me sentí acorralada.

—Vale. No estoy acostumbrada a situaciones así. No supe cómo reaccionar. Además, a ti ¿desde cuándo te gusta que las mujeres te den más cariño que el de una noche?

—Tampoco me agrada que me dejen tirado en una casa desconocida.

—No te hagas el mártir, que no era para tanto.

—Yo suelo decir adiós, por si te interesa.

—Ni lo más mínimo —contesté.

—Sube —me ordenó abriendo una puerta de un Audi A4 blanco. No podía ser más pijo.

—No me da la gana —volví a contestar enfurruñada. Odio que me den órdenes.

—Eres un poco maleducada —soltó haciendo que abriera mucho los ojos de la sorpresa.

—Y tú un insolente —dije levantando un hombro.

—¿Quieres hacer el favor de entrar en el coche para que te lleve y podamos calmarnos y hablar como personas adultas? —Bajó el grado de su enfado y consiguió que me diera cuenta de que realmente nos estábamos comportando como niños.

En ese momento vi en la acera de enfrente a Jorge, mi profesor de dibujo. Estaba a punto de levantar la mano para saludarlo cuando vi aparecer a Sergio, mi compañero de clase. Cuando llegaron a la misma altura se abrazaron para después darse un largo beso.

Mi mandíbula no se descolgó, supe mantenerla en su lugar. Estoy totalmente a favor del amor en todas sus formas, pero es que no hubiera imaginado nunca que fueran pareja. En el curso nunca habían mostrado ni un ápice de sentimiento el uno hacia el otro. Tal vez querían mantenerlo en secreto.

Jorge y Sergio se cogieron de la mano y se dispusieron a cruzar, caminando directos hacia mí. Si venían un poco más cerca me iban a ver seguro. Lo único que pensé fue que no quería que se sintieran violentos por ello. Juro que no lo medité. Solté la mochila en el suelo de golpe, cogí la cara de Mat y lo puse a mi altura. Le planté un beso de tornillo de película, como os lo digo. En mi defensa diré que fue lo primero que se me ocurrió para evitar que me vieran. Mat con su cuerpo me servía como parapeto y mis amigos pasaron de largo sin percatarse de mi presencia.

Mat reaccionó al instante atrayéndome más hacia él. En mi boca sentí una explosión de electricidad. Era como si dos átomos se fusionaran y crearan descargas. Mini bombas nucleares, eso éramos el estirado y yo. Y lo peor es que os confieso que no quería que ese beso terminara.

Cuando conseguí separarme de Mat recogí mi bolsa del suelo y finalmente entré en el coche muy digna. Él tardó un minuto en reaccionar. Rodeó el coche y se puso al volante.

—Me vas a volver loco —reconoció tocándose los labios con una mano—. Este beso ¿es por algo en concreto? Si me lo puedes explicar, claro.

—He visto a dos personas que conozco y no quería que ellos me vieran a mí —le dije. Ahora lo pienso y soy consciente de que el pobre no se enteraba de nada, y con razón.

—¿No estarás casada?

—¿Pero qué dices? —Lo miré sorprendida. Respiré profundamente e intenté resumir lo más brevemente posible todo lo que acababa de pasar.

—Entonces, ¿se te ha ocurrido que si me besabas no te verían? —concluyó él solito. Muy listo el chico.

—Sí.

—¿Solo eso? —insistió.

—Claro.

—Porque a ti no te gusta que te bese, ¿verdad?

Entrecerré los ojos y le dediqué una mirada de odio. Mat se echó a reír y eso distendió un poco el ambiente en el auto.

—Deberías decirme donde vives para que pueda llevarte —comentó él encendiendo el motor.

—Acércame al centro —contesté yo haciéndome la dura. Mat me imitó entrecerrando los ojos y yo, poniendo los míos en blanco, le di la dirección. Era una tontería seguir discutiendo.

—¿Crees que algún día seremos capaces de mantener una conversación adulta? —preguntó Mat cuando llegamos a mi casa.

—No lo sé —fui sincera.

—Me gustaría volver a verte e intentarlo. Podríamos mejorar nuestra comunicación —admitió y me dejó sorprendida.

—Lo pensaré. —No quería ser dura con él, pero debía meditarlo. Le dije adiós y entré en mi portal.

«Pero ¿cómo se te puede complicar la vida tanto a ti, con lo siesa que eres?», escuché que decía mi voz interna. Y ni me contesté, porque tenía razón.

Pasé todo el día siguiente dándole vueltas a la cabeza. La ciudad era suficientemente grande como para que Mat y yo no nos hubiéramos visto jamás de los jamases. Y ahora, había aparecido. Yo no sabía qué hacer con eso, cómo gestionarlo. Me sacaba de mis casillas, pero luego había algo... era un deseo irrefrenable de que me tocara cuando estaba junto a él. Un cosquilleo en la piel al pasar por su lado. Y, dios, cómo besaba. Solo de pensarlo sentía una ola de calor en mi entrepierna. Y eso no estaba bien. No señor. Lo mejor era poner distancia entre Mat y yo. Y lo tenía más que decidido, aunque a veces dudaba.

Así fueron transcurriendo las horas, con vueltas para aquí y para allá y Mat todo el día en mi cabeza. Era imposible trabajar así. Cuando llegó el cierre estaba deseando llegar a casa, ducharme y tirarme en el sofá con mi pijama más calentito.

Pero ¿a que no adivináis quien había en la puerta al salir? Sí. Mat. Otra vez. Esperándome a mí. Olé. ¿No quieres sopa?, pues toma, la olla para ti.

Lourdes lo saludó efusivamente, pero cuando se dio cuenta de la tensión se marchó alegando tener mucha prisa.

—Hola, Mara. Como ayer no me quedó clara tu postura pensé en acompañarte otra vez a casa —explico Mat.

—Esto se llama acoso —contesté señalándonos a ambos—. No te puedes presentar así de golpe.

—Si me das tu número de teléfono, te puedo avisar antes —pidió él.

—Ni en broma. —Comenzamos a caminar uno al lado del otro. No tenía más remedio que dejarlo acompañarme. Era eso o montar una batalla campal en medio de la calle.

—Mara, solo quiero saber qué te pasa. ¿Por qué huyes? Aquella mañana... tú, por lo poco que te conozco, no eres así. No te vas sin despedirte. ¿Qué pasa? —rogó Mat. Empezaba a llegarme al corazón. Debía explicarle todo.

—Es una historia larga.

—Tenemos tiempo.

—Mira, tú no me conoces. El verano estuvo bien, pero fue solo eso, verano —empecé a hablar. Y yo cuando empiezo ya no paro, así que continué—. Ha sido un año muy atípico, prácticamente comencé de cero. Yo antes vivía de una forma muy distinta. Tenía una pareja y era todo perfecto.

Pero se terminó. Él se fue.

—¿Rompisteis o se marchó a otra ciudad? —se interesó Mat mucho más serio.

—Se murió.

—Dios mío. Lo siento. —Se quedó de piedra. Esto sí que no se lo esperaba.

—Me ha costado mucho salir adelante, aunque ahora ya estoy mucho mejor. Ha pasado el tiempo y con ayuda he vuelto a ser yo, incluso ahora puedo decirlo sin llorar —seguí explicándole—. Y luego, resulta que... A ver, para que lo entiendas. Tú has sido el primer chico después de él y... yo nunca me había acostado con nadie por quien no sintiera nada. Es decir, que no he tenido rollos.

—Vale.

—Pues eso. Que me dio vergüenza, de un modo inimaginable. No supe qué hacer —confesé finalmente parándome en seco—. Y no lo pensé y me fui de aquella manera. Lo siento, tampoco creo que fuera para tanto.

—No, no lo es —me dijo Mat cogiéndome de la mano—. Pero tenía ganas de volver a verte. Eres la primera persona con quien me pasa esto, así que también es nuevo para mí.

—Pues yo no estoy preparada, acabo de empezar mi camino, no sé si me entiendes —dije apartándome algo de él y retomando la marcha.

—Podemos ser amigos, ir poco a poco —propuso Mat—. Y ya iremos viendo. Debe ser muy duro perder a una persona a la que quieres.

—Ni te lo imaginas. —Los dos nos sumimos en nuestros pensamientos. Cuando llegamos al portal de mi casa, le dije—: Mat, necesito tiempo. Hay muchas cosas que han cambiado en mi vida. No tengo claro qué es lo que quiero realmente. Y nosotros somos polos opuestos.

—Dicen que los polos opuestos se atraen ¿no? —rebatía él. A cabezón no le ganaba nadie desde luego.

—No tengo tiempo para esto —contesté haciendo pinza sobre el puente de mi nariz. Estaba cansada, llevaba días en los que Mat era el monotema en mi mente.

—Te asusta. No te preocupes, lo entiendo. En ocasiones yo también me encuentro descolocado —aclaró el listo que todo lo sabe—. Pero tienes que reconocer que entre nosotros hay algo más. Lo notas cuando te toco, al igual que lo siento yo.

—Pues serás tú, porque que te quede bien claro que yo no siento nada por ti. —Ya volvía a sacarme de mis casillas.

—¿Y por qué tiembles cuando rozo tu piel? —preguntó acariciando sutilmente mis brazos con sus manos y acercándose más a mí.

—Porque me provocas urticaria —respondí mordaz. Mat se pegó a mi cuerpo y me acorraló contra la puerta del bloque de pisos. Nos miramos a los ojos fijamente. Él tan alto, tan estirado, con ese pelo tan corto y castaño... Dios santo, tenía razón, había química entre los dos.

En un segundo su mano estaba en mi nuca y nuestras bocas se buscaban desesperadamente, mis manos en su espalda, mi cuerpo unido al suyo. Mi vagina, porque no podía hablar, de lo contrario habría gritado su nombre. Pero aquello no estaba bien y mi cordura volvió al rescate.

—No puede ser. Esto no está bien —dije apartándome de él y abriendo la puerta. Entré a toda prisa y sin volverme escuché que decía:

—¿Y ahora te marchas así?

No me giré a contestar. Subí las escaleras de dos en dos ardiendo por dentro. Necesitaba una ducha fría, urgentemente.

No supe más de Mat en el resto de semana, gracias al cielo. En la cena semanal con mis amigas, ambas me pidieron explicaciones sobre qué estaba pasando con el estirado.

Les conté muy por encima todo lo sucedido y lo insegura que me sentía.

—Pero ¿a ti te gusta? —preguntó Tati.

—No —le dije tajante—. Pero no sé qué provoca en mí. Creo que estoy confusa.

—Date tiempo, Mara, quién sabe qué puede pasar. Tal vez ser amiga de Mat te irá bien —me aconsejó Lourdes, más cabal de lo normal. Siendo ella me sorprendió que no me animara a follar con él como una coneja.

—Ya veremos. No sé qué es lo que quiero.

Estaba claro que ese chico había venido a darle otra vuelta a mi existencia.

Capítulo 10. Ardiente navidad

Y así, sin darnos cuenta, llegamos a diciembre. Hay que ver cómo pasa el tiempo de rápido; cuantos más años cumplo más veloces pasan los meses. Le dejé claro a Tati que durante un tiempo no pensaba volver con ella al gimnasio. Entre el trabajo que se nos acumulaba y que no quería volver a encontrarme con Mat, sentía cero ganas de practicar deporte alguno. Ella refunfuñó, pero al final aceptó el trato de dejarlo hasta el año siguiente.

Victoria tampoco me ayudó demasiado a tomar decisiones. Esperaba que ella diera luz a lo que me estaba pasando, pero lo único que hizo fue acribillarme a preguntas a las que yo no tenía respuesta.

—Pero ¿por qué niegas lo que este chico provoca en ti? —me repetía.

—Porque no sé qué es lo que me pasa —le volví a decir por enésima vez.

—¿No será miedo?

—No tengo ni idea. —Vuelta a lo mismo otra vez.

—¿Y por qué no le das una oportunidad?

—¿De qué me serviría eso? —pregunté removiéndome en mi silla. Esa sesión no me estaba gustando nada.

—Eso solo lo sabrás si lo intentas —dijo ella calmada.

—Me gustaría saber qué opinas tú, como terapeuta.

—Lo único que te puedo decir es que tengo la sensación de que estás llena de indecisiones, cuando todo parece más fácil de cómo lo describes —explicó Victoria.

—Mat es diferente, no puedo verme con él. —No sé por qué le dije aquello, simplemente salieron de mi boca esas palabras.

—¿Tal vez porque no es igual que Álex? —Ahí dio en el clavo. No había caído en eso, pero estábamos hablando de alguien totalmente diferente. Suspiré profundamente. Ahora sabía dónde estaba el motivo de mis celos—. Sabes que ese chico te hace sentir cosas y no te permites que llegue a tu corazón.

—No estoy enamorada de él —me excusé.

—Es imposible que te enamores de alguien si no lo llegas a conocer.

Dejé la consulta de Victoria con la cabeza embotada. Ir a verla siempre me había servido para sosegarme y coger fuerza, pero aquel día no había resultado. Estaba hecha un lío y sin tener claro qué camino seguir. Volvía a casa confusa no tenía ganas de ir al curso de dibujo, no aquel día, y entonces mi teléfono sonó. Era Tati.

—¿Qué pasa? —contesté. Me parecía raro que mi amiga me llamara a aquellas horas.

—Vas a alucinar. Te tengo que contar algo muy fuerte.

—Pues dílo —la animé, a ver si con su noticia me alegraba un poco la tarde.

—Este fin de semana tengo que ir a una convención sobre comercio exterior. Es un coñazo, pero la hacen en un hotel de súper lujo —escuché que me decía Tati emocionada a través del auricular—. Adivina quién se viene conmigo.

—Ni idea. —Una reunión de frikis del trabajo como Tati no parecía un gran plan.

—Erik —confirmó ella contenta—. Se lo comenté y le dije que tenía dos pases. El hotel es espectacular y, menos en las horas en las que hay ponencias, podemos disfrutar de todos los lujos. Incluso tenemos un masaje incluido.

—Qué bien. ¿Eso quiere decir que habéis avanzado? —quise saber. Tati por fin empezaba a tener algo más serio con Erik y yo me alegraba por los dos.

—Bueno... Vamos paso a paso, pero creo que sí —contestó esperanzada. Tati era tremendamente enamoradiza y quizás esta vez había dado con la persona correcta.

—Cuéntamelo todo a la vuelta ¿vale? —la animé yo. Me alegraba mucho por ella.

El resto de la semana la pasé centrada en mi trabajo y en mi casa, que falta me hacía mirar un poco por mí. Mis padres me animaron a ir a visitarlos en Navidad, pero me excusé aludiendo a los pocos días festivos que tenía. Se quejaron de que pasara la Navidad sola y les dije que Lourdes me había invitado a pasarla en su casa. No estaban muy conformes, pero como siempre, aceptaron mi decisión. Aida tampoco podía venir, tenía trabajo que hacer en el museo y, por lo mucho que la conozco, supongo que tendría otros planes también.

El sábado recibí otra llamada de Tati por la noche. Me sorprendió que quisiera hablar conmigo. En teoría estaba disfrutando con Erik de su «convención».

—Hola, bonita. ¿Dónde tienes a tu Adonis que te deja tiempo para llamarme? —pregunté nada más descolgar el teléfono.

—Me ha dejado tirada —fue su respuesta y se echó a llorar—. A última hora me ha puesto una excusa de mierda, de no sé qué imprevisto familiar.

—Menudo cabrón está hecho. ¿Estás sola?

—Claro. Pensaba pasarlo con él y ahora estoy aguantando los tostones de señores de edad avanzada sobre técnicas empresariales y comercio —contó Tati desolada. Me dolía sentir a mi amiga así de angustiada—. Estoy harta, Mara. ¿Por qué no encuentro a mi alma gemela?

—No lo sé. Pero mereces mucho más, alguien que te respete y te ponga por delante de todo lo demás. Ya está bien de sufrir por quien no lo merece —la sermoneé. Tal vez no era lo mejor, pero debía decirselo.

—De veras creí que le gustaba de verdad. Estaba ilusionada —volvió a lloriquear ella—. Pero esto se va a terminar.

—¿Quieres que vaya allí? Puedo coger un taxi.

—No hace falta, amiga —me cortó Tati—. Estaré bien. Nos vemos a la vuelta.

Cuando colgué me quedé preocupada por Tati. No veía sentido a que nunca acertara con los chicos. Era cierto que, tal vez, daba mucha importancia a su aspecto físico, pero es que no había dado con ninguno que valiera la pena. Todos los hombres con los que había intentado tener una relación le causaron algún daño, menguando su autoestima.

Tati no era perfecta, pero su interior era limpio y puro. Merecía ser feliz, encontrar a alguien que la quisiera y respetara. Yo la veía muy guapa, estilosa y trabajadora. Era una mujer independiente, que se mantenía a sí misma. ¡Si es que estaban dejando escapar un bombón! No daba crédito.

Hablé con Lourdes y le pedí que se dejara de novios y hostias y que nos guardara el sábado para cenar y poder estar junto a Tati. Accedió sin condiciones y al momento.

Cenamos las tres, poniendo a caldo a los hombres en sí. Ya sé que no es un acierto meter a todos en el mismo saco, pero cuando el vino empieza a correr ya no nos andamos con remilgos. Los prejuicios salieron a la luz y destapamos todos los tópicos del género masculino. Nos despachamos a gusto y acabamos riendo como locas.

—Vamos a un sitio que conozco, ya veréis qué sorpresa —nos dijo Lourdes cuando salíamos del restaurante.

—¿Dónde es? —preguntó Tati.

—Vosotras confiad en mí —contestó la otra misteriosamente.

Tomamos un taxi y Lourdes dio una dirección exacta. No teníamos ni idea de dónde nos pensaba llevar. Era un barrio de nueva construcción, que yo supiera allí solo había pisos y algún

comercio. Pero como ella era la que tenía la vida más social de las tres, le hicimos caso.

Bajamos del taxi en una avenida amplia. Lourdes fue directa a un portal y llamó a un interfono.

—¿Se puede saber dónde nos vas a meter? —insistí yo.

—Ya lo verás, ansiosa —rio Lourdes. Sinceramente, mi confianza en ella empezaba a abandonarme. No me olía nada bien aquello.

Subimos al tercer piso. Al salir del ascensor nos encontramos con Toni esperándonos en la puerta. Así que esa era su sorpresa: nos había llevado a su casa. Y lo mejor nos esperaba dentro. Erik y Mat estaban en el salón tomando una copa. La cara de sorpresa de ellos me confirmó que tampoco sabían nada.

Tati estaba que echaba humo, yo intenté disimular mi cara de disgusto. Lourdes los saludó con total normalidad.

—Perdona, Toni, ¿el baño? —pregunté con una sonrisa forzada.

—Segunda puerta —dijo él señalando un pasillo.

Agarré a mis dos amigas para que me acompañaran. Una con la cara desencajada y la otra muerta de risa.

—¿Se puede saber cómo se te ha ocurrido esto? —exploté cerrando la puerta del baño tras de mí.

—Es para matarte, de verdad —resopló Tati—. Yo no respondo. Ya te lo digo. Se te ha ido de las manos.

—Vamos chicas. Hay que afrontar los problemas y somos adultos todos —dijo Lourdes minimizando la situación. ¿Esta chica había escuchado esa noche todo lo que habíamos dicho? De verdad, en ocasiones no entendía cómo funcionaba su cabeza—. Por favor. Solo os pido una copa, luego si queréis nos vamos.

—Una copa. Nada más —señaló Tati con su dedo índice—. Y si le suelto una bofetada a Erik luego no me vengáis con tonterías.

Salimos del baño lo más dignas que pudimos. Creo que los tres hombres que nos esperaban supieron que estábamos levantadas en armas porque intentaron por todos los medios ser cordiales y atentos. Aceptaron todas las puyas que fueron cayendo y no entraron al trapo cuando los pinchábamos con algún que otro comentario fuera de lugar. Pero claro, todo tiene un límite y a Tati con la bebida se le suele soltar la boca.

—Pues yo creo que la próxima vez voy a probar con una chica —comentó Tati a Mat cuando estaban hablando de algo totalmente diferente—. Estoy harta de aguantar a un cerdo por un simple chorizo.

—¡Ya está bien, Tati! —Saltó Erik soltando su copa sobre la mesa—. Si quieres decirme algo, hazlo ya.

—Eres imbécil. Y has perdido la oportunidad de tu vida —retó mi amiga al rubio.

—Te pedí perdón y vuelvo a hacerlo —se rebajó él—. No pude ir contigo, pero de verdad, créeme que me hubiese encantado ir.

—Claro, por eso tu excusa fue un imprevisto familiar —se quejó ella.

—Chicos, ¿por qué no vais a una habitación y lo habláis en privado? —les propuso Toni viendo como el ambiente se había enrarecido.

—Será lo mejor. Si quieres —pidió Erik a Tati señalando de nuevo el pasillo que llevaba hasta las habitaciones.

Pasó una media hora y los dos contrincantes no salían de allí. Los cuatro que quedábamos íbamos charlando, pero no sin estar atentos a las frases que salían amortiguadas.

—¿No llevan mucho rato ya? —comentó Toni cansado de esperar—. Voy a ver cómo lo llevan.

Se acercó hasta la habitación donde nuestros amigos se habían metido y con solo apoyar la mano en la maneta, salió disparado hacia nosotros.

—Ni me lo creo. Coged los bolsos, chicas, nos vamos —dijo cogiendo su cartera y las llaves de un estante—. Se están liando. En mi casa, en mi cama. Estoy flipando.

Salimos entre risas de casa de Toni. Esto ya se estaba pasando de castaño oscuro. Ahora ya sí, definitivamente, habíamos vuelto a la adolescencia. Tati tendría mucho que explicar al día siguiente.

—Vamos a La Capilla. Está cerca y podremos darles tiempo a los tortolitos —propuso Toni—. Lourdes y yo iremos en mi moto. Mara, tú puedes ir con Mat en su coche.

Pues nada, ya lo habían planificado todo. Otra vez a compartir coche con el estirado. Menos mal que a mí, a diferencia de mi amiga, el alcohol me suele amansar.

Mat conducía siguiendo a Toni, aunque supuse que sabía perfectamente dónde estaba el lugar. Al llegar aluciné. Se encontraba apartado y solo se distinguía lo que en otro tiempo debió ser una iglesia. Por eso el nombre, claro. Estaba remodelada como bar musical. Dentro había una gran sala iluminada por fluorescentes de color azul, con dos barras, una a cada lado. Fuera, una enorme terraza con mesas de madera muy bajitas y unas hamacas de color morado. Había alquiler de mantas y estufas de gas para poder disfrutar del cielo estrellado sin morir de frío.

El espectáculo era increíble. Gracias a la ausencia de bloques de pisos alrededor y a la poca luz, se podían ver perfectamente la luna y las estrellas en aquella noche despejada. La música se escuchaba de fondo, pero no molestaba y permitía que mantuviéramos una agradable conversación, por fin, los cuatro arremolinados dentro de las mantas.

Bromeamos por el aspecto de Mat, que con lo largo que era, no cabía en la hamaca. Pedimos una copa más, jurándonos que será la última. Al final estuvimos hasta el cierre. Y es que cuando uno está a gusto no tiene ganas de marcharse a una solitaria casa.

—Espero que estos hayan terminado —bromeó Toni cuando íbamos camino a nuestros vehículos.

—Pobres de ellos como sigan en la cama, porque los echo a patadas —rio Lourdes.

—Te llevo a casa, Mara —me dijo Mat.

—Hombre, pues sería un detalle. —Después de la noche tan tranquila que habíamos pasado, qué menos. No lo íbamos a estropear ahora.

Nos despedimos de nuestros amigos y nos montamos en el coche de Mat. Los dos estábamos de muy buen humor. En la radio empezó a sonar la canción de Bon Jovi *It's my life* y ambos nos desgañitamos cantando.

Me moría de calor y bajé la ventanilla. Desabroché un par de botones de mi camisa agradeciendo el fresco que entraba.

—¿Qué haces? —me preguntó Mat mirándome de reojo.

—Necesito aire.

—Me estás provocando —comentó volviendo a mirar hacia delante.

—Son solo dos botoncitos de nada —reí moviendo mi camisa—, lo soportarás.

—No lo tengas tan claro —se dijo a sí mismo pasándose la lengua por los labios mientras ponía su mano en mi muslo.

En ese momento un cable se cruzó en mi mente, os juro que actué por impulso. Cogí su mano y la acerqué a mi boca. Estiré su dedo índice y lo chupé provocativamente. Mat dio un volantazo frenando estrepitosamente y dejando el coche mal aparcado en batería. Por suerte aquel sitio era un barrio todavía en construcción, es decir, urbanizado pero sin viviendas, por lo que no había más vehículos estacionados. Solo nos iluminaba la tenue luz de una farola lejana.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y se abalanzó sobre mí, cogiéndome por el cuello para besarme apasionadamente. Yo intentaba dar con el enganche de mi cinturón, pero me estaba costando algo más de lo necesario.

¡Cómo me ponía ese chico! Al final conseguí soltarme, uniéndome a Mat. No sé cómo, pero terminé subida encima de él. Mat metió la mano a través de mi camisa y levantó mi sujetador para dejar entrever mis pechos. Los besó lentamente, con delicadeza.

Noté su erección encerrada en su pantalón y sentí un dolor dentro del bajo vientre que me urgía a soltar a la bestia que los dos llevábamos dentro. Mi clítoris vibraba y no dejaba de contraerse por el placer que esperaba.

—Me vuelves loco —me susurró Mat—. No sé qué haces mejor, odiarme o desearme.

—Yo tampoco lo entiendo —le dije intentando quitarle la camisa que aún llevaba puesta.

Me clavé el volante y me quejé por ello. La pierna se me había incrustado con la palanca de cambios. No recordaba lo incómodo que era montárselo en un coche.

—Vayamos atrás —propuso Mat. Saltamos los dos al asiento trasero y él movió los asientos delanteros para darnos más espacio. Después me ordenó—: Quítate las braguitas.

Levanté mi falda y me deshice de la ropa interior. Ardía en deseo y tenía urgencia de él. De Mat, dentro de mí, y rápido.

Él se encogió y levantó mis piernas. Introdujo su cara en mis muslos y empezó a besar la parte interna. Poco a poco se acercó a mi sexo y con su lengua continuó jugando. Yo gemía de placer. Mi cuerpo estaba a punto de explotar. Introdujo un dedo en mi interior y mantuvo un ritmo constante hasta que me hizo llegar al orgasmo.

Después de todo el placer que acababa de sentir aún no estaba satisfecha. Quería más. Lo quería a él. Lo cogí por el cuello y lo acerqué a mi boca. Lo besé y con una mano tomé su miembro y lo guie hasta la entrada de mi vagina. Me penetró lentamente y de mi garganta salió un quejido de satisfacción.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó jadeante.

—Sí. Sí. Sí —era lo único que podía decir.

Mat mantenía un ritmo constante. Yo lo rodeaba con mis piernas. Era algo complicado con su estatura, no había manera de coordinarse.

Le hice cambiar de postura y me senté encima de él, tomando yo el control. Subía y bajaba disfrutando del roce de su miembro dentro de mí. Empecé a temblar, otro orgasmo se presentaba ante nosotros. Mat movió sus caderas para entrar más profundo. Grite de placer y una electricidad pasmosa recorrió todo mi cuerpo, de pies a cabeza.

—No te muevas —me pidió él cerrando los ojos y sujetándome para que parase en seco.

—¿Qué pasa?

—Sal, ya. Corre —dijo levantándome apresuradamente.

Me moví a un lado y me sentí vacía de repente. Vi cómo Mat se estremecía aguantando su miembro con la mano. Acababa de correrse.

—¿No te has puesto condón? —le miré asombrada.

—No he tenido tiempo. Tú tampoco lo has pensado, ¿eh?

—Madre mía, somos como dos adolescentes. Esto no puede seguir así —dije yo avergonzada.

Nos afanamos en recolocar nuestras ropas resoplando. No es tarea fácil moverse dentro de un coche con un hombre de la talla de Mat. Sentados ya de nuevo en los asientos delanteros, él arrancó y me llevó hasta casa. Fue un trayecto silencioso y tranquilo. El disfrute vivido nos había relajado, aunque yo seguía sin dar crédito de lo que acababa de suceder.

—Supongo que ahora ya tienes claro que entre nosotros hay algo —dijo antes de que me

bajara.

—No sé lo que es, me traes loca —admití—. Sacas mi lado perverso.

—Me gustaría volver a verte. Cenar, hablar. ¿Qué te parece?

—Vale. Creo que será lo mejor —acepté yo. Por una vez estábamos de acuerdo los dos—. Dame tu número de teléfono. Te llamaré. Lo prometo.

Mat grabó su número en mi teléfono y recalcó que esperaba mi llamada. Me dio un beso de despedida y yo entré en casa. Estaba satisfecha, feliz y confusa a partes iguales. Pensé en Tati, más que nada porque no quería empezar a darle vueltas a lo que acababa de pasar entre Mat y yo. ¿Cómo era posible que mi amiga hubiese tropezado otra vez con la misma piedra? Esta chica no aprendería jamás. Claro, que bien pensado, yo tampoco tenía remedio. Cuando nos volviéramos a ver de nuevo habría mucho que contar. Mis amigas iban a flipar. Nuestra vida había dado otra vuelta de tuerca. Pronto veríamos el camino que tomaría cada una de nosotras.

Capítulo 11. Año nuevo, vida nueva

Intenté ignorar, una vez más, lo que había ocurrido con Mat. Me centré en el trabajo y en dejar pasar unos días para despejarme.

Llegó la Navidad. Tal como quedamos pasé la nochebuena en casa de Lourdes, cenando con su gente. Roberto y Carmen, sus padres, son personas maravillosas que me hacen sentir parte de la familia. Fue una velada tranquila, de buena comida y algún villancico. Riki, el hermano de Lourdes nos hizo reír con sus tonterías. Me quedé a dormir a su casa para no tener que salir a altas horas.

La Navidad la pasé sola en casa. Tampoco me apetecía hacer nada más que estar en el sofá tirada, descansando. Para el día veintiséis, San Esteban, comí con Tati y su madre. Estábamos las tres solas y la tarde siguió un curso tranquilo también. Vimos una película, mientras dábamos buena cuenta de un gran bol de palomitas.

—Me tienes que contar muchas cosas, ¿no? —le susurré a Tati un momento en que su madre desapareció en la cocina.

—Bueno, tampoco hay tanto que contar —contestó ella mirando de reojo.

—Yo creo que sí.

—Mara, otro día, te lo prometo. Pero ahora no puedo contarte nada. Además, de verdad que no es tan interesante. Fue un desliz —me dijo a toda prisa. Pero vamos a ver, que mi mejor amiga se lie con un chico, al que hasta ese momento había jurado odiar, en casa ajena y delante de todos, yo creo que sí es algo interesante. Algo estaba cambiando.

—Bueno, ya cuando te veas preparada o con ganas me explicas y tal vez yo también te cuente algo interesante —le dije al oído viendo que Lorena, la madre de Tati volvía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella asombrada.

—¿Qué me he perdido? —añadió Lorena que no sabía de qué hablábamos—. ¿Ha pasado algo?

—El chico, que ha salido corriendo detrás de la chica para que no se vaya —expliqué yo sonriéndole a Tati y refiriéndome a la película—. Y tu hija, que mirando el móvil, se lo ha perdido.

Dejé a Tati con la intriga porque ella tampoco soltaba prenda de lo ocurrido con Erik. Me despedí de las dos y volví a casa. Al día siguiente había que trabajar.

—Perdonad, ¿trabaja aquí la señorita Ros? —preguntó un repartidor en la puerta de la librería, con un paquete en las manos.

—Soy yo —contesté sorprendida.

El chico me entregó la caja y me hizo firmar un albarán. Al abrirla me encontré con dos *cupcakes* de *Red Velvet*, un zumo natural de naranja, una manzana y un mini bocata de jamón. Dentro también había una nota. Era de Mat.

Buenos días, princesa. Llevo días pensando en ti y esperando tu llamada. He decidido dar el paso y sobornarte con este fantástico desayuno.

En fin de año vamos a ir todos a una fiesta, me gustaría que nos acompañaras. Pasar el último día del año juntos y quien sabe, tal vez también el primero. Llámame, por favor.

Disfruta del día y de los dulces. Mat.

Volvía mi acosador favorito. Tenía razón en que había sido paciente, ya que yo no di señales de vida. Hablé con Lourdes y me confirmó que en fin de año irían a una sala de fiestas. Habría cáterin, uvas, cotillón y cava, mucho cava. Decidí aceptar la invitación, así que envié un mensaje a Mat diciéndole que allí estaría.

Como no podía ser de otra manera, Lourdes me convenció de la necesidad imperiosa de comprarnos unos vestidos espectaculares para la ocasión. Fuimos las dos de tiendas buscando algo adecuado. Si hubiera sido por mí, habría optado por algo cómodo, pero ella se negaba en redondo.

—Es una noche especial y no vamos a ir de cualquier manera —insistía una y otra vez, pasándome vestidos que probarme.

Al final nos decidimos, ella por un minivestido con mucho *brilli brilli* plateado. Compró también unos zapatos del mismo color y un *clunch*. Yo me quedé con un vestido midi de color rojo, ajustado en el pecho y suelto de falda. En cuanto al calzado, llevaría unos zapatos de salón negros a juego con un bolso que ya tenía en casa.

El día 31 salimos pronto de trabajar. Fuimos a casa para cambiarnos y quedamos en ir las tres juntas en taxi, no era día para tener que conducir.

Lourdes iba preciosa, pero Tati me dejó boquiabierta. Vestía un increíble vestido negro ajustado con escotazo. Su pelo trenzado lucía un recogido perfecto y en los labios llevaba carmín rojo. Estaba deslumbrante.

Y, así, vestidas de gala, nos fuimos las tres a la fiesta donde nos esperaban los chicos. Cuando llegamos, ellos ya estaban allí. Saludamos a Guille, a quien no habíamos vuelto a ver desde el verano, y nos presentaron a algunos amigos más que se había unido a ellos.

Cuando me encontré con Mat un rayo de alegría me atravesó. Estaba guapísimo, con un traje oscuro que le quedaba como un guante para su altura, camisa blanca con tirantes y una graciosa pajarita púrpura que ponía la nota de color. Nos acercamos lentamente y me dio un casto beso en la mejilla cogiéndome de la cintura.

—Me alegro de que estés aquí —confesó pegando su boca a mi oreja.

—No podía negarme. Tengo un acosador personal que no habría parado de perseguirme hasta que viniera.

—Estás preciosa —me halagó y cogiéndome de la mano nos unimos al resto del grupo.

Estuvimos picoteando algo de comer mientras intentábamos mantener algo parecido a una conversación, ya que, con la música, era tarea complicada.

Cerca de las doce nos dieron a cada uno de nosotros una bolsita con doce uvas.

—Recuerda pedir un deseo cuando te termines las uvas—me recordó Mat, que no se había separado de mí en toda la noche.

Dieron las doce campanadas y engullimos las uvas, riendo y mirándonos los unos a los otros. Con la boca aún llena gritamos: «¡¡Feliz Año Nuevo!!».

Mat me cogió en ese momento y me dio un beso. No lo habíamos hecho durante esa noche. Me apretó contra él y susurró:

—Hacía tiempo que no me apetecía tanto una noche así. Espero que este año siga lleno de sorpresas. —Y después añadió—: Mi deseo eres tú.

No supe que contestar. Ese chico me dejaba fuera de juego. El serio, distante, estirado y prudente Mat de repente se convertía en el seductor y sexy hombre que provocaba un incendio en mi interior. Además, ahora se mostraba tierno. Me descolocaba totalmente.

Todos nos abrazamos y a partir de ahí empezó la fiesta. Mucho cava, tal como habían prometido. Copas, música, baile y dolor de pies, eso también.

Los primeros en desaparecer fueron Erik y Tati. Oh, sorpresa. Cuando me quise dar cuenta ya no encontraba a mi amiga por ningún sitio.

—Déjala —le restó importancia Lourdes—. Ya es grande. Que viva su propia aventura.

A Lourdes se la veía feliz junto a Toni. Este no había dejado de bromear en toda la noche, sin

dejar de estar atento a ella. Hacían una pareja magnífica. Casi se podría decir que estaban hechos el uno para el otro, se complementaban perfectamente. Los dos más alocados, con las peores ideas, por supuesto, pero con un corazón tan grande que nos les cabía dentro del pecho.

—Voy al baño —le dije a Mat ya a altas horas de la madrugada.

—Te acompaño. Iremos a los de arriba, siempre hay menos gente —me dijo tomándome de la mano. Él fue por delante, abriendo paso entre la multitud de personas que había en la pista. Llegamos a unas escaleras y subimos, aún con nuestras manos entrelazadas.

Pasamos por delante de un reservado con pequeños sillones. Allí la música llegaba algo más distorsionada y se podía hablar mejor. Llegamos a los baños, que milagrosamente estaban prácticamente vacíos.

—¡Qué haces! Este es el baño de chicas —recriminé sorprendida de que Mat me siguiera dentro.

—Antigua —se burló él—. Los baños son mixtos.

Entré en un cubículo del baño, cerrando la puerta tras de mí, mientras miraba a Mat de reojo. No pensaba mear delante de él. Cuando salí, estaba en el lavamanos enjuagándose.

«Joder, sí que ha sido rápido», sonó en mi cabeza.

Me lavé las manos al igual que acababa de hacer él, mirándolo a través del espejo. Estaba apoyado en una columna sin quitarme ojo de encima.

—Lista —le dije.

Mat dio dos zancadas y se puso a mi altura. Me tomó del cuello y me besó apasionadamente. Yo lo agarré por la espalda y le devolví el beso. Nuestras lenguas volvían a bailar juntas, se buscaban y jugaban entre ellas.

—Llevo toda la noche esperando esto —me confesó mientras besaba mi cuello.

Mat abrió con una mano uno de los cubículos que estaba libre y me llevó hacia adentro. Nuestros besos se intensificaron y él coló una mano por debajo de mi vestido, acariciando mi sexo.

—Aquí no —le pedí yo—. No volvamos a hacer de jovencitos.

—Vamos a mi casa entonces —me pidió. Asentí con la cabeza y salimos disparados, cogidos de nuevo de la mano.

No paramos ni a despedirnos de nuestros amigos. Fuimos en busca de nuestros abrigos, salimos fuera y tomamos el primer taxi. En el interior del coche nos besamos, sin pensar demasiado en qué opinaría el pobre señor que nos estaba llevando.

Entramos en el portal de su casa y subimos al ascensor. Dentro, Mat picó al séptimo y el habitáculo se puso en marcha. Seguíamos besándonos y él me tomó por el trasero, apretándome contra él. Yo, para su sorpresa, introduje mi mano por dentro de sus pantalones y acaricié su miembro. Gimió y apoyó una de sus manos en la pared. Cuando el ascensor paró, Mat levantó mi vestido y me tomó en volandas. Yo rodeé sus caderas con mis piernas, quedando enganchada completamente a él. Con una mano sacó las llaves y abrió la puerta.

Una vez dentro nos deshicimos de la ropa con urgencia. Él me llevó hasta su dormitorio, dominado por una cama de dos por dos y con muebles blancos, simples y elegantes, como era él.

Caímos en la cama abrazados. De nuevo todo eran prisas. Ansias por sentirnos, por tocarnos, por darnos todo el placer. El fuego que ambos llevábamos dentro nos quemaba. Deseaba sentirlo dentro de mí, tanto que no podía esperar.

Mat se sentó en el borde de la cama. Tenía un preservativo en la mano, pero no dejé ni que abriera el envoltorio. Me podían las ansias. Me acerqué hasta él y dando un pequeño salto subí. Introduje su pene dentro de mi interior y empecé a moverme, lentamente, sintiendo cómo entraba y

salía, disfrutando del roce. Mat me besaba los pechos, jugando con mis pezones.

Me tumbó y tomó el control, haciendo sus embestidas más profundas. Una ola eléctrica me atravesó y llegó el primer orgasmo para mí. Él se relamía viendo mi cara de satisfacción.

—Esto no ha terminado —me dijo—. Ya está bien de hacerlo de prisa y corriendo siempre.

Salió de mí y empezó a recorrer mi cuerpo con besos. Besó mis pechos, mi estómago, mis muslos, hasta llegar a mi clítoris. Siguió jugando con él, pasando su lengua, absorbiéndolo. Introdujo dos dedos en mi vagina mientras lamía mi sexo. Un segundo orgasmo me dejó fulminada.

Era el momento de devolverle todo lo que me había dado hasta ese momento. Lo tumbé y de rodillas cogí su miembro entre mis manos. Empecé a jugar con él y me lo introduje en la boca. Chupé y lamí con todas mis ganas, disfrutando de lo que hacía, sin pudor ni vergüenza alguna. Mat se estremecía. Cuando noté que era suficiente me coloqué encima de él y lo monté, loca de frenesí, desbocada por el placer. Los dos nos dejamos llevar, unidos a un mismo ritmo, hasta que el orgasmo nos alcanzó a ambos.

Caímos los dos desplomados en la cama y, debido al cansancio y a las copas nos dormimos inmediatamente.

A la mañana siguiente me desperté completamente desnuda, en la cama, junto a Mat. Él dormía plácidamente. Me levanté sigilosa y fui recogiendo mi ropa. Paré en la cocina para beber un vaso de agua y tenía ya decidido marcharme a mi casa cuando Mat me sorprendió.

—¿No pensarás salir corriendo otra vez? —me preguntó. Llevaba puesto tan solo un bóxer negro.

—Quería ir a casa, darme una ducha y cambiarme de ropa —expliqué yo, dando la peor excusa que se me ocurrió.

—Mara, que nos conocemos. Estás huyendo de nuevo —comentó él acercándose más a mí—. No quiero que tengas vergüenza, ni que sientas inseguridades. Esto también es nuevo para mí. Quédate.

—Pero ¿tú has visto mis pintas? —dije señalándome completamente.

—Te puedes duchar conmigo —sugirió Mat con una sonrisa—. Y te puedo dejar una sudadera, te servirá de vestido y estarás cómoda. Por favor, pasemos el día juntos. Es el primero del año.

Accedí. Nos tomamos un café y después me di una larga ducha, sola, por supuesto. El piso de Mat era grande. Tres habitaciones y dos baños. Al ser el ático también tenía una terraza y las vistas eran inmejorables.

—Vale. Y, ¿cuál es el plan para hoy? —le pregunté mientras me secaba el pelo con una toalla.

—Acabo de encargar *sushi* para comer, nos lo traerán en una hora —informó él acercándose a darme un corto beso—. Después podemos ver una peli, si te apetece. Aunque estoy abierto a sugerencias.

—Me parece bien así. Incluso podríamos hablar un poco, si conseguimos no salir corriendo hasta tu cama, claro —continué yo, porque había pillado a dónde quería ir con las sugerencias.

Durante la comida estuvimos hablando sobre nosotros, nuestras familias, los trabajos y amigos. Mat me explicaba su nuevo proyecto en la empresa, un bloque de pisos de construcción ecológica, donde se estudiaba el menor impacto arquitectónico y la gestión de residuos, así como el gasto energético.

Yo le hablaba de mis sueños. De escribir un libro algún día, tal vez mudarme a un sitio más tranquilo y abrir mi propia librería y vivir de ella y de lo que escribiera.

Vimos una película muy mala que daban en la televisión y comimos palomitas. Empezaba a sentirme muy a gusto con Mat. Estar cerca de él me generaba paz. Ya no solo era atracción física, había algo más.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos? —preguntó él cuando volvía de ir a buscar una cola en la cocina.

—Claro —respondí—, estuviste un poco rancio, la verdad.

—Ya. Y con lo de la broma no lo mejoré. Me gustaría explicarte el porqué —se sinceró sentándose a mi lado—. Hace casi dos años estuve una temporada viviendo en Alemania. Teníamos un proyecto allí y me trasladé. Yo nunca he tenido pareja estable y bueno, me pareció buena idea. En el equipo había una compañera con la que ya había coincidido otras veces. Eva, una chica maja y muy buena en su trabajo.

—No entiendo qué tiene que ver esto con lo que pasó —comenté yo impaciente.

—Déjame que te cuente —prosiguió él—. Una noche, al finalizar el proyecto nos fuimos de copas. No sé si has estado en Alemania, pero allí las cervezas son de litro. Acabamos fatal. Menuda cogorza. Total, que al volver Eva y yo nos liamos. Para mí fue una más, una noche y ya está. Pero ella no lo entendió así. Empezó a acosarme. Quería verme a toda costa y sobre todo repetir. Yo le decía que no, pero ella no captaba la idea. No le entraba en la cabeza que no quería nada con ella. Al final decidí cambiar de empresa, no verla más y tuve que amenazar con denunciarla si seguía persiguiéndome. Por fin lo entendió y pude respirar. Por eso, cuando pensé por un momento que la historia se podía repetir, yo también me asusté.

—Madre mía. Que fuerte —dije asombrada. Nunca había escuchado una historia así—. Ahora lo entiendo. De verdad que pensé en muchas cosas, pero nunca en que te hubiera pasado algo de esta magnitud.

—Bueno. Creo que salí ganando. Al cambiar de empresa llegué a donde estoy ahora y me siento mejor con el trabajo que hago. Es más acorde con mi manera de pensar —dijo quitándole importancia—. Casi me hizo un favor. Pero no fueron tiempos fáciles.

—Todos tenemos nuestros traumas.

—Sí. Sé que tú también lo has pasado muy mal. Pero me gustaría que te replanteases el conocernos mejor. Iremos a tu ritmo, no hay prisa. Pero quiero seguir viéndote, si a ti te apetece.

—Creo que sí. Tenemos que aceptar que hay algo entre nosotros. No le pongamos nombre, iremos día a día. —dije yo asimilando que Mat me gustaba más de lo que había confesado nunca.

—Tenemos todo el año que hoy empieza por delante —dijo Mat acercándose hasta ponerse encima de mí en el sofá—. Podemos ir disfrutando de cada paso.

Y empezó a besarme de nuevo por el cuello, mientras pasaba su mano entre mis muslos. No hace falta que os diga como acabó la cosa, porque en vuestras mentes lo sabéis perfectamente, y no os equivocáis al pensarlo.

Tenía por delante un año muy intenso. Feliz año nuevo y vida nueva.

Capítulo 12. Dueña de mi vida

La segunda semana de enero volví a ver a Victoria. Definitivamente me decidí a contarle los progresos con Mat. Ella se alegró de que hubiera dado el paso. Entre las dos decidimos que había hecho un gran avance y que, tal vez, ya podíamos ir espaciando las visitas. Quedamos en vernos quincenalmente.

—Eres una paciente estupenda. Si tú te vieras con mis ojos y volvieras a recorrer el camino que has llevado a cabo, estarías muy orgullosa —me despidió en la puerta al marcharme—. Yo lo estoy. Sigue así, Mara, eres ya dueña de tu vida de nuevo.

Fui a la clase de dibujo. Cada vez disfrutaba más de ellas. Jorge era un gran profesor. Cada semana nos enseñaba un *tangle* o dibujo diferente. Los iba mezclando, creando unas formas preciosas. Además, a media clase solía contarnos una historia o cuento, para ayudarnos a reflexionar. Ese día trabajábamos el apego.

Nos leyó una cita de Shahid Kapoor que decía: «El apego es tu mayor fortaleza y tu mayor debilidad. Aunque te da el poder de amar a alguien más que a ti mismo, se hace difícil vivir cuando pierdes algo a lo que estás apegado».

Apunté la frase en el dibujo que acababa de hacer. Tenía la sensación de que hablaba mucho sobre mí y lo que había vivido, aunque aún no era capaz de comprenderla del todo.

A la salida, Pablo me alcanzó.

—Perdona, Mara. Quería decirte algo —me pidió frenando mi marcha.

—Dime, Pablo.

—¿Estás incómoda conmigo? —soltó directo. Me dejó perpleja. No había vuelto a pensar en lo que pasó.

—No. Para nada —le contesté sincera—. De verdad Pablo, está todo bien.

—¿Seguro? —insistió él. Empezaba a darme la sensación de que buscaba otra respuesta.

—Te lo prometo —volví a decirle enseñándole las dos manos para que viera que no tenía ningún dedo cruzado, como hacen los niños—. Todo en orden. Tú, ¿bien?

—Sí. Es que como has faltado a algunas clases y, en ocasiones, te veo distraída. No sé, me habré confundido. Perdona.

—No te preocupes, en serio —me despedí dándole dos besos—. Nos vemos la semana que viene.

A finales de mes recibí una llamada de Aida. Venía por una exposición en un museo metropolitano y quería aprovechar para verme. Me entusiasmó la idea, tenía ganas de verla y poder explicarle todo lo que me estaba pasando. Estaba segura de que fliparía, pero, por si aún no tenéis claro cómo es Aida, fue ella la que me dejó alucinada.

Quedamos el jueves para ir a cenar juntas. Ella llegaba esa mañana, pero tenía que estar en el museo todo el día. Iba como inspectora de la colección que cedía el museo donde trabajaba. Le envié la ubicación del restaurante y quedamos a las diez. Pedí a Mat que nos dejara solas, ya tendría tiempo de conocerla. Cuando Aida llegó no iba sola. La acompañaba una chica, morena y muy alta, con un corte de pelo tipo *bob*. Parecía la típica parisina, de piel blanca y porte elegante. Después de abrazarnos y darnos mil besos, me la presentó.

—Mara, esta es Suzanne. Trabajamos juntas y también es mi pareja —dijo con total naturalidad. Y, yo, aunque sea liberal me quedé paralizada. Pensaba que mi hermana era heterosexual, nunca creí que llegara a tener una relación con otra mujer—. Pero reacciona hija, que te has quedado muda.

—Es que no sé qué decir. Después de lo que hablamos en verano, era lo último que esperaba —me excusé. Pobre Suzanne, menuda impresión se debió llevar de mí.

—Pues di solo que te alegras por nosotras —bromeó mi hermana.

—Si vosotras sois felices, yo también —dije levantando los brazos. Me acerqué a Suzanne y le di un gran abrazo—. Pero Aida, es que nunca dejas de sorprenderme.

Acribillé a preguntas a Aida y Suzanne, quería saber todo sobre cómo habían dado el paso. Mi hermana se declaró bisexual, cosa que no había sabido hasta que conoció a su pareja. Se había enamorado de la persona y declaró por fin, haber encontrado a su alma gemela. Le costó un tiempo asimilar sus sentimientos hacía aquella mujer, pero al fin había comprendido que era lo mejor que le había pasado. Llevaban ya cuatro meses juntas. La verdad es que encontré a Aida deslumbrante y encantada.

—En serio. Nunca me había planteado tener una relación con una chica, bueno, no se había dado el caso. Pero cuando la conocí —explicaba Aida mientras miraba embelesada a su chica— algo cambió. Ella me gusta en todos los sentidos, como no ha podido gustarme aún ningún chico. La amo y me completa.

—Soy única—bromeó Suzanne con su acento francés.

—Las dos sois únicas y perfectas —añadí yo. Si es que hacían una pareja ideal.

Yo expliqué que estaba empezando algo con Mat, el chico de Ibiza. Aida casi no lo podía creer. Daba saltos de emoción y se moría por conocerlo. Quedamos en cenar de nuevo al día siguiente para que lo conocieran y hacer las presentaciones.

Mat se ocupó de ir a buscar la cena. Yo trabajaba y tampoco disponía de demasiado tiempo para preparar nada. Pedimos un buen menú en un restaurante japonés que nos gustaba. A las diez en punto, Aida y Suzanne estaban en casa.

—Así que tú eres el famoso Mat —le dijo Aida plantándole dos besos—. Tenía yo ganas de conocerte.

—Y tú eres la loca de la familia, según me ha contado tu hermana —bromeó él.

—Me vas a caer bien, lo presiento —le dijo Aida guiñándole un ojo.

Nos sentamos los cuatro en la mesa y dimos buena cuenta de la cena. Aida y Suzanne nos explicaban cómo estaba yendo la exposición. Les quedaba un día más de estar aquí y luego debían volver a París.

—Mañana ya quedará todo listo y la exposición se abrirá al público pasado mañana —nos decía Suzanne—. Estará vigente hasta finales de junio. Después tendremos que volver para desmontar todo, vigilar que todas las piezas estén en perfecto estado y son sacadas y embaladas como debe ser para su transporte. Son piezas únicas y necesitan mucho cuidado.

—Es increíble el mimo que les dais a las obras —opiné yo—. Si eres tan meticulosa como Aida, están en buenas manos.

—Ella es peor —bromeó Aida tomando a Suzanne por la mano—. Es genial poder trabajar juntas.

—Pues no debe ser fácil trabajar con tu pareja —apuntó Mat sirviendo más vino.

—Todo es cuestión de saber separar. En el trabajo tenemos una misma visión y cuando llegamos a casa, dejamos aparcado todo lo que tiene que ver con el museo. Allí solo somos ella y yo —explicó Aida. Mi hermana es como un vaso lleno de agua, transparente. No teme mostrar sus sentimientos, no duda a la hora de amar. No tiene miedo de enamorarse y dejarse llevar. Envidio su fuerza y valentía.

—Me cuesta más lidiar con el carácter latino que tiene —dijo Suzanne dando un leve codazo a Aida.

—Bueno, Mat, y tú... ¿qué intenciones tienes con mi hermana? —preguntó tan dispuesta Aida, dejándome perpleja.

—¡Aida! —la reñí yo. Pero ¿qué pregunta era esa?

—Mis intenciones son puras y honestas. Esperaré el tiempo que haga falta, pero llegará casta al matrimonio y cuando llegue el día espero que tengamos media docena de hijos —contestó Mat bromeando.

—¡Mat! No le sigas el juego —reñí también a este. Vaya dos.

—En serio, Mat. No quiero volver a ver sufrir a mi hermana —dijo Aida cambiando el tono y poniéndose más seria.

—Puedes confiar en mí. Si alguien sale herido, te aseguro que seré yo.

—Vale. Y ahora, dame las referencias. Háblame de ti y tu familia —pidió Aida. Puse los ojos en blanco y aunque lo intenté, Mat terminó dando hasta su número de teléfono a mi hermana.

—Mi madre, Isabel, pasa temporadas en el pueblo donde nació, cerca de León. Los inviernos son algo duros y entonces es cuando suele volver aquí —explicaba Mat—. Desde que mi padre falleció se le hace muy duro estar en la ciudad donde tanto compartieron. Allí tiene hermanas y sobrinos con los que está entretenida. Aquí entre mi hermano Lucas, que es médico y no tiene tiempo y, yo que soy un desastre y siempre ando ocupado, se sentía muy sola.

—Así que tienes un hermano. ¿Mayor? —insistía Aida en saberlo todo.

—Somos gemelos. Idénticos —contestó Mat.

—Curioso. Y bueno saberlo. Así que hay dos iguales por ahí —ironizó Aida.

—Déjalo ya, Aida —intervino Suzanne porque yo ya había perdido la paciencia.

—Eso, vayamos a tomar una copa —propuse para dejar ya el tema.

Menos mal que me hicieron caso, porque les convenía. Salimos a una coctelería cerca de casa y tomamos un par de copas. Aida y Suzanne se retiraron pronto ya que el día siguiente debían ir al museo y terminar su trabajo.

—¿Me vas a invitar a pasar a tomar la última? —me preguntó Mat cuando volvíamos a mi casa.

—Esta noche no, por favor —le pedí.

—¿Qué ocurre Mara? —insistió Mat. Se paró tomándose por las mejillas. Empezaba a reconocer las señales que le daba.

—Aún me cuesta. Es la casa que compartí con Álex. Es un paso más, no sé si me vas a entender. Pero hay cosas que me recuerdan a él y es un conflicto. No puedo estar contigo en el mismo dormitorio —dije, dejando salir todo lo que sentía.

—Vale. Pero tienes que pensar que yo no puedo competir con alguien que vive en tu memoria en forma de recuerdo.

—No quiero que lo hagas. No te lo mereces —le pedí—. Lo siento. Es mi camino y todo es nuevo.

—Tranquila —dijo abrazándome—. Iremos poco a poco.

Mat me dejó en la puerta de mi casa. Insistió en que siempre podíamos ir a la suya, pero decliné la invitación. Necesitaba el domingo para mí, tenía cosas que hacer y quería estar sola. En ocasiones a Mat le podían las ganas y el no controlar todo lo que le estaba pasando le perturbaba. De eso me había dado cuenta, pero yo también era nueva en esto y llevaba una mochila del pasado. Necesitaba gestionar todo lentamente y esperaba que Mat pudiera llegar a tener la paciencia suficiente.

A la mañana siguiente llamé a Pilar. Hacía mucho que no quedaba con ella y le planteé la posibilidad de ir juntas al cementerio. No tenía claro por qué, pero necesitaba hablar con ella,

explicarle lo que me estaba sucediendo.

Pasé a buscarla y fuimos juntas en su coche. Antes había parado a comprar flores frescas, unos lirios blancos para Álex. Es curioso que estando vivos no nos fijemos en la importancia de entregar detalles así, pero cuando alguien falta, siempre que vuelves a visitarlo llevas un presente o en este caso, unas flores. Por qué será que no aprovechamos más para mostrar nuestros sentimientos, el agradecimiento a las personas que nos suman en la vida, el amor a la persona que quieres en vez de cerrarnos, darnos a la monotonía y dejar escapar momentos que después resultan que son únicos.

¿Es necesario perder a alguien especial a quien quieres para darte cuenta? Hubiera dado cualquier cosa por un día más con Álex. Haber sabido qué nos pasaría y decirle que le quería, que no tuviera miedo. Que todo iría bien. Tomar su mano entre las mías y asegurarle que nunca le olvidaría. Regalarle mil besos y unas flores como las que ahora llevaba. Prepararle su comida favorita y sacarle una sonrisa.

Pero ya no estaba. No podía volver atrás y ya no quedaba tiempo para todo eso. Ahora, eso sí, disponía del conocimiento. Sabía que podía ocurrir. Me prometí que jamás me volvería a pasar de nuevo. Nunca dejaría de decir o hacer cosas por las personas que amaba. Pero no era fácil. No lo digo por mi familia o mis amigas. Era Mat el que me frenaba. Empezaba a sentir cosas por él. No podía llamarlo amor, pero ya no era simplemente atracción entre los dos. Era alegría por verle, tranquilidad, aunque aún sabía sacarme de mis casillas. Deseo cuando me rozaba, esperanza de ver que podía rehacer mi vida, seguridad por estar protegida. Y con todo, aún era como si una pared me frenara para entregarme por completo.

Limpiamos la lápida y dejamos las flores. Estuvimos unos minutos en silencio cada una hablando para sí, como si Álex pudiera escuchar nuestros pensamientos.

—Te veo muy bien, Mara. Me alegra que me llamas para venir juntas —me dijo Pilar. Nos sentamos en un banco frente a la tumba de Álex.

—Tú sí que estás estupenda —piropeé a Pilar. Era la viva imagen de la perfección. Siempre tan elegante y con ese porte, además de serena y atenta—. Hacía mucho que no hablábamos.

—El tiempo pasa rápido, cariño. Hay que aprovecharlo.

—¿Qué tal te va todo? —pregunté.

—Bien. Estoy pensando en jubilarme, creo que podremos llegar a un acuerdo y había pensado en, tal vez, marcharme a vivir cerca de la costa. A un lugar más tranquilo —explicó ella.

—Vaya —fue lo único que salió de mi boca.

—Quiero paz, Mara. Lo necesito. Pasar página y vivir mis últimos años tranquila.

—Lo entiendo. A mí los recuerdos a veces tampoco me permiten dejar del todo el pasado a un lado —expliqué sincerándome con ella—. Quería contarte algo. He conocido a una persona. Justo estamos empezando, pero me cuesta. Siento que le estoy fallando.

—Mara —me llamó girándose hacia mí—, no vuelvas a encerrarte. Tú no estás enterrada. Tu corazón late y es normal que, con lo buena que eres, ese chico se haya fijado en ti. ¿Es buena persona?

—Sí, Pilar. Es muy bueno. Sabe por todo lo que he pasado y, aún con eso, está dispuesto a darme tiempo.

—Aprovéchalo. No dejes escapar la oportunidad. Te voy a contar algo: Después de la muerte de mi marido creí que nunca más volvería a enamorarme —empezó ella—. Un tiempo después conocí a un caballero. Poco a poco surgió algo entre nosotros, pero yo me negaba una y otra vez lo que sentía por él. Lo rechacé demasiadas veces, Mara, y su paciencia se agotó. Entiendo perfectamente lo que estás viviendo y mi único consejo, porque yo lo he pasado, es que no

desperdicias la oportunidad que te ofrece la vida.

—Pilar, no tenía ni idea. —Me sorprendía la historia, jamás nos había dicho nada.

—Sentí vergüenza ante mi hijo. Miedo a un cambio. Creí que ensuciaba la memoria de mi difunto marido y no me permití volver a sentirme querida. —Fue totalmente sincera conmigo y vi tanto paralelismo entre lo que me decía y lo que yo estaba sintiendo que me asustaba.

—Me dejás sin palabras —le dije yo bajando la cabeza—. Y me siento identificada. No sé cómo hacerlo.

—Ve día a día. Y no te reproches nada. Lo que pasó, pasó. Quedó atrás. Sé que quisiste mucho a mi hijo y él fue feliz junto a ti. —Como siempre, Pilar sabía perfectamente qué decir y cómo decirlo—. Pero ya no está. Y tú debes amar, porque te lo mereces. Te queda mucha vida y es demasiado bonita para pasarla sola.

Abracé a aquella mujer tan sabia. La cogí con fuerza porque sabía entenderme. No me juzgaba y encima me daba ánimos. Era su hijo de quien hablábamos y ella seguía pensando en mí, en que fuera feliz. Nunca podría estar más agradecida. Me aportó serenidad y fuerza cuando lo necesité y ahora me empujaba a la vida y al amor.

Volvimos a casa en silencio, yo digiriendo todo lo que me había dicho y ella sumida en sus propios pensamientos. Cuando me dejó en casa me pidió:

—Llámame otro día y con más calma me cuentas más cosas sobre ese chico, si te apetece.

—Claro. Lo haré —contesté yo—. Nunca tendré secretos contigo, Pilar. Muchas gracias. De verdad.

—Cariño, eres parte de mi familia. Siempre lo serás. Si puedo ayudarte lo haré. No voy a permitir que cometas mis mismos errores.

—Gracias. —Era la palabra más repetida para con ella—. Te llamaré.

Volví a casa agradecida por todas las personas bonitas que el universo había puesto en mi camino. También me dio un gran golpe, pero gracias a esa gente que me rodeaba y apoyaba todo resultaba más sencillo.

Sabía qué tenía que hacer, ahora tocaba empezar a dar pasos para demostrarme que podía hacerlo.

Capítulo 13. Y de nuevo el caos

Otra vez nos había pillado el toro. Era jueves, dos de mayo. El día anterior había sido la fiesta del trabajador y Mat y yo habíamos pasado el día juntos. Como empezaba a ser habitual, pasé la noche con él. Eran las ocho menos cuarto y llegábamos tarde.

—Va Mat, date prisa, por favor —le pedía una y otra vez vistiéndome a toda velocidad.

—No entiendo por qué tienes que pasar por tu casa —insistía él—. Ve al trabajo directamente.

—Quiero ir a cambiarme de ropa y adecentarme un poco —volvía a explicarle por enésima vez. Siempre que me quedaba en su casa, a la mañana siguiente necesitaba pasar por la mía. Lo podéis llamar manía, me da igual. Tal vez soy algo paranoica, pero para sentirme bien, me gustaba asearme y cambiarme.

—Sabes que podrías dejar algo de ropa aquí —dijo terminando de preparar su maletín y el portadocumentos—. Así iríamos más relajados los dos y no saldríamos con la hora pegada al culo.

—Eso te pasa por liarme y hacer que me quede toda la noche —le regañaba yo—. Y vámonos ya, que no llegamos.

—Joder. Tengo una reunión a primera hora. Voy a llegar tan justo que no tendré tiempo de prepararme bien —se quejaba él—. Llevamos cuatro meses así, Mara.

—Dijimos que iríamos poco a poco. Cuatro meses no son tantos. Esta noche me quedo en casa.

—Tampoco te pongas así —empezó a enfadarse él mientras salíamos de su casa.

—Nos irá bien descansar un poco. Y yo tengo cosas que hacer en mi casa.

—Porque de invitarme a ir, de eso, ¿hablamos? —Comentó irónico Mat—. Ah no, a tu templo sagrado no se va.

—¿De verdad vamos a volver a tener esta conversación? —le recriminé yo. Sabía perfectamente cómo me sentía acerca de mi casa. Sí, tal vez era hora de ir cambiando cosas y limpiar algunos recuerdos para abrir nuevos caminos, pero todo lleva su tiempo.

—Déjalo. Creí que éramos adultos —refunfuñó él de nuevo—. Pero salir corriendo cada mañana no ayuda, por mucho que me guste estar contigo.

—Que mal despertar tienes —me quejé. No volvimos a dirigirnos la palabra hasta que me dejó en casa.

Llegué justísima a mi trabajo, que no será el más importante del mundo, pero odio llegar tarde. Pasé todo el día evitando pensar en si Mat tenía razón o no. Aún no había dado el paso de ir llevando mis cosas a su casa. Tampoco creía que estuviéramos preparados para vivir juntos, era pronto para eso. Pero él parecía impacientarse y yo no terminaba de entenderlo.

—Me acaba de escribir Toni —me dijo Lourdes a media tarde en la librería—. Por lo visto Mat le ha pedido quedar esta noche. Van a cenar juntos.

—Me parece fantástico —contesté de mal humor.

—¿Ha pasado algo?

—Nada. Lo mismo que nos pasa últimamente. Que a Mat se le pegan las sábanas y luego me tiene que llevar a casa y eso le molesta —expliqué abreviando mucho—. Y a mí también me enfada, la verdad.

—Pero Mara, sois ya mayores para esto —intentó mediar ella—. ¿Por qué no buscáis una solución?

—No se me ocurre nada. Si me puedes iluminar, acepto cualquier idea —repliqué aún más enfadada.

—¿Por qué no te compras una moto? Así podrías entrar y salir de su casa y no dependerías de que él te llevara —propuso ella. A veces Lourdes me sorprendía. No era mala idea. Nunca había pensado en ello, ya que conducir no era algo que me atrajera. Y sí, sé de sobras que da mucha autonomía y eso, pero no iba conmigo. Todo y eso, podía estudiar lo de tener una moto para moverme por la ciudad.

Esa noche, desde la tranquilidad de mi casa, le envié un mensaje a Mat. Éramos tan cabezones los dos que no habíamos hablado en todo el día. Total, que fui yo la que dio el brazo a torcer y le invité a cenar al día siguiente cuando saliera de trabajar.

Tengo una solución. ¿Te apetece escucharla? Te invito a cenar, en el italiano de al lado de la librería. A las nueve y media.

Me contestó con un simple «ok». Menudo rencoroso. Igualmente decidí relajarme en casa, recoger un poco y disfrutar de la soledad. Al día siguiente fui al trabajo de mejor humor. Había estado mirando los precios de las motos y qué permisos necesitaba. También ojeé los aparcamientos disponibles en la zona donde vivía. Podía permitírmelo, así que casi lo tenía decidido.

Mat llegó puntual, como era su costumbre. Me saludó algo serio y pasamos a pedir la cena.

—A ver, ilumíname con tu gran idea —me pidió mientras nos servían el primer plato.

—He pensado en comprarme una moto —dije animada—. Así podría ir y venir sin tener que depender de ti.

—¿Y con eso lo arreglas todo? —preguntó Mat. Vaya, seguía enfadado. Nunca le habían durado tanto los mosqueos.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—Podrías venirte a vivir a casa —propuso él. Me sorprendió su iniciativa. Era cierto que nos compenetrábamos bien, pero había pasado poco tiempo. Aún nos estábamos conociendo, la convivencia no es algo tan sencillo.

—¿No te parece que es pronto para eso?

—Ya no somos unos jovencitos, podríamos probar. Estamos bien juntos —contestó él—. Estoy harto de ir de aquí para allá. Quiero disfrutar del tiempo del que dispongo contigo.

—Chico, sí que te ha dado fuerte —medio bromeé. Y en qué momento se me ocurrió.

—Tal vez yo sienta algo por ti que tú no eres capaz de entender. Puede que no estemos en la misma órbita o que el tiempo no signifique lo mismo para los dos —soltó Mat dolido. Soltó los cubiertos y apuró su copa—. Creo que se me ha quitado el hambre. Si podemos finalizar la cena, estoy cansado y prefiero marcharme.

—Tan poco es para ponerse así, Mat —intenté sosegarlo. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué tanta prisa de repente?—. Dijimos poco a poco.

—Será que soy viejo para tanta tontería —replicó.

Salimos y me acompañó a casa. Por lo visto no tenía ganas de compañía, ya que no propuso que fuera con él. Me insufle paciencia a mí misma y lo dejé. Tal vez no lo sabía, pero también Mat necesitaba tiempo.

La semana siguiente me decidí a ir a mirar motos. Lourdes y Tati me acompañaron. Entre las tres nos decidimos por una de segunda mano. Era de color negro, una *scooter* de 50cc. Pequeña, de baja cilindrada y aunque no era veloz ya me iría bien.

Esos días Mat y yo estuvimos algo distanciados. Nos vimos un par de veces, pero lo notaba ausente. Decidí darle una sorpresa y el lunes me salté mi clase de dibujo para ir a buscarlo a la salida del estudio donde trabajaba.

Estaba en la puerta aparcada con mi moto nueva, mi casco bajo el brazo. Esperaba que se

alegrara de verme allí y, tal vez, podríamos hacer las paces de una vez.

Salió acompañado de un chico algo más joven, un señor mayor y una rubia despampanante. Al principio no me vio así que decidí acercarme. Le hice una seña desde atrás de la comitiva y fue cuando se percató de mi presencia. Me indicó que esperara un momento.

El grupo se disolvió después de mantener una breve conversación. Mat se acercó hasta mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Y no me digáis por qué lo sabía, pero no le había hecho mucha ilusión verme.

—Te quería sorprender. Y enseñarte mi nuevo vehículo —dije señalando la motocicleta.

—Al final lo has hecho —fue lo único que dijo.

—Creo que irá bien. Para los dos. No te digo de llevarte porque está prohibido. Pero si quieres te puedo seguir y nos tomamos algo. ¿Te apetece? —Nadie negará que al menos lo intenté. Iba en son de paz y quería arreglar la tensión que había entre nosotros.

—Hoy no va a poder ser, Mara. Lo siento —se excusó Mat bajando la vista—. Acabo de quedar con mis compañeros para trabajar esta noche en el nuevo proyecto. Tenemos que presentarlo mañana y aún quedan cabos sueltos.

—Vale —dije tristemente. Me acababa de chafar todos los planes.

—Ven mañana a casa cuando salgas de trabajar. Hablaremos, te lo prometo —propuso él—. Ahora tengo que irme.

Lo vi marcharse y casi tuve la sensación de que iba más preocupado de lo normal. Aquello debió de disparar mis alarmas, pero Mat era algo complicado, así que no quise darle mayor importancia.

Era martes. El día en el trabajo fue tranquilo. Lourdes no dejaba de seguirme por toda la tienda, cosa que me ponía nerviosa.

—¿Quieres decirme ya de una vez que ocurre? —Le dije cansada de su actitud—. ¿Qué pasa?

—Nada. Solo quería saber si habías hablado con Mat —se explicó ella.

—Fui a verlo ayer. Lo esperé a la salida de su trabajo, pero no pudimos hablar apenas —le conté confiada —Tenía trabajo. Hemos quedado esta noche.

—Ah. Vale —fue su única respuesta. Aquí estaba pasando algo. Lourdes nunca es tan escueta en sus respuestas. Me esperaba una reprimenda, algo como: «deja de pensar tanto y folla más».

—¿Sabes algo que yo no sé? —insistí. Ahora ya sí estaba inquieta.

—Nada. Como esta semana habéis estado un poco así así... —me dijo moviendo las manos.

—Todo se arreglará. Ya sabes lo testarudo que es. Solo quiere tener la razón —dije volviendo a ignorar las señales de alarma que me enviaba mi cerebro. No hay más ciego que el que no quiere ver.

A última hora apareció Tati. Se acercó a saludarnos y nos dijo que nos esperaba fuera. Cerramos y fuimos con ella.

—¿Qué haces tú por aquí? Y sin avisar —preguntó Lourdes.

—¿Que qué ha pasado? Que Erik es gilipollas —explotó—. Estoy tan cansada de ese tío...

—¿Otra vez, Tati? ¿Pero vosotros no os cansáis? —comenté yo. Era la décima vez que escuchaba esa frase. Esos dos eran como el agua y el aceite, no terminaban de ligar nunca.

—El listo, que tiene una boda, pero claro. Debe ser que soy poca cosa para él, porque prefiere ir solo. Que no lo acompañe, que menudo lío con toda la familia —se quejó lastimera. Tati empezó a hacer pucheros.

—Pero mujer, no te lo tomes así —intenté consolarla. No hay nada que me dé más pena que ver sufrir a mi amiga—. Solo es un día.

—No quiere presentarme a su familia. Que no digo que tengamos que ir de novios, pero al

menos, podría decir que soy su amiga. ¿Tan poco me aprecia?

—Son sus inseguridades, Tati. No le hagas ni caso —medió Lourdes—. Es una boda, tía. ¿A ti no te da cosa? Yo no conozco a la familia de Toni y no tengo ninguna prisa. Estamos bien, pero no deja de ser un rollo.

—Sí, claro. Un rollo que te dura lo que un embarazo. Nena, empieza a llamarlo por su nombre. Que es tu novio. Eso está claro para todos, menos para ti —soltó Tati—. En cambio yo, nada. Que le den por el culo. No pienso ir otra vez detrás de ese tipejo.

—Cariño, tú vales mucho más que mil Eriks. Estoy cansada de verte sufrir —le dije abrazándola. Era la mujer más fantástica del mundo y si él no sabía apreciarla, lo mejor era que la dejase marchar y que ella pudiera encontrar a quién sí supiera valorarla.

—Mara, ¿no habías quedado con Mat? —me recordó Lourdes. Joder, qué pesada estaba.

—Sí, pero esto es más importante. Lo llamo y quedo con él mañana.

—¿Estás segura? —insistió.

—Joder. Que sí.

Llamé a Mat y para mi sorpresa, ojo, no puso ninguna objeción a que me quedase con Tati. También era cierto que no hubiera hecho caso a sus quejas, pero era raro. Quedamos en hablar al día siguiente.

Lourdes, Tati y yo nos fuimos a mi casa. Pedimos unas pizzas y analizamos cada detalle, de cada frase y palabra que le había dicho el idiota de Erik. Con dos botellas de Lambrusco ya empezamos a ver las cosas de otra manera y Tati parecía decidida a dejarlo definitivamente. Las tres sabíamos que en cuanto él volviera y le pusiera ojitos, Tati volvería a caer en sus brazos, pero esa noche nos sentíamos fuertes.

Al día siguiente volví a llamar a Mat. Le dije de quedar y fue él quien se excusó. Tenía mucho trabajo. El proyecto en el que trabajaba era importante y necesitaba tiempo. Lo comprendí. Además, había sido yo quien la noche anterior lo había dejado plantado. Intenté hablar con él, decirle que estaba dispuesta a seguir dando pasos y mejorando nuestra relación, pero vi que no estaba muy por la labor.

Dejé pasar varios días. Ya mosqueada por no tener noticias de Mat decidí plantarme en su casa. Pedí a Gerard, mi jefe, si podía salir una hora antes. Por supuesto, este aceptó, ya que no suelo pedirle favores así. ¿Qué le había pasado a mi acosador favorito? ¿Por qué ese cambio de actitud? ¿En qué andaba metido? ¿Seguía enfadado conmigo?

Cogí mi moto y me fui decidida hasta su casa. Me abrió sorprendido. Pasé al *hall* de la escalera y al abrir la puerta del ascensor, de dentro salieron los compañeros de trabajo de Mat. De nuevo el chico joven, vestido con tejanos y camisa blanca, el señor mayor vestido con traje formal y la rubia cañón, con un vestido negro ajustado y un escote donde ni yo pude ignorar el tamaño de sus pechos.

Nos saludamos con un cordial buenas noches y subí al piso de Mat.

—Acabo de ver salir a tus compañeros —le informé al entrar.

—Sí. Hemos estado resolviendo algunas cosas del proyecto. Ya está listo —me explicó él.

—Has tenido mucho trabajo últimamente. Me alegro de que ya hayáis terminado.

—No ha terminado —dijo él recogiendo todos los papeles que tenía desparramados por la mesa del comedor—. Justo comienza ahora.

—¿Qué dices? Pero si llevas semanas obcecado con esto —le dije señalando todo y refiriéndome a su trabajo.

—Esto va así. Primero preparas el proyecto, lo presentas y si lo aceptan, tienes que hacer todas las modificaciones que te piden. Después vuelves a mostrarlo. Y si ya es de su agrado, te

dan el permiso para comenzar —me contó con total naturalidad—. Nuestro proyecto ya ha pasado todas las fases. Ahora queda llevarlo a cabo.

—Enhorabuena, entonces —le dije abrazándolo por la cintura—. Y ¿ya no estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado. Bueno, lo estuve. Pero lo entiendo —confesó Mat dándome un beso—. Pero te tengo que contar algo.

—Dime.

—Me marchó —soltó. Así, como quien quita una tirita de golpe y sin avisar.

—¿Cómo que te marchas? —pregunté confusa.

—El trabajo. Es en Londres. Tengo que estar dos meses allí.

—¿Qué? —dije asombrada—. Perdona, ¿qué me he perdido?

—No estaba seguro de que aceptaran, así que no te dije nada —empezó a contarme él—. Pero fuimos seleccionados. Entonces tú te fuiste y no supe encontrar el momento para explicarte todo. Y luego he tenido mucho trabajo y no sé, Mara, es complicado.

—¿Me estás diciendo que primero me pides más compromiso por mi parte y ahora te vas sin decir nada?

—No es eso, Mara. Es mi profesión. Y me voy solo dos meses. Quiero que estemos juntos y cuando vuelva, pues no sé. Plantearnos si vivir juntos, o ir mirando la manera de hacer bien las cosas —pidió Mat con calma.

El timbre nos sobresaltó a los dos. Mat fue a abrir y entró de nuevo la rubia de grandes pechos.

—Perdona, Mat, me he dejado el móvil —dijo sensualmente llegando hasta el comedor donde yo estaba—. Ah, no sabía que tenías compañía.

—Eva, esta es Mara —dijo presentándose—. Mira, aquí está tu teléfono.

Eva cogió su *smartphone* y me miró de arriba abajo. Maldita mujer perfecta siliconada.

—Gracias. Nos vemos mañana, querido —se despidió girando sobre sus talones—. Buenas noches.

—¿Eva? ¿La misma con la que te liaste? ¿La acosadora? —cosí a preguntas a Mat una vez ella se hubo marchado.

—Sí. Ahora trabajamos juntos, pero hablamos de ello y es todo agua pasada —se defendió él.

—¿Que lo habéis olvidado? ¿Tú eres tonto o te lo haces? —Estaba indignadísima.

—De verdad, Mara. Yo estoy contigo.

—Pues estas semanas no lo has demostrado. Y ahora me dices que te vas dos meses con esa tetas grandes a Londres —le acusé—. Volverás a caer en sus garras. Es una depredadora.

—Tranquilízate —volvió a pedirme. Grave error—. No pasará nada.

—Si pasa o no pasa, me da igual. Vete, pero ve tranquilo y haz lo que quieras —contesté girándome hacia la puerta—. Y a mí, déjame en paz.

Cogí mi moto y me marché a toda velocidad. Bueno, a la velocidad que daba, que, aunque no era mucha, fue suficiente. Llegué a casa y me eché a llorar. Maldito estirado. Sabía que me haría daño. ¿Pero qué mente retorcida hacía lo que estaba haciendo Mat? Primero me echaba en cara que no me entregaba al cien por cien en la relación y ahora tenía la cara dura de marcharse. Y encima, no había sacado valor para contármelo antes. Porque claro, explicar que te vas con una tipa que está cañón, a la que le va el sexo contigo y que encima vas a pasar dos meses a su lado, no debe ser tarea fácil. Lo maldije una y mil veces y lo hice por despecho. Porque me había enamorado, por mucho que no lo confesara. Y porque creía en un futuro a su lado. Futuro que acababa de desvanecerse.

Capítulo 14. Mi vida es un carrusel

—**T**ú lo sabías —acusé a Lourdes. Ahora entendía lo extraña y pesada que había estado estos días atrás—. Y no me dijiste nada.

—Mara... Me lo contó Toni, pero me hizo prometer que no te explicaría nada —se excusó ella apenada—. Y, bueno... tenía que ser Mat quien te diera la noticia. Tampoco pensaba que pasaría esto.

—¿Sabías también lo de Eva? —la interrogué.

—¡No! Eso no me lo hubiese callado —contestó—. Yo ni siquiera conocía la historia de Mat con esa rubia.

—Es un imbécil. Y no ve lo que veo yo que pasará. Pero me da lo mismo.

—Tus ojos y las bolsas que tienes debajo no dicen eso —comentó Lourdes. La miré con recelo, decidiendo que la conversación había terminado. Me centré en mi trabajo y estuve callada el resto del día.

Esa noche, al salir de la librería, encontré a Mat esperándome en la puerta. Nada más verlo me dieron ganas de echarme a llorar de nuevo. Era eso o darle una bofetada. Estaba dolida, con el corazón encogido.

—Mara —me saludó él—, ¿podemos hablar un momento?

—Creo que ya está todo hablado entre nosotros —espeté yo muy digna, aguantando las lágrimas que querían brotar libres de mis ojos.

—Por favor, déjame que te explique —me pidió de nuevo.

—¿Qué me vas a decir? ¿Que no sabías cómo contarme que te marchabas de viaje de trabajo dos meses? ¿O que querías ocultar que te ibas con esa tipa? —exploté—. O, tal vez, que como tus planes no han salido como esperabas, a ti que te gusta tenerlo todo bajo control, te has visto superado. Pues me he enterado, sin necesidad de que tú me lo cuentes. No me tomes por tonta Mat, no necesito tus explicaciones, ahora ya no.

—Te suplico que te calmes y me escuches —insistió él.

—No me da la gana. Estoy cansada. Tal vez yo me he equivocado, lo reconozco. Pero lo tuyo, eso no tiene nombre —le dije comenzando a caminar hacia mi casa.

—No huyas otra vez. Más no. ¡Escucha! —soltó agarrándome del brazo para que me detuviese.

—¿Qué?

—Te quiero. No me vale con irme así. Quiero saber que vamos a estar bien —me suplicó. Era la primera vez que veía a Mat tan vulnerable.

—¿Cómo crees que vamos a estar bien? Te vas a miles de kilómetros y encima con esa mujer. Y yo... yo me quedo aquí, a esperar que no ocurra nada —me sinceré con él—. Yo creía en nosotros, pero no pienso volverme loca. Entiende que no puedo competir con una mujer que es perfecta a ojos de todos.

—No es perfecta. No me gusta ni quiero nada con ella. Te buscaba a ti y al fin te encontré —declaró Mat tristemente—. También yo tengo que competir con alguien que ya ni siquiera existe.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Alex. Sigue en tu mente. Sé que involuntariamente nos comparas. —Eso sí me dejó boquiabierto. No podía permitir que metiera a Alex en esto. Hice el ademán de hablar, pero me detuvo con un gesto para poder terminar—. ¿Te parece eso justo para mí? Lucho por construir algo contigo, pero no terminas de dejarlo marchar. ¿Cómo hago para superar las altas expectativas de alguien a quien ni tan siquiera puedo ver?

—¡Eso no es cierto! Yo recuerdo a Álex, lo sabes de sobra, pero él nunca ha influido en nuestra relación. No lo compares y no lo metas en esta conversación —rebatí enfadada—. El problema es que te vas y que ni tan siquiera me lo has dicho hasta el último momento.

—Su recuerdo no te deja avanzar —me acusó desesperándose y pasando ambas manos por su pelo.

—A mí no me digas cuánto he avanzado. Eso solo lo sé yo. —Me estaba sacando de mis casillas—. Yo no te puedo poner los cuernos con un muerto.

—Lo que más te molesta es Eva —confirmó—. Estás celosa.

—¿Yo, celosa? —Dije cambiando el tono—. Mira, vete de una vez. Déjame en paz y haz lo que quieras. Eso es problema tuyo, puedes pensar lo que te venga en gana. Pero a mí déjame libre, que seguiré mi camino.

—No quiero que terminemos así —volvió a pedirme.

—No puede ser de otra manera, Mat. En serio, vete —finalicé yo. Era incapaz de seguir con aquella conversación, dolía demasiado—. Al menos de ti puedo despedirme.

—Mara, por favor —suplicó otra vez abrazándose—. Espérame. Cuando vuelva lo arreglaremos.

No contesté. Me dejé abrazar y aspiré su olor una vez más. Sabía que se iba e intuía que sería para siempre. Las mujeres como Eva no abandonan a su presa, la había calado solo con verla. Y Mat... Bueno, él era un buen hombre, pero no dejaba de ser hombre. Terminaría seduciéndolo y, aunque él no quisiera nada serio con ella, acabaría con lo nuestro.

Lloré durante días. Había momentos en los que sentía una rabia que me ardía dentro, en otros la pena me inundaba por completo. Mat se había marchado de una forma tan fugaz como había llegado a mi vida. Y lo peor era que había dejado todo patas arriba. Había empezado a creer en una felicidad que ahora se evaporaba.

—Mara, no puedes seguir así, mírate —me dijo Lourdes preocupándose por mí. No pude ni contestar. La miré fijamente y moví la cabeza, estaba hundida—. Ven a casa conmigo. O podemos salir con Tati, ¿te apetece?

Volví a mover la cabeza, negando. Lo único que me apetecía era estar en casa, sola, llorando. Era como volver al pasado. Revivir todo lo que había sufrido, aunque de una forma distinta. La pérdida no era la misma, pero dolía igual.

El curso de dibujo terminó. Había dejado de asistir, pero Jorge me llamó para interesarse por mí. Me preguntó por mi ausencia y me excusé de mala gana. No tenía fuerzas para seguir dando explicaciones.

—Mara, pero ¿qué te ocurre? —insistió una vez más—. Ibas muy bien en el curso. Tu progreso ha sido bueno y, la verdad, todos te veíamos mucho mejor.

—Ya lo sé, Jorge. Pero... no sé cómo explicarte. Es complicado.

—Mara, todos pasamos por situaciones duras. ¿Te apetece una café y un poco de charla? —propuso atento—. Te puede venir bien.

—No soy la mejor de las compañías —dije yo sintiéndome vacía por dentro.

—Vamos, Mara, haz el esfuerzo. Una hora —insistió él cariñosamente.

—De acuerdo. —Lo reconozco, soy una floja. No pude seguir poniéndole excusas tontas. De modo que quedamos en la cafetería situada frente a la escuela de dibujo.

No me molesté ni en cambiarme de ropa. Iba con un chándal, con el pelo recogido en una cola alta y unas ojeras que mostraban mi pesar.

Jorge ya estaba allí cuando llegué. Se levantó y su mirada lo dijo todo.

—Lo sé —afirmé yo. Sí, estaba hecha un cuadro y encima me daba autorización a mí misma

para ello. Mi dolor era lo único que valía. Pedí un té y me senté a su lado.

—Mara, hace ya un tiempo que nos conocemos. Eres una mujer fuerte y fiel a ti misma —comentó Jorge moviendo la cuchara en su café—. Si te apetece contarme algo, tal vez te pueda ayudar.

—No veo cómo me podrías ayudar, la verdad. Siento como si mi vida fuera un carrusel, gira y gira, pero yo no me muevo del sitio —confesé—. Es complicado.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. Sé escuchar.

Lo miré y algo se desató en mi interior. Empecé a contarle mi relación con Mat, la confusión de empezar a forjar un presente con alguien, del paso a paso. Critiqué las ansias de él por ir más rápido y le hablé de nuestro distanciamiento, de su decisión de marcharse. Le hablé también de Eva y de mi desconfianza hacia ella. Volqué todo lo que tenía dentro. Solté insultos y fui injusta y me enfadé de nuevo. Jorge escuchó pacientemente como había prometido, asintiendo en alguna ocasión, pero sin interrumpir en ningún momento mi monólogo.

—Esta rabia me va a matar —le dije finalmente—. Me siento decepcionada. Abandonada. Engañada.

—Todos los sentimientos de los que me hablas son comprensibles, pero ¿te has parado a pensar que tal vez forman parte de la vida? —cuestionó Jorge—. ¿Recuerdas la cita que dimos sobre el apego?

—Sí, la recuerdo. Hablaba de que era nuestra mayor fortaleza y la mayor debilidad. Da el poder de amar más que a ti mismo, pero es difícil perderlo —respondí como la buena alumna que soy.

—Te acabas de dar la respuesta —sonrió él apurando el café—. Tú has amado, amas y amarás. Ahora has vuelto a perder y sientes el dolor del apego hacia Mat. Tendrás que dejar pasar tiempo para poder soltarlo y sentirte de nuevo libre.

—Amé, amo y amaré —repetí para mí misma a modo de mantra—. Son más que tiempos verbales.

—Son mucho más, no lo dudes —respondió Jorge—. Primero, date el placer de amarte a ti misma por encima de todo. Porque solo queriéndote tú podrás darte por completo a otra persona.

—Yo ya me quiero.

—¿Lo suficiente? ¿Te has perdonado por todo lo que has hecho en tu vida? ¿Te has mirado a un espejo y has reconocido por completo la imagen que ves? ¿Te has dedicado el suficiente tiempo? ¿Te has atrevido a decir «no» sin sentirte culpable? —me acribillé a preguntas Jorge.

—No te puedo contestar. No estoy segura —admití. Me había dado en qué pensar.

—Pues plantéate primero eso y luego piensa en la rabia que sientes porque Mat se haya marchado.

—Lo haré. Muchas gracias, Jorge.

—Mira, mi camino en el amor tampoco ha sido fácil. Tuve que aceptar mucho de mí y luego mostrarlo para que quien me quisiera de verdad también lo aceptara. Y aunque tardé, ha valido la pena.

—¿Sergio y tú seguís juntos? —dije sin pensar. Esto de no tener filtro es un rollo—. Lo siento, no quiero incomodarte.

—¿Lo sabes? —preguntó cauteloso.

—Os vi un día. No sé qué tenéis. Pero eres un hombre fantástico —añadí para intentar arreglarlo. Me había metido en un jardín. El pobre pretendía ayudarme y mira cómo le pagaba.

—Seguimos juntos. De momento no hemos dicho nada porque queremos estar seguros —confesó Jorge. Me alegré por ellos—. Para mí ha sido algo raro estar con un alumno y, aunque

somos diferentes, nos entendemos bien. Lo amo, Mara.

—Estoy feliz por vosotros —dije cogiendo su mano por encima de la mesa.

—Si me permites, te voy a decir una cita. Esta es solo para ti, porque creo que, aunque es conocida, seguro que no la has escuchado. —Me dedicó una cálida sonrisa—. «Tu tarea no es buscar el amor, sino simplemente buscar y encontrar todas las barreras dentro de ti que has construido contra él». Es de Rumi y espero que te ayude en este nuevo proceso.

—Joder. Me estás poniendo muchos deberes —sonreí. De nuevo el universo ponía ante mí a personas que me ayudaban. Debía estar agradecida, una vez más.

—Espero que esta charla te sea útil —dijo Jorge—. Si es así, mi trabajo habrá valido la pena. Y, por cierto, espero verte el próximo curso. Será especial.

—Lo pensaré. Tengo unos meses por delante —contesté finalizando nuestra conversación—. Y muchas gracias, Jorge. De verdad.

Volví a casa más tranquila y con mil ideas en mi cabeza. Al llegar me di un buen baño. Peiné mi larga melena, hidraté todo mi cuerpo y me miré en el espejo, intentando reconocer la imagen que veía. Aquella era yo, con todas mis cicatrices internas.

«Eres una mujer fabulosa», dijo mi mente a modo de mantra. Era la primera vez en mucho tiempo que solo pensaba en mí. Que me detenía a pensar en cómo estaba, cómo me sentía y lo que necesitaba.

El timbre sonó. Fui a abrir y me encontré con Tati en la puerta.

—Hola. ¿Cómo tú por aquí? —le pregunté haciéndola pasar.

—Venía a verte, bueno y, a contarte cosas —se explicó ella taciturna.

—¿Te apetece una Coca Cola? —ofrecí.

—Vale.

Nos sentamos frente a frente en mi salón. Sabía que le pasaba algo y que le costaría decírmelo.

—¿Sabes algo de Mat? —se interesó mientras tomaba su refresco.

—Nada. Y mejor así.

—Tampoco es para tanto, en dos meses estará de vuelta —comentó Tati—. Quizás...

—Quizás nada, Tati —la corté yo. A ver, era mi amiga, debería estar de mi parte—. Él decidió irse. Decidió no decir nada hasta el último momento. Decidió compartir trabajo con esa mujer. Y yo, por mi parte, decido que se acabó.

—Eres muy tajante —respondió. La veía más apagada que de costumbre.

—Me valoro. Y cada día lo voy a hacer más —repliqué—. Mat ha puesto mi vida del revés y me dejó llevar. Pero, aunque ha significado mucho, si no es bueno para mí, lo mejor es dejarlo ir.

—Ojalá yo hiciera lo mismo. Si fuera tan fuerte como tú... —comentó mirando los hielos del vaso ya vacío.

—¿Qué te pasa, Tati? Sé que no estás bien. ¿Quieres contármelo?

—Erik —dijo abatida.

—Hasta ahí había llegado yo sola. Normalmente siempre tiene que ver con él —dije. Ese chico estaba volviendo loca a mi amiga.

—Cuando estamos juntos me siento tan cómoda... Nos entendemos. Entonces le digo de tener algo más serio. No quiero ser la amiga con la que se acuesta —empezó a narrar—. Y él me dice que estamos bien así, que no quiere más. No necesita más. Y yo le digo que para mí no es suficiente. Me propone dejar de vernos si no soy feliz, pero él me hace feliz en este momento.

—¿Realmente te hace feliz? No lo parece, la verdad —comenté. Lo siento, no soy la más tierna de las amigas, pero digo verdades como puños.

—Sí. No. No sé, Mara —confesó Tati. Estaba hecha un buen lío—. Dijimos de no vernos más.

Y entonces me manda un mensaje, yo contesto y entre una cosa y otra, pasamos la noche en mi casa y por la mañana desaparece y hasta la próxima. Y así siempre.

—Y tú te sientes idiota por haber vuelto a caer en sus redes —finalicé yo, con toda la razón del mundo.

—Pues eso.

—Pues eso —repetí lo que acababa de decir.

—Y ¿qué hago? —me preguntó con todo el dolor de su corazón.

—Lo primero, quererte más. Lo segundo, decidir definitivamente qué vas a hacer y qué esperas recibir. Lo tercero, dejárselo claro. Y lo cuarto, llevarlo a cabo sin dudar —dije con firmeza. Me había salido la vena inspiradora después de la conversación con Jorge

—Joder. Sí que vas fuerte —comentó alucinada.

—Los palos que nos dan, que ayudan a aprender mucho de estas cosas —dije tomando sus manos—. Todo irá bien, ya lo verás.

Decidimos aparcar el tema hombres y estuvimos una hora más hablando sobre nosotras. Tati esperaba ansiosa un ascenso en su empresa y confiaba en conseguirlo antes de vacaciones. Su superior se jubilaba y estaba segura de que se decantarían por ella para el puesto. Ojalá fuera así, porque eso le daría alas.

Una vez se hubo marchado, me quedé pensando sobre algo que debía hacer. Cogí mi portátil y empecé a escribir un *email*.

Hola, Mat. Te sorprenderá que te escriba. Juré que no lo haría y por lo mucho que me conoces sabes que soy una cabezota, pero es importante que te diga esto:

Has sido una persona muy importante en mi vida. Quiero darte las gracias por todo. Por los buenos y los malos momentos, porque serán los que nos ayuden a crecer. Deseo que sepas que te perdono. Te perdono a ti y también a mí misma, por todos los errores cometidos. Ambos hemos recorrido una senda para la que posiblemente no estábamos preparados. Sé libre para poder encontrar la felicidad, yo seguiré dando pasos buscándola.

Ojalá el proyecto vaya bien y puedas cumplir tus sueños. Feliz camino y que tengas toda la suerte que te mereces. Adiós, Mat.

Quería cerrar el círculo. Decirle adiós y limpiar mi alma de rencores y dolor. No esperaba respuesta por su parte, no la necesitaba. Estaba decidida a seguir, a quererme cada día y a encontrar una estabilidad. Por fin encontré la paz que necesitaba. En ese momento decidí empezar yo también a caminar por el sendero de mi vida. Mi propia vida.

Capítulo 15. Todo irá bien

— Todo irá bien, Mara. Tranquila —me decía Lourdes a mi lado intentando no tocarme. Sus lágrimas brotaban sin control.

Escuchaba la sirena de la ambulancia y el traqueteo del vehículo hacía que me balancease. Llevaba un collarín puesto y me habían sujetado a la camilla con unos arneses. Por momentos los ojos se me cerraban y perdía el sentido de dónde estaba y qué acababa de pasar.

Había llegado julio como tal cosa. Hacía un calor de mil demonios. Esa mañana Lourdes y yo quedamos para desayunar juntas antes de entrar a trabajar. Solíamos ir siempre a la misma cafetería. Un local que estaba suficientemente cerca del trabajo y en una zona en la que sabía que podría aparcar sin problemas. Además, hacían la mejor *carrot cake* de toda la ciudad, un lujo que nos permitíamos de tanto en tanto. Salí de casa y cogí mi moto. Iba tranquila porque tenía tiempo suficiente. Al llegar a la avenida donde estaba situada la cafetería, aminoré la marcha para buscar un aparcamiento. Un coche se saltó un *stop* de repente, no lo vi y me fue imposible reaccionar.

Del impacto salí disparada, volando por encima del coche rojo que acababa de llevarse por delante mi querida moto. Fueron décimas de segundo, pero tienen razón aquellos que te dicen que ves pasar tu vida por delante. Pensé en mis padres y el susto que se llevarían. Recordé la llamada que recibí cuando me dijeron que Álex había tenido un accidente y no quería que ellos sintieran esa angustia. Vi la cara de Mat, con su pelo castaño y las gafas de pasta. Su sonrisa. Aquello fue lo último que pasó por mi mente antes del impacto con el suelo.

Un dolor indescriptible recorrió todo mi cuerpo y luego dejé de sentir. Mis ojos se cerraron y cuando me desperté estaba en la ambulancia. Lourdes estaba a mi lado y no dejaba de decir que todo iría bien.

Por lo visto ella había llegado temprano y me esperaba en la puerta de la cafetería. Al sentir el bullicio por el accidente se acercó y reconoció mi moto y a mí tirada en el asfalto. Tiempo después me juró que esa mañana le robé años de vida, por el susto que se llevó.

La ambulancia tardó poco en llegar. Me examinaron y consiguieron sacar el casco para inmovilizarme las cervicales. Me ataron a la camilla y fuimos hasta el hospital. Todo eso me lo contó Lourdes después, claro.

Durante el trayecto iba perdiendo la consciencia temporalmente. En ocasiones abría los ojos y veía lo que pasaba a mí alrededor, aunque no era capaz de centrar la atención. Escuchaba voces hablando cerca de mí y sentía cómo me estiraban de un brazo para buscar una vía. Llegué con suero y calmantes ya en vena.

Una vez en el hospital, más médicos. Cada vez que me despertaba veía gente alrededor de mi camilla. Me metieron en un tubo, ahora sé que era un TAC, para buscar lesiones internas. Decidieron operarme. Al parecer, la fractura de mi pierna era lo más grave. No querían esperar, ya que era decisivo actuar rápido para minimizar daños futuros. De esto también me enteré más tarde.

Me desperté en una habitación blanca, tumbada en una cama que no era la mía. Me costó recordar lo que había sucedido. Un dolor de magnitudes épicas recorrió mi cuerpo a medida que recuperaba la consciencia. Lourdes estaba a mi lado; sentada en una butaca, dormía con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta.

Entró una enfermera y debió percatarse de la cara de sufrimiento que tenía. Aún con el efecto de la anestesia no supe decirle concretamente qué era lo que más me dolía.

—Te pondremos un poco de morfina para aliviarte. Puede que te deje un poco aturdida. En un

rato vendrá el doctor a verte —me explicó. Minutos después me inyectaron un líquido que me quitó todas las penas.

Dormité durante un tiempo irreal para mí. No supe si eran minutos, horas o días. Cuando abrí los ojos, Lourdes estaba despierta y atendía a la conversación que mantenían dos personas cuyos rostros me resultaban muy familiares: ¡A los pies de mi cama había dos Mats! Uno con bata blanca, sin gafas y el pelo algo más largo; el otro con sus gafas clásicas y su pose seria. Ambos hablaban entre ellos sin fijarse en mí. Los señalé, alucinada y aturdida.

—Hay dos —murmuré.

—¿Qué dices, Mara? ¿Qué pasa? —me preguntó Lourdes, acercándose a mí para escucharme, al percatarse de que había despertado.

—Veo dos Mat. Lo estoy flipando —dije somnolienta. Tenía un subidón de drogas en mi cuerpo. Me puse a reír—. Es doble.

—Mara, céntrate —me pidió Lourdes. Los dos Mats me miraron sorprendidos—. ¿Te duele?

—Antes no estaba y ahora hay dos. ¿Por qué? Se fue... —volví a delirar y seguí riendo.

—Es culpa de la anestesia y los medicamentos —explicó el Mat de bata blanca—. No os preocupéis. Se le pasará en unas horas. Ahora necesita descansar y reponerse. La operación ha sido complicada y la recuperación llevará su tiempo.

—Pero, su pierna, ¿cómo está, Lucas? —preguntó el Mat de siempre. Yo escuchaba, aunque no terminaba de comprender de qué hablaban.

—No me gusta asegurar nada, pero creo que podrá conservar el cien por cien de la movilidad. Todo dependerá de la recuperación. Aunque necesitará mucha fisioterapia —proseguía explicando. ¿Por qué le habían llamado Lucas?

—¿Y tus gafas? —le pregunté yo alargando mi mano hacia su bata, como si pudiera tocarlo, aunque estaba alejado—. Mat. Ven.

—No soy Mat. Mi nombre es Lucas y soy tu médico —explicó atento—. Mara, tienes que descansar ¿de acuerdo? Más tarde pasaré de nuevo a verte.

—Lourdes, estoy alucinando —confesé a mi amiga. Lourdes pasó su mano por mi cabeza, acariciando mi pelo, y me pidió que cerrara los ojos—. Diles que quiero más droga, porfa.

Los ojos se me cerraron y volví a dormirme. Antes no tenía nada y ahora el hombre al que quería se presentaba por partida doble en mi habitación. Qué suerte la mía. Y con ese pensamiento me fundí en un placentero sueño.

Me desperté sobresaltada. Me dolía todo el cuerpo, era como si me hubieran dado una paliza. Tenía la pierna en alto, sujeta por unas cuerdas que a su vez estaban atadas a un soporte en el techo. El vendaje me llegaba hasta lo alto del muslo. La espalda me estaba matando y sentía un zumbido en la cabeza. Vaya, que tenía un sinfín de molestias.

Apreté los ojos e intenté recordar todo lo que había pasado. Visualicé el golpe y cómo volé por encima de aquel coche. Del resto, apenas tenía la seguridad de que hubiera pasado.

Lourdes y ambos Mats habían desaparecido. En su lugar me encontré con mi padre mirándome sentado en la cama.

—Buenos días —me saludó—. Menudo susto nos has dado, hija.

—Ay, papá... Lo siento —me disculpé dolida—. No sé bien qué pasó. Solo recuerdo que se me llevó por delante un coche rojo.

—Así es, niña. Ya te dije que lo de la moto no me hacía mucha gracia. Son muy peligrosas.

—Pero si fue el otro el que se saltó el *stop* —me quejé. Encima, a ver si iba a ser culpa mía—. Yo iba bien.

—Ya lo sé. Pero mira, eres tú la que se ha llevado el golpe —asumió mi padre compungido—.

En fin, ahora hay que recuperarse. La operación ha ido bien.

—¿Dónde está Mercedes? —Pregunté por mi madrastra—. ¿También ha venido?

—Por supuesto que ha venido. Cualquiera la dejaba atrás. Y que sepas que está muy enfadada. —Otra que tal. ¡Pero si yo no había hecho nada!—. Está con Mat abajo, tomando un café.

—¿Cómo? —¿Mi madrastra y Mat juntos en la cafetería?

—Muy majo tu novio, Mara. Me gusta —dijo mi padre dejándome pasmada—. Se ve un hombre hecho y derecho. Algo serio, pero prudente y muy atento. ¿Cómo no nos habías hablado de él?

—Papá, estamos empezando, no lo vi necesario —me excusé inventando lo primero que se me pasó por la cabeza.

«Este sería buen momento para que vinieran a darte más drogas de esas que te pusieron ayer», escuché en mi cabeza. Y a la voz de mi otro yo no le faltaba razón.

Media hora más tarde aparecieron Mercedes y Mat. Ambos se alegraron de verme despierta y me saludaron. Yo, por mi parte, miraba a Mat asombrada. No entendía nada. ¿Les había dicho a mis padres que era mi novio? Se comportaba como tal y les trataba con cordialidad y respeto.

Para colmo, entró el doctor Lucas, el doble de mi «novio». Saludó a todos y se dirigió a mí.

—Vamos a ver, Mara... Por lo que parece, la recuperación va bien. No ha habido fiebre y el tejido está bien irrigado —me explicó—. Más tarde vendrá una enfermera para hacerte unas curas.

—¿Qué le ha pasado a mi pierna? —pregunté. Nadie me había dicho aún qué era lo que pasaba exactamente.

—Tuviste una fractura lineal desplazada. Hubo que operar para poner una placa de sujeción que hará que los huesos vuelvan a su sitio y se puedan soldar bien —continuó diciendo. Y fue entonces cuando caí. ¡Era su hermano, el gemelo de Mat! Eran idénticos—. Estarás unos días más con nosotros pero, si todo sigue así, en tres o cuatro días podrás irte a casa. No vas a poder mover la pierna en por lo menos mes y medio. Habrá que hacer curas y poner Heparina. Después veremos cómo encaramos la recuperación y la fisioterapia.

—De acuerdo —acepté—. ¿Podré caminar bien?

—Eso es lo que esperamos. Dentro de lo que cabe, has tenido suerte. Aparte de la lesión en la pierna, solo tienes unos raspones y algún moratón del golpe. Podría haber sido peor, te lo aseguro —sonrió Lucas—. Os dejo ya. Cualquier cosa, nos avisáis.

—Hija mía, podemos quedarnos el tiempo que nos necesites —se ofreció mi padre—. Así cuidaríamos de ti.

—Si os apetece quedaros, estaremos encantados de teneros en casa —intervino Mat. Yo en ese momento alucinaba. Vamos, que si me pinchan no sacan sangre—. Pero yo puedo cuidarla.

—¿Y tu trabajo? —Dije intentando poner una excusa—. No puedes dejarlo para quedarte conmigo todo el día.

—Ya está todo solucionado. El proyecto en el que trabajaba está finalizando y puedo teletrabajar desde casa —nos explicó Mat cogiéndome la mano—. Puedo cuidarte y estar el tiempo que haga falta en nuestra casa.

La sonrisa de oreja a oreja de mis padres me lo decía todo. El puñetero se había convertido en el yerno perfecto. Se los había metido en el bolsillo. Yo realmente necesitaba a alguien para que me cuidara en casa, eso era verdad. Y, sinceramente, me sabía fatal que mi padre dejara su trabajo para venir a hacerse cargo de mí. Solo les faltaba desmontar toda su vida en Mallorca para quedarse conmigo.

—¿Qué estás haciendo, Mat? —le pregunté en cuanto mis padres se fueron a descansar.

—Mara, en serio, puedo cuidarte —propuso él—. Quiero hacerlo.

—Esto no es sano. Nos va a hacer daño a los dos —le dije apenada—. Voy a ser un lastre. Tu vida ahora es otra.

—Mi vida eres tú —dijo acercándose a mi lado—. Mara, esto puede ser otra oportunidad para nosotros. No la desperdiciemos otra vez. Te he echado de menos cada día, cada minuto... Quiero estar contigo.

—¿Y entonces por qué no me llamaste? ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? —pregunté descolocada.

—Tú te despediste de mí ¿recuerdas? —explicó Mat sereno—. Pensé que al volver podríamos arreglarlo. No ha pasado nada en Londres. Bueno, mucho trabajo, pero nada más. Eva tiene otros objetivos ahora. Ya no soy de su interés, y yo tampoco habría dejado que se acercara más de la cuenta. Mi corazón te pertenece a ti. Tú eres la única mujer que me interesa.

—Joder, Mat ¿Cómo puedes decir cosas tan bonitas? Me vas a hacer llorar. —Mi sorpresa era mayúscula. Todas aquellas confesiones en una situación así... me estaba conmoviendo—. Yo también te he extrañado. Me faltabas. Eras mi todo y te marchaste.

—Pero he vuelto. Estoy aquí y no me voy a ir de nuevo. Me quedo contigo, si tú quieres.

Tres días después me dieron el alta. Por el hospital habían pasado infinidad de amigos: Tati y su llanto compungido por el miedo que había pasado, Pilar haciéndome jurar que dejaría de ir en moto, Lourdes y su inseparable Toni, al que aún no llamaba novio por cabezonería... Vinieron también Gerard, mi jefe, que me dijo que no tuviera prisa, que lo primero era la salud y que no me preocupara del trabajo y Guille y su eterna sonrisa. Jorge y Sergio vinieron juntos y me trajeron un gran ramo de flores de parte de todos mis compañeros de dibujo. Y Aida al final se escapó un día para verme, aunque le había jurado que no era necesario.

Fue genial verlos a todos. Me apenaba haberlos preocupado tanto. Mis padres se marcharon con la promesa de que permitiría que Mat me cuidase y que los llamaría todos los días para pasarles el parte médico.

Poco a poco, Mat y yo nos acostumbramos a convivir. Fuimos a mi casa, ya que él podía desplazarse a la suya y yo tenía todo lo que necesitaba allí. Yo dormía en mi habitación mientras que él, paciente, lo hacía en la habitación que tenía para invitados.

Y es que, aunque vivíamos juntos, aún no habíamos hablado sobre nosotros. Seguía existiendo esa química, se notaba en el ambiente. Pero entre mi estado físico y que aún mirábamos con recelo el pasado, la situación hacía que ambos fuéramos con pies de plomo. Día a día creció nuestra complicidad. Volvíamos a ser Mat y Mara, los de antes del huracán que nos apartó.

—Al final te has salido con la tuya —bromeé yo un día mientras desayunábamos juntos en la cocina, yo con mi pierna en alto apoyada en una silla—. Has conseguido entrar en el templo sagrado.

—Me ha llevado un tiempo abrir las puertas de tu templo. Ha sido necesaria una separación y un accidente para lograrlo —comentó él—. Ahora mi propósito es abrir de nuevo tu corazón, para que llegues a amarme como yo te quiero a ti.

Y qué queréis que os diga, a mí se me cayó todo al suelo y le planté un beso, porque en unos días había olvidado todo el daño y las lágrimas derramadas.

Según me contó Lourdes, en cuanto llamó a Mat para avisarle de lo ocurrido este había cogido un avión para volver y estar junto a mí. Mientras me operaban lo gestionó todo para poder seguir trabajando desde aquí y así no volver a separarse de mi lado. Se ofreció a cuidarme, sin saber siquiera si pensaba perdonarlo y darle otra oportunidad. ¿Alguien en su sano juicio habría dejado escapar a un hombre así? Yo no.

Así que decidimos que poco a poco, paso a paso, forjaríamos nuestra relación. Ya juntos, de

una vez por todas. Sin miedos, sin rencores, ni barreras.

Fue fantástico cuando por fin me quitaron el vendaje de la pierna. La recuperación, no os voy a engañar, costó lo suyo. Pero lo mejor que saqué de aquel accidente que me podía haber costado la movilidad fue reencontrar a Mat. Porque en ocasiones el amor verdadero no se dice, se muestra. Y los gestos, los actos y el hacer de ese hombre me habían demostrado hasta dónde llegaba su amor por mí.

Habían pasado seis meses desde el accidente, acababa de terminar mi sesión con el fisio y volvía a casa. Al entrar me encontré con un repartidor delante de mi portal. Entramos juntos y resultó que iba a mi casa.

—Parece que vamos al mismo piso —comentó el chico de gorra azul—. Traigo un paquete para Mateo Martín.

—¿Mateo? ¿Seguro que es aquí?

El chico me mostró la dirección de la etiqueta del paquete y entonces me di cuenta. Tati tenía razón cuando dijo que Mat era un diminutivo de su nombre. Casi no podía aguantar la risa mientras firmaba el albarán de entrega.

Esperé paciente a que Mat llegara a casa. Era el día que dedicaba a hacer la compra, cosa que desde el minuto uno decidió que era tarea suya.

—Mateo, tienes un paquete —le dije nada más verlo traspasar la puerta.

—¿Cómo dices?

—Que sé que te llamas Mateo. ¿En serio llevamos seis meses viviendo juntos y no me lo habías dicho nunca? —pregunté partiéndome de la risa—. Mateo no es tan mal nombre ¿Por qué lo abrevias?

—Mi hermano se llama Lucas, yo Mateo. ¿Te haces una idea de las bromas en el colegio? —Me explicó él con cara de resignación—. Nos llamaban «los apóstoles». Decidí que Mat estaba bien y en el instituto ya se acabó el cachondeo. Además, no te burles porque tu nombre también tiene miga.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Vi tu expediente médico y sale el nombre completo, María Antonia —respondió con humor—. Eso sí que es fuerte. Y tampoco me lo has dicho. —La madre que lo parió. Los dos rompimos a reír como locos. Vaya elementos estábamos hechos. Por mucho tiempo que pasara nada nos iba a cambiar ni a destruir el amor que sentíamos el uno por el otro. Por fin podía decirlo alto y claro: amé, amo y amaré son más que tres tiempos verbales. Son mi todo, mi mantra y mi vida. Y al fin había encontrado el camino correcto en la vida, aquel que no quería abandonar jamás.

Nunca podría olvidar lo que sentí al lado de Alex, pero él pasó a formar parte de mi historia pasada. Lo guardé en un pedacito de mi corazón, agradeciendo todo lo que me aportó en el tiempo que compartimos. Siempre lo recordaría con cariño.

Mat era mi presente y deseaba que fuera mi futuro. Mi mayor sueño era poder caminar junto a él, por el resto de nuestros días y que el destino solo nos tuviera preparadas sorpresas maravillosas, me lo debía después de lo que me había hecho pasar. Y es que, ese chico que tanto me sacaba de mis casillas había conseguido que fuera una versión mejorada de mí misma. Más fuerte y segura. Y sobre todo, había logrado que volviera a amar, tanto a él como a la vida.

Epílogo. Blanca y radiante

Estaba intentando terminar de arreglarme. Hacía mucho calor y no quería que el maquillaje se estropeará con el sudor.

«Eso son los nervios», dijo mi vocecilla. Tal vez tenía razón. No podía estarme quieta.

Me volví a mirar en el espejo, ¿cómo había pasado ya tanto tiempo? Era agosto y estábamos de nuevo en Ibiza. Mat y yo llevábamos ya un año y ocho meses viviendo juntos. Nuestro amor había crecido y cada vez éramos más cómplices el uno del otro. Era pensar en ese hombre y aún se me erizaba la piel de la nuca al recordar sus caricias y como le gustaba besarme allí.

Mercedes entró en la habitación como un vendaval.

—Mara, estás preciosa —me piropeó mirándome de arriba abajo—. ¿Te falta mucho? Ya casi es la hora.

—Acabo en dos minutos. ¿Está todo listo? —pregunté.

—Por supuesto. Lo tengo todo controlado —comentó ella feliz—. Esto se me da genial, niña.

Menos mal que Mercedes se estaba encargando de todo, porque a mí se me llevaban los demonios por culpa de los nervios. Quería que todo fuera perfecto. Exhalé soltando todo el aire y me levanté del tocador donde me estaba maquillando.

Había un espejo de cuerpo entero apoyado en la pared de la habitación. Me miré, con mi vestido blanco vaporoso. Tal vez llevaba demasiado escote, pero me encantaba el corte princesa con cuello en palabra de honor. Había conseguido broncearme algo en los días previos a la ceremonia, así que mi piel aún resaltaba algo más.

Bajé las escaleras y me encontré con todo el séquito. Haciendo palmas, los movilicé para que empezaran a repartirse en los coches que nos esperaban a la puerta de la masía que habíamos alquilado. Teníamos unos diez minutos hasta llegar a la iglesia de Sant Joan.

—Vamos bien de tiempo —comentó Tati que era quien conducía el coche donde íbamos.

—Yo esto no lo veo. Una boda sin trajes, todos de blanco, iguales... —refunfuñó mi padre.

—Papá, es una boda ibicenca. Es lo típico —le volví a explicar por enésima vez—. Además, estás guapísimo.

—No te quejes, que hasta te hace más joven —señaló Mercedes que iba sentada delante.

Llegamos a la hora prevista. Por un momento pensé que me estaba volviendo igual de cuadrículada que Mat, controlándolo todo. Sonreí para mis adentros.

—Todos están ya dentro —me informó Tati que había ido a asomarse—, sentados y listos.

—Perfecto. ¿Los chicos también?

—Sí. El novio tiembla como un flan y los padrinos aguantando el tirón —me dijo pasándome el parte.

El coche de novios llegó en ese momento. Tati y yo vimos cómo bajaba una embarazadísima Lourdes seguida de Roberto, su padre. Aun estando de siete meses, Lourdes se veía sexy con el vestido que había escogido para su boda.

—¡Estás preciosa! —le gritamos Tati y yo saltando a su lado como unas quinceañeras.

—Por cierto, ¿cómo le vas a llamar a partir de hoy? ¿Marido, pareja... o seguirás diciéndole «rollo»? —preguntó Tati mordaz.

—Le llamaré por su nombre —bufó Lourdes. Ella estaba nerviosa y se lo notamos.

—Vamos, mujer, todo va a ir bien —dije abrazándola.

—Esto es un trámite, por lo del pequeño guerrero —comentó acariciando su barriga—. Pura burocracia.

—No vais a conseguir que confiese que lo hace por amor —bromeó Roberto—. Vamos, hija, ya has hecho esperar mucho al novio.

Lourdes se cogió al brazo de su padre. Tati y yo íbamos delante de ellos como buenas damas de honor, tirando pétalos de rosa.

—¿Dónde te metiste anoche? —le susurré a Tati cuando empezamos a caminar.

—Erik —fue su única respuesta. «La virgen —pensé—. Estos dos siempre igual».

—Pienso tirarte el ramo a la cara, a ver si espabiláis —le dijo Lourdes, que había escuchado todo.

La boda fue preciosa. Al final, tanto Lourdes como Toni lloraron al darse el «sí, quiero». Bueno, llorar, lloramos muchos más. Porque cuando compartes con dos personas bonitas momentos tan importantes para ellos, se te quedan grabados en el corazón. Quién iba a decir que la más loca de las tres amigas sería la primera en quedarse embarazada y la primera en casarse. Ella que era el alma libre encontró a su agaporni.

Mat estaba muy guapo. Tan formal, con su traje blanco, ahí dando la nota de serenidad y apoyando a su amigo. Me miraba de reojo y me sonreía, bobalicón. Erik, por el contrario, se veía inquieto. Miraba hacia nosotras y apartaba la vista. ¿Qué habría pasado entre Tati y él para que le hubiera afectado tanto?

Como buena boda ibicenca hubo comida, baile y fiesta después de la ceremonia religiosa. Familia y amigos acompañamos a los novios y compartimos su alegría.

—Podríamos ser los siguientes —me propuso Mat ya a altas horas de la noche.

—¿Los siguientes en qué? —me interesé sorprendida—. ¿En casarnos? ¿En serio me vas a pedir que me case contigo?

—Los próximos en ser papás —me susurró al oído mientras bailaba acompasado conmigo—. ¿Qué te parece?

—Que es pronto —contesté mientras él rozaba mi cuello con sus labios—. Pero podemos ir practicando, para cuando llegue el momento.

—Me parece buena idea —dijo mientras mordisqueaba el lóbulo de mi oreja—. ¿Nos vamos?

—Pero ya —dije tirando de él. Porque cuando me tocaba de aquella manera seguía recorriéndome una descarga eléctrica por dentro, como siempre me había ocurrido desde la primera vez—. No sé si pasaremos del coche, yo aviso.

Mat me siguió, riendo a media voz. Todavía nos daban esos arranques de pasión y era divertido y sexy. En ocasiones aún nos comportábamos como unos jovencitos. Y ¿qué hay mejor que amar y ser amada? Sentir deseo y pasión con tu pareja, dejarse llevar y cometer alguna locura... Compartir el camino de la vida disfrutando de cada paso. Afortunados todos los que reconocen estas palabras como tuyas. Afortunados como yo lo soy, por tener a un compañero que llegó a mí sin buscarlo para sanar mis heridas y enseñarme que amé, amo y amaré son más que tres tiempos verbales.

Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a Aida y Merche, las primeras defensoras de este libro, ya que me empujaron a dar forma a la historia que rondaba por mi cabeza.

A mi hermana Yolanda, creadora del blog *Regálame Romántica*, que siempre confió en mí y me ha ayudado en todo el proceso. A mis padres, Ángel y Esperanza, que me enseñaron a no conformarme y seguir siendo una soñadora.

A Santi, mi compañero de vida, por ser mi toma tierra respecto al mundo real, y a mis hijos Amaia y Erik, porque les he tenido que robar tiempo para poder dedicárselo a la escritura.

También a Ana De Pedro (dueña de Mabys Cakes, que existe realmente y hace los mejores pasteles y *cup cakes*), por ser una de mis lectoras cero, aconsejándome y sobre todo escuchando pacientemente cuando me invadían las dudas.

A Ana porque siempre está cuando la necesito, aunque tenga que ser a través del teléfono. A Jenifer por compartir el camino.

Y, por supuesto, a Virginia porque me insufló valor y me dio su versión objetiva. Y porque lleva muchos años ayudándome a crecer, haciendo que vea la figura de una psicóloga como algo más que una terapeuta.

A las escritoras María Ferrer Payeras y DW Nichols por asesorarme y darme tan buenos consejos.

A Violeta, del Cuervo Estudios, por la corrección del texto. Y a Marien, de Adyma Design, por la hermosa portada de este libro.

Y, sobre todo, gracias a ti que acabas de leer estas páginas, por permitirme entrar en tu vida y dejarme mostrarte una pequeña parte de mí. Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como yo lo hice mientras la escribía.

Biografía



Tana Rodríguez es el alter ego de una lectora compulsiva. Soñadora nata, siempre le gustó escribir para su gente más cercana. Gracias a sus amigas, que la impulsaron a dar forma a una de las historias y convertirla en novela, hoy se presenta con su primer libro, *El camino de Mara*.

Casada y madre de dos hijos, saca tiempo de su día a día para seguir aprendiendo e inventando argumentos para próximas novelas. Amante de los finales felices y del amor puro, no se detendrá después de catar la satisfacción de poder compartir con el resto del mundo sus palabras. Porque no hay nada comparable a poder cumplir el sueño de una vida.

Facebook: Tana Rodríguez Of

Instagram: tana_rodriguez